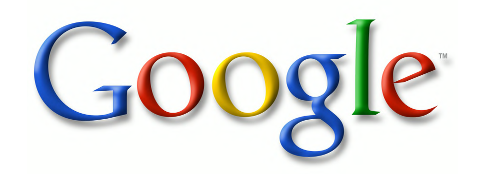

Google




52. b. 10.
Richd Ford


DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

Richard Ford. en Madrid
Sept. 27. 1833

POESIAS SELECTAS

CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

por Don Manuel Josef Quintana.

Nueva edicion aumentada y corregida.

TOMO III.

MADRID:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.
1830.

AMINTA.

FABULA PASTORAL

DE TORCUATO TASSO,

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR D. JUAN DE JAUREGUI.

PERSONAS.

AMOR *en hábito pastoril.*

DAFNE, *compañera de*

SILVIA, *amada de*

AMINTA,

TIRSI, *compañero de Aminta.*

SATIRO, *enamorado de Silvia.*

NERINA, *mensagera.*

ERGASTO, *mensagero.*

ELPINO, *pastor.*

CORO *de pastores.*

PRÓLOGO.

AMOR.

¿Quién creyera que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora
Selvaje, ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto y en aquestos paños
No reconocerá tan facilmente
Mi madre Venus al Amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Cual liviana muger, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios
(Mis menores hermanos) dá licencia
Que puedan alojarse entre las selvas,

Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fue concedido, y no á mi madre,
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto disfrazándome, y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre,
Tienen fuerza, me escondo entre las selvas
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste, un dulce abrazo,
O algun premio mayor; cual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores
A quien me encubra della: esto á lo menos
De cierto sé, que los halagos mios
A las doncellas les serán mas gratos
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo):
Así me busca de ordinario en vano;
Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dejé las alas, el aljaba y arco:
Mas no por eso vengo desarmado;
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,

Y do quiera que pica ámor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida,
No menos incurable, al duro pecho
De la mas cruda ninfa que en los campos
Siguió jamas el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la ninfa fiera)
Como una que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Cuando los dos de un modo pequeñuelos,
Él por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro hielo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para ejecutar cómodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entretenerme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su escuadra.
En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse
Que aqui presente mi deidad asiste,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro

A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en cualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No menos que en los héroes poderoso,
Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso;
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Dafne.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿No oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento;
Yo desta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y mientras no faltaren
Al bosque fieras y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

Dafne.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.

Así la gente que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce y buen mantenimiento
Agua y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura, si una vez gustases
Cualquier mínima parte del contento
Que goza un corazon amante amado,
Dijeras suspirando arrepentida:
»Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
¡Cuántas prolijas noches,
Cuántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes."

Silvia.

Cuando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges y adornas á tu gusto,
Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre, amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiva:
Así cual eres tú, tambien yo he sido;
Así tambien gocé de gentileza,

De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Así tuve cual tú los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdome que solo era mi gusto
¡Que simple gusto! componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas; y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvaje
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Cual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿Mas qué no puede el tiempo? ¿y qué no puede,
Sirviendo, mereciendo y suplicando
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fuí, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas
Humildad y contínuo sufrimiento,
Llanto, suspiros y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entonces de mi engaño
Y simple ceguedad, y, suspirando,
Con voz alegre dije:
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,

Que desde aqui renuncio
Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.
Así tambien espero que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
¿Acaso no es querido de otras Ninfas?
¿Te deja á tí por el amor de alguna,
O por el ódio tuyo?
¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y ésta
Nació del Dios de nuestro noble rio;
Él de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran Dios de los pastores.
No es menos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarilis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella que le adora;
¿Qué sentirás, me di? ¿con cuáles ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de tí burlando?

Silvia.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,

De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Dafne.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Cuándo se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

Silvia.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mí quiso lo que yo queria.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

Dafne.

¡Qué desapacible,
Qué soberbia rapaza! Dime al menos,
¿Si otro alguno te amára,
Admitieras su amor desa manera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á cualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo y animales,
Los hombres y mugeres? ¿Y no adviertes,
Cómo todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Cómo salta cantando yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Deja el veneno, y corre
Fervorosa al amante.
Siente de amor el tigre,
Ama el bravo leon: tú sola, fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
Mas, ¿qué digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con cuánto afecto
Y con cuántos abrazos repetidos

A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Que has de ser en efeto para menos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Pues bien, cuando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entonces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y asi con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda cuanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo cuando irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleitas,
Cuando huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea;
Bien que esto te avendrá: mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino contaba el otro dia,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Cuando el deber en el amor se hallára?

Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi;
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: «Lejos de aquí, profanos.»
Él dijo (y dijo que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande
Que cantó los amores y las armas,
Cuyá zampoña le dejó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aquerente
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que alli se te apareje
Albergue á tu fiereza, y será justo
Qué saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamas pudo sacarlo;
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida Ninfa y obstinada.

Silvia.

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa: »tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar": y esto bastára
Por muy cumplido premio al casto amante,
Cuando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos como bellos,
Y entera fé les diera.

Silvia.

¿Y por qué no los cree?

Dafne.

Luego ¿no sabes
Lo que Tirsi escribió, cuando perdido
Sin seso ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores?
No fue lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fueron:
Él escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo asi haber leido:
»Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; ¿mas qué importa,
Si Amor impide que de vos me aparte?"

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme que es el dia prescrito
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,

Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

Dafne.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas quiero ir antes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya, iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

ESCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas;
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamas, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella,
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera),
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pace el cordero la menuda yerba,

Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamás mostrarse satisfecho.

Aminta.

Ay triste! que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

¡Ay Aminta infeliz! ¿qué devaneas?
¿Qué estás diciendo? esfuérzate y conforta,
Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruël.

Aminta.

¿Cómo podré hallar otra?
Si hallarme á mí no puedo, y si yo mismo
Me perdí, ¿qué ganancia
Adquiriré jamás que me contente?

Tirsi.

¡O mísero zagal! no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas:
Sabe que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta

De blanda espiga. Pero yo te ruego
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las Musas,
Que me descubras lo que á todos celas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben:
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
Este es mi triunfo; y de mirar se alegre,
Que ya es patente su vitoria á todos
Los pastores vecinos y extrangeros
Que allí traiga la suerte; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

Tirsi.

Dí, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apenas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una Ninfa
La mas amable y bella
Que al viento dió jamas sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas: desta digo:
Viví con ésta un tiempo tan unído,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto.
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes.
Con ella muchas veces
Tendí la red á pájaros y á peces;
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas mientras de animales hacia presa,
Sin saber cómo, fuí yo mismo preso:
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de qué raiz (como la yerba,
Que suele de sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,

Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura extraña,
Que al fin dejaba un no sé qué de amargo:
Mil veces suspiraba, y no sabia
Cuál fuese la ocasion de mis suspirós:
De manera que fuí primero amante
Que al Amor conociese: vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha,
Y nota cómo fué.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminta.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábamos un dia,
Cuando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fué volando,
Y en la mejilla hermosa,
Mas fresca y mas rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó atrevida:
(Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor): entonces Filis
Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dijo: calla,
Calla, no te lamentes, Filis mia,
Que con palabras que yo sé de encanto
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios

De aquella dulce boca á la mejilla
Herida, y blandamente murmurando
Dijo no sé qué versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; ó fue la fuerza,
Y virtud de las mágicas palabras,
O, como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de céfiro en las hojas;
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios,
Y con mayor astucia y mas aviso
Que nunca habia tenido (mira cuanto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento;
Y fue de esta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé á quejarme,
De suerte que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo ¡ay triste! mucho mas crecida

Y mas mortal mi herida verdadera
Cuando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento y menos atrevido.
Mas mientras decendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno,
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir: y un dia
Que en cerco se sentaban muchas ninfas
Y pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia
En la oreja un secreto al mas vecino;
Le dije á Silvia: yo por tí me abraso,
Y moriré, si tú no me remedias.
A estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta que un silencio
Mudo, turbado y lleno de amenazas:
Quitóse de allí luego, y nunca quiso

Mas hablarme ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el ivierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé cual quiera mas destas dos cosas.
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras
Cual áspid el encanto.

Tirsi.

Pues confia,
Que el corazon me dice
Que he de ser poderoso á que te escuche.

Aminta.

Ó nada alcanzarás, ó cuando alcances
Al fin que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.

¿Por qué así desesperas?

Aminta.

Desespero

Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas y las fuentes.

Tirsi.

¿De cuál Mopso me dices? ¿del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo que él te anuncia
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

Aminta.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tirsi.

Dirétela en buen hora: á los principios
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del cual juzgaba
Lo que tú juzgas: una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,

Me dijo así: tú irás á la gran tierra
Donde el astuto vulgo y cortesanos,
Soberbios é insolentes, muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvaje;
Así, vé sobre aviso, no te acerques
Mucho á las sedas de color, ni al oro,
Nuevos trages, divisas, ni penachos;
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte, ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas:
Huye aquel encantado alojamiento.
¿Qué puesto es ese? pregunté; y él dijo:
Aquí habitan las magas, que encantando
Hacen que se trasoiga, y se trasvea:
Lo que parece de diamante y oro
Es vidrio y cobre: aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas:
Aquí están las paredes con gran arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Cual Eco suele por las selvas nuestras;
Mas la replican toda entera, entera
Y aun aumentada de lo que otro dice:
Hasta las sillas, mesas y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan:
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaría.

Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá: tú puedes transformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto y fuego de suspiros.
Así me dijo, y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia pasé por el feliz albergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de cisnes, ninfas y sirenas:
De sirenas celestes, y salia
Un blando y claro son, con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del cual, segun pude entender, se duda
Si es mejor capitan que caballero:
Él, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre príncipe, yo humilde
Bajo pastor, me convidó á que entrase.
¡O lo que ví! ¡lo que sentí yo entonces!
Yo ví celestes dioses, ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo ó nube:
La Aurora ví, cual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro y su rocío de plata:
Ví fecundando relucir en torno
A Febo y á las musas, y acogido
Elpino entre estas; y en aquel instante

Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad: luego cantando héroes y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dejé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Ya mi zampoña humilde cual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Émula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los pastores que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas cuanto
Crédito debe darse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere que no esperes.

Aminta.

Mucho me alegra todo lo que cuentas.
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un hora.

CORO DE PASTORES.

¡O bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,

Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra que el arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el calor y el hielo:
Ni llevó nave á la extrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.
Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido nombre sin sujeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues Honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso,
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre escuadra de amadores;
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.
Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas

La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.
  Tú, Honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto (o vil Honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.
  Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza,
Y del amor, tú que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al preeminente;
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
  Amemos, que el sol muere y luego nace:

A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envía.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SÁTIRO.

Es pequeña la abeja por estremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida:
¿Mas qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí! que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata que las selvas:
¡O como te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso, lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;

Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tu las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí mas dulce y bella,
A mí mesmo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando callado el viento
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: dile á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente javalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dejas

Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro y reina el oro.
¡O tú, quien fuíste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alzancen jamas pastor ó ninfa
Que pasando les diga: hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle; tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El javalí el colmillo; así son armas
De la muger beldad y gentileza.
¿Pues cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Aptó me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero
Que sabe sus costnmbres, ella suele

Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: piensa esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga; y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la debil carrera ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llóre, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

ESCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

Dafne.

Como te dije, Tirsi, ya yo via
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio;
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas, antes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba como bella; que no advierta
Cuán ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
A muchos mate, y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Qué muger hay tan simple que, en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber cuáles
Armas pueden herir, y cuales matan,
Y cuales dan salud y resucitan?

Dafne.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

Tirsi.

Tú finges, y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pahon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

Dafne.

¿Cuál es el nombre suyo?

Tirsi.

Él nombre es Dafne.

Dafne.

¡O falsa lengua!

Tirsi.

¿Luego tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?
Aunque, á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir que no resuelvo

Si és ya tan boba Silvia y tan sencilla
Como en sus hechos y palabras muestra.
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleitarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua cómo dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana,
De la vitoria, un tanto se reía,
Como diciendo: yo en efeto ós venzo,
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
Mas, mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo y derramó las flores.
Cuanto mas yo de verla me reía,
Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido,
Dos ó tres veces revolvió los ojos

Acia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta; mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Si descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

Tirsi.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

Dafne.

Bien lo dijiste; mas á todos oigo
Que no fueron las ninfas y pastoras
Tan entendidas antes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entonces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad: ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas, dejando
Agora estos discursos, ¿no harías
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

Dafne.

No sé: Silvia es esquiva por extremo.

Tirsi.

Y Aminta por extremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja que á otra cosa atienda
Si es de ese humor. El que saber quisiere

De amar, deje respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta,
Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo quiere que la alcancen:
Niega, y negando quiere que la apremien:
Lucha, y luchando quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por qué de mí sospeches
Que jamas diga cosa que te ofenda:
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

Dafne.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que haga?

Tirsi.

No te falta
Ingenio, ni consejo; basta solo
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano dá sombra
Al agua dulce, y al lugar convida

Las ninfas cazadoras: en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembos bellos.

Tirsi.

Pues bien.

Dafne.

¿Como pues bien? ¡qué mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
Él á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

Tirsi.

Êl es por cierto tal, que lo merece.

Dafne.

Pero nosotros ¿no hablaremos algo
De tí mismo? Dí, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura.
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale, pues, hartarse ¿

Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto mas se gusta mas agrada.

Tirsi.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

Mas ¿quién halló jamas lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que, adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el Amor y su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido;
Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas, no tienes gozado lo que basta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

Dafne.

Amar te será fuerza, si no gusto.

Tirsi.

No me pueden forzar, estando lejos.

Dafne.

¿Quién está lejos del Amor?

Tirsi.

Quien huye.

Dafne.

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

Tirsi.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan,
Y así no las extiende á todo vuelo.

Dafne.

Pues no conoce el hombre cuando nace;
Y cuando lo conoce, es grande y vuela.

Tirsi.

No, si otra vez no ha visto como nace.

Dafne.

Ora veremos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¡qué! ¿me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Dafne.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay, cuantos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fé; mas antes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; pero ¿qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive:
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tirsi.

¡O Dafne! en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
Él dijo así, cuando me hizo suyo:
»Tirsi, ahuyenten otros los ladrones
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otro los premios y las penas
A mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin, otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso."
Así será razon que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras;
Abuelos de mayor merecimiento
Que el gran Saturno y Celo: agreste Musa
A mérito real; mas no por eso,
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sujeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano, ni los fuegos.

De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el aire por el aire el ciervo,
Y que, mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tigris.

Dafne.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

Tirsi.

El punto es este,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso
Que no es menos dificil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

Dafne.

Voime,
Pero nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien diviso desde aqui su rostro,
Allí parece Aminta, él es sin duda.

ESCENA III.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque, si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;

Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

Tirsi.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dejar tanto lamento.

Aminta.

¡Ay Tirsi! ¿qué me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

Tirsi.

Traigo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

Aminta.

¿Como y con quién el ánimo me importa?

Tirsi.

Si estuviese tu ninfa en una selva
Que, cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al baile.

Tirsi.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera resuelto y presto,

Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese, si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

Tirsi.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: ¿irás allá?

Aminta.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Tirsi.

Desnuda digo: mas.....

Aminta.

¡Ay triste! acaba:
¿Qué mas, Tirsi? tú callas, tú me matas.

Tirsi.

Mas no sabe que has de ir allá.

Aminta.

Terrible
Y fiera conclusion, que ya en veneno

La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cuál estudio me atormentas?
Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

Aminta.

¿Qué me aconsejas?

Tirsi.

Qhe pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

Aminta.

Dios no permita que jamas yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamás coutra su gusto,
Sino es amarla: y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá que en cuanto pueda
No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:
¿Si potestad tuvieras
Para dejar de amarla,
Dejárasla de amar por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

Desa manera á su pesar la amáras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

Tirsi.

Sin su gusto en efeto.

Aminta.

Sí por cierto.

Tirsi.

¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin que le será agradable.

Aminta.

¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazon me liga.

Tirsi.

¿No irémos en efecto?

Aminta.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

Tirsi.

¿Pues á dónde?

Aminta.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tirsi.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú que Dafne nos aconsejára

Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que sabiéndolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo así, ¿qué es deste tu deseo
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca,
Por tu vida me di, ¿qué mas te importa
Este modo que aquel?

Aminta.

¿Quién me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

¡O simple! ves aquí que al fin procuras
La certeza que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe;
Cual tú debieras no buscarla: ¿y dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses,
(Pues que la duda y riesgo son inguales)
¿Será mejor morir como animoso
Que como vil? Tú callas, tú conoces
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor vitoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

Aminta.

Espera.

Tirsi.

¿Cómo espera? ¿no ves que el tiempo huye?

Aminta.

Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

Tirsi.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En cuál oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan:
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á tus misterios altos
Sus pensamientos llegan.

Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua,
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se extiende,
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfetas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.
Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas academias,

Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

TIRSI Y CORO.

Tirsi.

¡O extremo de crueldad! ¡o ingrato pecho!
¡O ingrata ninfa! ¡o tres y cuatro veces
Muger ingrata! Y tú, Naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay joven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe de él alguno.
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

Coro.

Tirsi, pareceme que estás turbado;
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

Coro.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero qué temes?

Tirsi.

No se haya muerto él mismo de su mano.

Coro.

¿Él muerto de su mano? ¿por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio.

Coro.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Qué no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno que de él nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

Tirsi.

Pláceme de decirlo, que no es justo
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.

Tuvo noticia Aminta (y yo fuí ¡triste!
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y ácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
He aquí cuando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La cual, como nos viese, alzando el grito,
¡Ay! dijo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguílo:
Cuando vemos ligada con un árbol
La bella ninfa, cual nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba; y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entonces acababa de ligarla.

Fuese tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano)
Como un fiero leon; y yo entretanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que, cual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo ví se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dijo: ¡ó bella Silvia!
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese della.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales.
¿Y qué le respondió?

Tirsi.

Ninguna cosa;
Mas, con vergüenza y con desden, al suelo
Bajando el rostro, el delicado seno
Cuanto podia torciéndose cubria.
Él, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: ¿cuándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues qué ventaja llevan los amantes

Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dijo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia
Que temiese tocarla, y desease.
Bajó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dijo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una ninfa albergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba, cuando ví tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye qué extrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir adios, apenas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto.

Coro.

¿Pues cómo así huyó?

Tirsi.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

Coro.

¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
Qué hizo entonces, dinos, ó qué dijo?

Tirsi.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla:
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon preságo de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun antes que esto sucediese.

Coro.

Es uso
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tirsi.

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

Coro.

Calla,
Que no será.

Tirsi.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,

Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

ESCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Aminta.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Cuanto mas dilatada, mas amarga:
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

Dafne.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

Aminta.

¡Ay triste yo! que mi salud seria
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruccion ha sido: y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva.
Y al que es tan desdichado,
?Qué mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, mezquino: miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad cuando viniere:
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

Aminta.

No pareció al Amor y á mi fortuna
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello que me niegan.

Nerina.

¿Que he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡O para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho, cuando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡O viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oigo una triste voz.

Aminta.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos
Y el corazon: ¿mas quién la nombra? escucha.

Dafne.

Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos y de lindas manos,
Talle gentil y movimiento airoso.

Nerina.

Quiero con todo, que lo sepa, y trate

De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
¡Ay como fué tu suerte desdichada!

Aminta.

¡Ay de mí! ¿qué será lo que esta dice?

Nerina.

Dafne.

Dafne.

¿Qué estás hablando entre tí mesma?
¿O cómo á Silvia nombras y suspiras?

Nerina.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

Aminta.

¡Ay! ¿de qué caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Dafne.

Cuenta qué triste caso es el que dices.

Nerina.

¡O cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada,
Y la causa ya debes de saberla,
Despues, vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza que ordenada
Estaba al bosque dicho de la Encina.
Fuimos, hallamos muchas ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio

Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

Aminta.

¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
¿Qué fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero lejos mucho,
Porque partí mas tarde: ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso.
En esto ví de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte que ellos no me vieron,
(Tan atentos estaban á su pasto):
Así que, de piedad y temor llena,
Volvíme atras. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, ninfa? ¡o velo, o sangre!
¡O Silvia, tú eres muerta!

Dafne.

¡Ay desdichado!

Amortecido está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavía respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por qué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dejas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Qué espero mas? ¿qué busco? ¿Ah Dafne, Dafne?
¿Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio
Cuando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecia
Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Qué mas quieres que espere?

Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quién antes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¿Debo darlo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion por que le pide.

Aminta.

¿Cruel, así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta, aguarda, escucha,
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

Nerina.

Él camina de suerte
Que es por demas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viaje; y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

Dafne.

El viento lleve con la mala nueva
Que se esparció de tí tus males todos,
Los por venir, o Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

Silvia.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

Dafne.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo excusaste.

Silvia.

Yo siguiendo un lobo
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto
Donde partí primero, él lobo miro,
Al cual reconocí por una flecha
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja; vilo entre otros muchos
Al rededor de un animal que habian
De fresco muerto, cuya forma entonces
No supe distinguir: el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo le esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Cuanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque, ó fué de la fortuna
La culpa, ó mia, por herir al lobo
Clavé una planta: entonces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entonces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas,

Dispúseme á huir, y mientras huyo
Él me viene siguiendo: advierte agora,
Un velo que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran
Y me detienen sin saber quién fuese;
Mas con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence ni me deja:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Acia mi albergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de solo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

¿Qué me dices? ¿te pesa por ventura
Que viva esté? ¿que tanto me aborreces?

Dafne.

Pláceme de tu vida: mas me duele
De agena muerte.

Silvia.

¿De qué muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Aminta.

Silvia.

Ay, ¿cómo es muerto?

Dafne.

El cómo no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar: mas téngolo por cierto.

Silvia.

¿Qué es lo qué dices? ¿pues á qué atribuyes
La causa de su muerte, dí?

Dafne.

A tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva
De esa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
Ó alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que cualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

Dafne.

¡Ah Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Cuánto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Qual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos,
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo cual sé yo, y aun helo visto. Vilo
Cuando huiste como tigre fiera
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver le ví contra su pecho un dardo,
Desesperado, y á morir expuesto,

Y sin arrepentirse, al fiero hecho;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dejándola teñida
De su sangre; y pasára mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Silvia.

¡Ay! ¿qué me cuentas?

Dafne.

Y despues lo he visto,
Cuando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta, del afan y angustia
Amortecerse; y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Silvia.

¿Qué, lo tienes por cierto?

Dafne.

Por sin duda.

Silvia.

¡Triste de mí! ¿por qué no le seguiste
Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos;
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas facilmente espero,

Que mi vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya le seguí: mas tan veloz corria,
Que se despareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas dónde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

¡Ay, Dafne! él morirá si no le hallamos.

Dafne.

Cruel, ¿sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿Tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra que tu mano?
Ora consuelaté, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

¡O Dafne! tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Qué es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla!
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensagera
De amor, como el relámpago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, cuando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad, la semejanza toma
De la piedad, qne es su ministra y nuncia;
Y con estos disfraces, engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este: mucho abunda:
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta ninfa envía.
Mísero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Deja la propia vida) con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,
En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le há dado,
Cuanto inutil y vil á quien lo admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Cuando á ningun efeto es de provecho.

ESCENA II.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con qué puede venir ¡ay Dios! agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Silvia.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud: ¡ay de qué muerte!

Coro.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡Ay, que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no excuso!
Duro corazon mio,
Áspero y fiero corazon, ¿qué temes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demas prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas
Y cual debida prenda lo recibo:
Así que, de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

¡Ah, ninfa! yo te creo:
Que mil veces al mísero sentia
Llamar tu nombre, al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado,

Donde mis redes hoy tendido habia,
Cuando bien cerca vi pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé y lo detuve; el cual me dijo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion, mas quiero que me obligues
Antes tu fé con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quién pensára tan extraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, cual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Príapo y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el cual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.
Despues hablóme así: mira que cuentes
Lo que verás á ninfas y pastores.
Luego dijo, mirando al hondo valle:
«Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos

El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
¡Ay triste! como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas, puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La cual será á lo menos
La mas breve, si no la que debia.
Ea, Silvia, ya te sigo,
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo."
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso)
Cuando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así de este cendal, que lo ceñia,
El cual, no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¿Y qué fué de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
¡Triste de mí! si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida, justo fuera,
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
Ó ya con este ceñidor infausto;

Este, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue:
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
(No por piedad de mí, sino del triste
Que fué mas digno della)
Me ayudes á buscar sus miserables

Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo
Entiendo y sé que le será agradable,
Al menos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama,
Cual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas tú, morir, del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
Ó viviré á lo menos
Para su helado y mísero cadáver.
Tanto, y no mas, es lícito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exequias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qué camino
Podemos ir al valle do el barranco
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

Silvia.

A Dios, pastores;
Quedaos á Dios, á Dios selvas y rios.

Ergasto.

Hablando va de suerte que denota
Estar dispuesta á la última partida.

Coro.

Lo que la muerte rigorosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡O cuán artificioso, por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males!
He aqui precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡O tú feliz ¡ o venturoso Aminta,
Y mas cuanto mas fuiste desdichado!
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aquí se nos acerca el sábio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta

Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que, muriendo, al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
¡De cuán ligero premio el dios alado
Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para tí deseas?

Elpino.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O cuánto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imagen mísera de muerte
Le trajo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa;
La cual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo

Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.
Coro.
Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano,
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio:
Así que, el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Cuál Dios, ó cuál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.
Elpino.
Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando
De àquella que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir contínuo
A su retiramiento y libre estado:
Cuando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos y estrechamente entretejidos,
Un grande haz: en este, antes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,

Y él mas abajo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas, mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la medicina
Cuando le dió la cítara y el plectro,
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo que tenian por muerto.
Pues cuando Silvia lo conoce, y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil, que parece
Que en los suspiros últimos al aire
Exhala el alma á guisa de bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo que yacía
Juntando rostro á rostro y boca á boca.

Coro.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor débil:
Mas de un amor constante es debil freno.
Luego, como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto
Del joven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir como quedaron
En aquel punto entrambos? ya seguro
Del amor de su ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado,
Quien sabe que es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse, cuanto mas decirse.

Coro.

En fin, ¿Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

Elpino.

Aminta
Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima

Por menos de lo que es: ¡dichoso joven!
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé si, siendo tanta la amargura,
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado,
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante,
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes:
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden celoso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

OTRAS POESIAS DE JAUREGUI.

La Monarquía de España; en la muerte de su Reyna Doña Margarita.

CANCION.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto que las vierte;
Justo será que mi funesto canto
Las acompañe, y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
Presente, el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento;
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mias,
Ni admite el grave daño recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo, aunque ciega de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa,
Veré primero en las cenizas frias,
Por quien suspiro, fenecer mis dias:
Que de llorarlas quede satisfecho
Mí estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Arbol hermoso cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío?
Donde el ganado cándido recoja

Alejado el pastor de su cabaña
Y allí resista el caloroso estío.
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raices desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noché el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte, ¡o planta generosa,
Que adornas los alcázares del cielo!
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heróica virtud, cual flor hermosa,
Olor que ha penetrado la extendida
Region etérea: asi desposeida
Viéndose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,

Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.
Ni ya reprime su lamento vano,
Verte en el cielo mejorar de imperios
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los Príncipes Iberios
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas;
Ni el ver que á España dejas prendas tantas.
(Nobles centellas de tu sacro fuego)
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre
Al sol, de quien fué rayo, siempre unida
Y prestando esplendor al alto cielo.
Ni el ver, por muestras de tu santo celo,
Modernos templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,
Y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.
Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo afligido
Del entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
Que nuestro luto funeral desvíe
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En mísera contienda; y por despojos

Verás, sin tí, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros y Alemanes rubios,
Que en tí perdieron su imperial grandeza;
Daráte el mundo con igual tristeza
Flebil tributo en lluvias y diluvios:
Porque, si á los distantes y vecinos
Reinos tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Sino cual debe, como puede el mundo.

PARÁFRASI

Del salmo Super flumina Babylonis.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su margen frio
Con lágrimas sus ondas aumentamos;
Entonces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y harpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, cuando vivimos
En tí, Jerusalen: mas la memoria
De tu asolado imperio
Y el duro cautiverio,
En que trocamos hoy la antigua gloria,

Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afan y al llanto.
Allí por mas tristeza
La escuadra victoriosa
Que nos condujo en míseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna:
Mas respondimos con ageno intento:
"¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
En region extrangera,
Do la Deidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?
Sacra ciudad que adoro,
Si acaso yo olvidáre
Este dolor que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro
Y al plectro me aplicáre,
Antes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pasme y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza por tu ausencia;
Solo fijando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,

Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría,
Que en tí perdí, que en tí gozé primero,
Y alguna vez recuperar espero.
Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del impio y bárbaro Idumeo,
Cuando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en odio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decia:
Asolad, asolad desde el cimiento
Sus homenages: ¡o rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun dia,
Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes."

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto,
Que el Betis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un dia,

Porque la ninfa mia
Ví que emboscada y de recelo agena
Ya el cinto desceñido
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La ví correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo,
Y suspendió su brio
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
Sola mostraba de su rostro bello:
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo, en tan alegre vista embebecido,
Y en los tejidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia:
¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso vulto soberano,
Se divirtieron á mover las ramas;
Y apenas el rüido

Hirió á la bella ninfa el pronto oido,
Cuando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto:
Y como la corcilla descuidada,
Mientras las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerba rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas
Orejas y la frente pavorosa
A la vecina selva, ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y deja el cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada ninfa al mismo instante
Que me miró delante.
¡O bella ingrata á quien el alma adora!
Entonces dije; y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imagen bella:
Tras tí me llevas del amor vencido
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ¡ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera:
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos pies, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.
En cuanto así la voz enternecida

Convierto á moderar su desatino:
Ella, esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica:
Los arboles al verla enamorados,
Ó ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,
Ó bien á contemplarla.
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian.
Lleva mi ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titán dorados.
He aquí, mientras sin órden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi ninfa amada
Embarazaron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que, porque menos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo;
Diciéndole: ya, ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada:
Ó ya si el peso rehusar pretendes,
Déjame el alma, y huye descansada.
  Mas, no porque mi voz la asegurase,
Y lejos bien distante me quedase,

Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Ácia adelante con ahinco y fuerza,
Deja perdidas de sus hebras cuantas.
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los árboles la esconden, y me deja,
Cual queda el can liviano, que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse;
Él, ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pie ligero, y sin cansarse
Contempla solo la difícil via,
Y el rastro que dejó por los breñales
De su belluda piel, cuando huia
La astuta liebre á saltos desiguales:
Así cuando perdí la ninfa mia
Me fuí yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dije lamentándome quejoso:
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á ejecutalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, cual su volátil planta
Detuvo, atenta al oro,
La codiciosa virgen Atalanta:
No es oro el vuestro de menor tesoro:

¡O dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dejó el rigor ageno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda sereis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi debil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro que te adorna y viste;
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido
Que iguale con su altura
La fertil copa que tus hojas brota,
Y extienda tus raices
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura;
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura.
Dije, y las hebras rubias marañadas

Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas:
Y viendo oscurecerse el ocidente
Ya cuando el mar de Iberia presuroso
Trastorna el sòl la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETO I.

Sobre las ondas acosado Antonio,
Al fuerte Augusto, y á Cleopatra mira;
Una al dominio del incauto aspira;
Otro al diadema del Imperio Ausonio.
Entrégase el amante al golfo Jonio,
Mas encendido en vil amor que en ira:
Inmensa armada en su favor conspira
Del Medo y Persa, Egipcio y Macedonio.
Puede triunfar de Augusto, acometiendo:
Tambien, huyendo de Cleopatra, puede
Vencer astuto su malicia y arte:
Trueca la accion; y del contrario huyendo,
Sigue su amada fugitiva, y cede
Ambas victorias al Amor y á Marte.

II.

¡Ay de cuán poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenáro, y fina
De mármol piedra, y de color cambiante!

Pues cuanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su rüina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.
Consumirá en los jaspes su tesoro,
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.
Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitél, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CESAR CONTRA LOS GRIEGOS DE MARSELLA,

Descrita por Lucano en el tercero libro de su Farsalia, y transferida á nuestra lengua.

Sobre el marino campo el rojo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana:
Libre de nubes y sereno el polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
Y aosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Cuando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los Ítalos zarparon,
Y los Grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechinaron
Los bien trabados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago extendido
De los continuos golpes sacudido.
Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los aires derramadas
Alzan tan sordo estruendo y griteria,
Que ni se escucha el remo ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.
Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriba;
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyentan uno y otro bando.
Volando encubren la superna esfera
Las hastas, y cayendo la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina:
Cual de la armada se retira á fuera,
Y cual á su adversario se avecina:
Cual va girando á torno, y cual deshace
Los sulcos que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las grecianas
Fustas al embestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en breve cerco intentan rodearse:
Con mas pesado rumbo las romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que, á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.
Dijo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Compites con el griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de través opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y bajeles diestros.
Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navío:
Las fustas enemigas embistieron,
Como acetando el nuevo dasafio;
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el ítalo gentío
Entre cadenas fueron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas.
Así dos flotas, la romana y griega,
Formaron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval refriega
Fué y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de lejos despedido
El dardo ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.

Al bordo cada cual se acuesta y carga
De su fragata ; y al contrario bando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando :
Del áspero combate el agua amarga
Hierve en espumas rojas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegamente envueltas.
Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trabe:
Algunos, medio vivos y cansados,
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.
Así bebiendo el mar, el mar los traga:
Y otros, que su bajel cascado miran,
Antes que se rehunda ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran;
Cualquiera flecha ó lancha ofende y llaga
Que allí los griegos y romanos tiran;
Pues aunque al agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo que su golpe en sí recibe.
Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfia
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia;
Y en cuanto la vitoria dilataban,
Tago, latino, insigne en osadía,
Probó á extender el brazo temerario,
Y asir las jarcias del bajel contrario,

Cuando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atravesaron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontraron:
Dudó la sangre á cuál de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telon, un griego, que chalupa alguna
No vió jamas tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna:
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna,
Ó al sol; y anticipada resolvia
La vela donde el tiempo requeria.

Este ya deja abierto en la marina
Un vaso que embistió con su pujanza,
Cuando de lejos llega repentina
A barrenar sus pechos una lanza:
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante:

En cuyo vaso, vagabundo y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademan ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas que topára en frente,
Dejando al griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que, nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos;
Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatar su semejante,
Tal que los padres, sin engaño alguno,
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una carabela del romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cercen le cortó la diestra mano;
Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo:

Y al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la batalla atiende;
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende,
Cuando un alfange del opuesto bando
Tras él con feroz ímpetu desciende,
Que tambien la siniestra vengativa
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada ó lanza, ni acerado escudo,
No se recoge adentro ó se retira,
Ni al hado rinde el corazon sañudo;
Mas, sin dejar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid desnudo,
Donde á su hermano guarda y le defiende,
Que á sus espaldas por igual contiende.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y, como firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera:
Las muchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el joven temerario
Mientras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave:
La nave ya, del ímpetu contrario
De griegas proras, todo leño y trabe
Mostraba poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
Carga el osado salto repentino,
Del agua por sus quiebras recibida
Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
La mar propincua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Ábrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto que ella deja ocupa.

Hubo portentos raros aquel dia:
Sus garfios los romanos aventaron,
Creyendo de aferrar una saetía,
Y en vez de aquella, á Lísida enclavaron:
Por le salvar, sus griegos á porfia
Le asieron ambos pies, luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.

Toda su sangre entónces desprendida
Por toda vena, el piélago manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba:
De los últimos miembros desasida
Fue en breve el alma; y donde se alojaba
El corazon y entrañas, se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.

De un griego bergantin toda la gente
Por ir á defender el diestro lado,
Dejó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion, desocupado;
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco, y trabucado
Ya el árbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas, vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando perecer espera,
Sin que los deje su caverna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una extraña muerte la ventura
De un ítalo mancebo, injusta y fiera,
El cual iba nadando, y dos canoas
En medio lo encontraron con las proas;

En cuyos espolones suspendido,
Bramando pereció, sin que estorbase
Su cuerpo y duro nervio entremetido,
Que una con otra punta resonase:
Abierto el vientre, el corazon partido,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas.
Ya que, esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro bajel por mísero fracaso
Se vió hundir; y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.
Alzaban con ahinco y agonía
Sus manos á las jarcias y madera,
De cable ó remo cada cual prendia
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temia
Henchir de nueva carga su galera,
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.
Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido:
Luego los simples troncos rehilando
Andaban por el piélago extendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fué extraño de mirar, cuando faltaba
Ya el dardo ó flecha á la guerrera gente,
Cómo el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente:
Este el fornido remo levantaba,
Aquel la entena misma, y ciegamente
Otro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos que, sin armas, viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacaron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el asta y dardo su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas, mientras se contiende y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hachos aplicado de exquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á extinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes, cuando se rompe y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Al mar se arroja entonces diligente
Huyendo el fuego de su lancha el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Pór defenderse del atroz Neptuno;
Que en riesgos tantos la infelice gente,
Aunque es forzoso padecer alguno,
Siempre aborrece y huye la fiereza
De aquella muerte que á morir empieza.
Los que en el alto piélago nadando
Se hallaban, á lo menos ofendian
Con dardos, que á la armada de su bando
Del golfo recogidos ofrecian;
Y alguna vez rabiosos, estribando
Mal sobre el agua floja, despedian
Ácia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto y falto de pujanza.
Si para contrastar al enemigo
Asta ninguna por el agua hallaban,
El agua misma á funeral castigo,
En vez de agudas armas, aplicaban:
Porque abrazando cada cual consigo
A su contrario, al fondo se calaban,
Alegres de comprar (¡cuitada suerte!)
La agena á costa de su propia muerte.
En este modo de matar violento,
Tosco, greciano, á todos excedia,
Búzano que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenia,
Y á escudriñarle su arenoso asiento,
Como veloz delfin, se zabullia,
A veces destrabando la ferrada
Ancla en el centro de la mar hincada.

Éste fué de mil hombres homicida,
Hundiéndose con ellos abrazado,
Y luego tras la oculta zabullida,
Tornando arriba salvo y descargado;
Mas una vez él mismo á la salida
El mar halló de barcas ocupado;
Y allí faltando su nadar experto,
Quedó debajo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
Por desigual venganza se arrimaron
A su enemiga nao, y, el remo asiendo,
Su apresurado curso embarazaron.
Así en la brega militar muriendo,
Todos vengarse al menos intentaron;
Y que su sangre y vida se vendiese
Cuanto costosa cada cual pudiese.

Tirreno, valentísimo romano,
Jugando estaba de su limpio acero,
Cuando le vido Lígdamo, greciano,
De dardo y honda el tirador primero;
Allá le enderezó con diestra mano
Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienes, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
Queda, y al golpe, atónito de suerte,
Que sus tinieblas ya recela, y piensa
Ser triste efeto de la propia muerte:
Mas, como vuelve en sí, y á la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
Poneis un balleston á lejos trecho,
Así no menos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;
Siquiera por mis brazos aventado
Será algun dardo á término derecho,
Haciendo en tanto que la vida acabe
Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
Porque, burlando al escuadron villano,
Cual hombre vivo, mi cadaver yerto
Será flechado de su gente en vano.
Dijo, y en su chalupa descubierto
Luego desembrazó con ciega mano
Un asta al enemigo, la primera,
Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del joven Argos de Marsella,
Y sobre el asta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella:
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.

Este, cuando mancebo, competia
En entender y usar de la robusta
Guerra con cuantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra y de la justa:
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos débil y cansado
Sirve de ejemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo, el mísero no pudo
Batir sus pechos, ni bañar en llanto
Sus tristes canas; mas, helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto:
De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente,
Y el rostro amado del doncel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y á su padre mira
El pálido garzon, y al conocello
Hablar no puede y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales últimos abrazos,
Ansioso el joven de mover los brazos.

Mas, despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
Argos, perdona (dice) si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero:
Fáltame corazon para mirarte
Difunto en ellos, moriré primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.

Por el anciano pecho, mientras dijo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin, porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolijo,
En las marinas ondas anegarse:
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
La tuvo largo espacio el fiero Marte)
A los romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte:
Los griegos vasos, de la lid furiosa
Parte encendidos y anegados parte,
Dejan cautiva la restante armada,
Y de latinas armas ocupada.

Fué inmenso el llanto y plaga lastimera
De la ciudad aflicta y dolorida;
La gente inmensa, que del muro afuera
Sale, y al mar concurre desparcida:
Del hijo ya la madre en la ribera
Busca la ciega faz desconocida:
Otras, en vez de esposos y de hermanos,
Por yerro abrazan cuerpos de romanos.

Un padre allí con otro contendia
Sobre un cadaver ya deforme y fiero,
Y cada cual por hijo le encendia
Su pira, en muestra del honor postrero.
Bruto romano en la naval porfia
Venció el griego valor, y fué el primero
Que sobre el mar, con próspera vitoria,
A Cesar aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO.

Gozaba juvenil el trace Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo
La lira dulcemente numerosa:
No al vínculo legal del himeneo
Afectos cede, ni á la Cipria diosa,
Cual si anteviera el ánimo preságo
Ya por su medio el venidero estrago.
Mas, entre las beldades que atropella,
De inquieta llama causador y esento,
Fué la excepcion Eurídice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba, en ella,
Juzga felicidad el vencimiento:
¡Ay, cuántas veces aduló engañosa
La desdicha con máscara dichosa!
En la ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta, explica su tesoro,
Cielos cifra su rostro, su cabeza
Vierte sobre los hombros lluvias de oro:
Allí el alhago y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivaz semblante
Acónito mortal gustó el amante.

Êmulo varonil, hermoso opuesto
Fué el joven de la ninfa generosa,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto
Emprendió la victoria presurosa,
Mas á un tiempo, en amar, no precedidos
Se hallaron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en su boda breve llanto indica.
No asiste Juno, no loquaz y airoso
El Dios nupcial su ceremonia explica;
De obscura antorcha, con desórden ciego,
Arde en su mano, reluchando el fuego.

Despues, cuando la dulce prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama;
Y á ocultos regocijos encendida
Luz grata admiten el amante y dama;
Procedido de causa no advertida
Súbito impulso arrebató la llama:
Ni el discurrir contra el anuncio fiero
Halló evasion á desmentir su agüero.

Así terminó en su origen la mudanza
El fiel consorcio que repugna el cielo:
Serenidad infiel, cuya bonanza
Siempre asaltaron ondas de recelo.
Nunca allí se enteró la confianza,
Nunca total prevaleció el consuelo,
Bien que ignoraban siglos anteriores
Tan regalado ejemplo en amadores.

¡O, cuántas veces él, si la belleza
De Eurídice describe en dulce canto,
Pudo en sus ojos la interior tristeza
De incierto origen provocar el llanto!
Turba la voz su liberal destreza,
Embaraza á la ninfa un tierno espanto,
Viendo del son la repugnancia ingrata,
Que empieza elogio y llanto se remata.

Si en diversion alegre el florecido
Campo les presta deleitable asiento,
De ave siniestra el lúgubre gemido
Su gozo altera con infausto acento:
Uno y otro en el ánimo ofendido
Dolor escribe, y simulando aliento,
De su verdad y engaños daban señas
Llorosa risa, ó lágrimas risueñas.

Bastardo incendio de garzon lascivo,
Mientras vagaba en plácida floresta,
Quiso vencer sacrílego el esquivo
Justo desden de Eurídice modesta:
La defensa encomienda al fugitivo
Curso la ninfa temerosa, presta,
Y agravios juzga del ausente Orfeo
Que el pie no se adelante á su deseo.

Sigue su veloz huella el torpe amante,
De su insano apetito estimulado;
Ella en su casto intento mas constante,
A par del viento vuela por el prado,
Al joven precediendo muy distante:
Y aunque le mira ya tan alejado,
No interrumpe su curso presuroso
Hasta llegar á brazos de su esposo.

En cuanto el miedo cauto diligente
Apresurar la obliga su carrera,
Imprevista mortífera serpiente
Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera;
Hiere improviso el venenoso diente
La ebúrnea tez, y su candor altera;
Letal contagio penetró en la herida
Hasta el íntimo centro de la vida.
Así desvaneció la flor hermosa,
Donde ya la beldad reinó lozana,
Donde mezcladas la azucena y rosa
Miraban con desden la nieve y grana;
En el consorte fiel la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una parte de su vida,
De la que resta ser quiso homicida.
Hijo era noble el generoso amante
De la Musa mayor y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio diviniza el vuelo:
El castalio licor tan abundante
Le inunda, que su labio alhaga el cielo,
Destinando á su verso en Elicona
Febo siempre el laurel y la corona.
Tristezas canta que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suäves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves;
Buscan su voz y su terneza aprenden
Los troncos yertos, los peñascos graves:
Las corrientes al métrico lenguage
Se impelen con retrógrado viage.

Su inmensa actividad reconocida:
Asunto es ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su canto;
El joven, que su industria reducida
Tiene á inquerir alivio al ciego llanto,
Contra la angustia que su paz destruye
Discurre arbitrios y animoso arguye.

Si el vigor, dice, de mi lengua pudo
Rendir los brutos de inclemencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
¿Cómo, en virtud de sus alientos, dudo
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el reino inquiero del eterno luto,
Mover piedad en Radamanto y Pluto?

A tanto examen su eficacia atreva
Mi doloroso canto y ruego tierno.
Dice, y comete á la experiencia nueva
El revocar su Eurídice de Averno:
Solo intentada la estupenda prueba
A osados pudo ser ejemplo eterno,
Y niega ejecutada (bien que en vano)
Su imitacion al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro, que inunda
El Lacónico ponto, en sitio cierto
Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:

Intonsa breña con horror circunda
El rasgado peñon, y esconde abierto
Cóncavo tal, que á la tartárea estanza
Por las entrañas del abismo alcanza.
Tan denso allí de rústica madeja
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo exterior á la caverna deja
De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni cuando el sól á su zenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho al despertar el dia.
Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece:
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece
Cuando repite Abril su primavera,
Y en vario esmalte el prado reflorece,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre rehacio el escabroso invierno.
De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña y riega su boscage,
Que al basilisco y aspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brevage:
Humos exhala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.
Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,
Ni pie mortal á orillas del undante
Lago imprimió jamas la espesa lama.

Previene el escarmiento al caminante
La ya espartida voz que el sitio infama:
Lejos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.
De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir condujo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desperada accion mortal deseo:
Ya pasa el lago, y por oblicua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo:
Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.
Riesgos atropella con audaz semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte:
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impele á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.
Ya penetra en el márgen de la sima
Que es del abismo exordio primitivo:
A la lira sonante el plectro arrima,
Y del aire el vapor templa nocivo;
El blando acento de la voz intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que antes solo admitieron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.
Sale de sí el gran monte que apetece
Vecino el canto, y, como crespa goma
Que en el tronco del arbol aparece,
En cada risco nuevo risco asoma;

Por el canal en torno inquieta crece
La peña, que la voz ablanda y doma,
Y tal se estrecha en la caverna el Tracio,
Que apenas halla su camino espacio.
  Horrible incendio, entre borrados lejos,
Arroja luz infausta tenebrosa,
Mal retratando en hórridos espejos
La bruta faz de la region umbrosa:
Rige el paso á los trémulos reflejos
El joven, y la indómita espantosa
Habitacion que infausta le ocurria
Vencer emprende en dulce melodía.
  Al márgen de Aqueronte, algoso rio,
Tiene la voz mil sombras elevadas,
En quien ya de la vida faltó el brio,
Y existen aparentes y animadas;
Todas atienden el bajel tardío,
Y á presente lugar ser convocadas:
Maravíllanse viendo al joven fuerte
En el reino espantoso de la muerte.
  Llega á Aqueronte, y en su orilla espera,
Las cuerdas requiriendo y consultando:
Vé la grosera barca á la ribera
Opuesta conducir copioso bando:
Del instrumento y de la voz esmera
De nuevo entonces el acento blando;
Gime la cuerda al rebatir del arco,
Y su gemido es rémora del barco.
  Resonó en la ribera tiempo escaso
El canto que humanar las piedras suele,
Cuando atrás vuelve, y obedece el vaso
Mas á la voz que al remo que le impele:

La conducida turba al nuevo caso
Se admira, se regala, se conduele,
Y las réprobas almas con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.
Solo el piloto rígido concibe
Furor, porque decrépito su oido,
La suavidad sonora mal percibe,
Y el bajel mira discurrir torcido;
Mas, antes que la proa al puerto arribe,
De la dulce armonía persuadido
Sintió la voz, y con piadoso espanto
Tambien rindió su admiracion al canto.
  Templa la dura faz, descuida el remo,
Y al prodigioso músico se humilla;
Llega la barca al procurado estremo,
Y en el alga tenaz hunde la quilla:
Entra el amante y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la adversa orilla
Repite el leño, obedeciendo leve
Al canoro piloto que la mueve.
  La armoniosa voz luego sepulta
Al can trifauce en regalado sueño,
Supliendo su eficacia y fuerza oculta
Confecciones de miel y de beleño;
En la ancha cueva de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inutil, y concede abierta
Del reino interno la dificil puerta.
  Esta penetra y se adelanta el Tracio
(Cuyo amor y valor igual compite)
Y el pie dirige al íntimo palacio
Que, al de Jove emulando, alberga á Dite;

Mira á la diestra en dilatado espacio
El gremio Elíseo, que feliz admite
Posesores heróicos, nobles almas
Que ornan su frente vividoras palmas.
  Bien presume de Eurídice el amante
Que allí inmortal su domicilio alcanza,
Y allí le impele con fervor constante
Ímpetu opuesto á la sagaz templanza:
Mas, el pie revocando vacilante
En el temor suspende la esperanza;
Teme, si entra los límites agenos,
Que atreviéndose á mas consiga menos.
  Vencer antes propone compasivo
(Tanto en vigor de sola voz emprende)
La gran deidad, de cuyo ceño altivo
El ínfero gobierno unido pende:
La vista encumbra al edificio altivo
Y á su muralla y puerta el paso tiende,
Cuando admirado vé, y admira tierno
El mas bronco espectáculo de Averno.
  Ve en siniestro lugar el espantoso
Presidio y posesiones del tormento,
Donde es lago la tierra lagrimoso,
Y á los gemidos incapaz el viento:
No consintió la lira el arco ocioso,
Ni se negó la voz al instrumento,
Que serenaron dulcemente unidos
La tempestad horrísona de aullidos.
  Sísifo, que su cargo ha fenecido
Tantas veces y nunca le fenece,
Porque el peso del hombro sacudido,
Vuelve á subir y el padecer recrece;

Ya se rebusa el risco detenido,
Y el que imprimió dolor, descanso ofrece,
Suspendiendo la lira su suplicio,
Y al buitre hambriento que devora á Ticio.
En círculo voluble padecia
El que fue de Juno amante insano,
Cuando venció al rigor el armonía
Quietando al movil el girar liviano.
Así el aspa rodante, que regia
Aspera muela que deshace el grano,
Pierde la furia, y calma el movimiento,
Si viene el aura, y se retira el viento.

Con humillada adoracion se inclina
Al Rey feroz que, armado de aspereza,
De inquietos ojos rígido fulmina
Rayos de ira eclipsados en tristeza:
Obsequio no menor á Proserpina
Rinde, y colige atento en su belleza,
Que silenciosa otorga al ignorado
Ruego lo que le niega el Dios turbado.
Dime lo que lloró cantando Orfeo,
Y los efectos de su ruego, ¡ o Musa!
Cuando su voz seguida del recreo
Fué en el palacio cóncavo difusa,
Y dulce consiguió mayor trofeo,
Que acerbo el duro rostro de Medusa,
Pues suspension, á estátuas parecida,
Dá á las deidades, y á las piedras vida.

Numen del orbe y sus abismos, dice,
Que gozas con glorioso ministerio,
Por feliz suerte y mérito felice;
Igual con Jove el dividido imperio;
Yo, el mas de los humanos infelice,
Desciendo á tí del ártico emisferio;
Si estoy vivo no sé, sé que la suerte
Trajo mi vida al reino de la muerte:
Mas, cuando viva muerto, ó muera vivo,
Siendo estos miembros mi sepulcro humano,
Ni aquí me induce presuncion de altivo,
Ni curiosa ambicion de estudio arcano:
No cual Téseo, ni Piritóo lascivo
Tu afrenta inquiero conspirada en vano,
Ni como Alcides, coronar espero
Mis hazañas, robándote el cerbero.
Solo cobrar mi espíritu procuro
En Eurídice bella vinculado,
En quien la muerte el esplendor mas puro
Robó antepuesta á la intencion del hado:
Quejas de amante (no el acerb duro)
Cercan mi pecho, á la conquista armado:
El ruego humilde, el mísero lamento,
Por mis pertrechos bélicos presento.
Ya en la terrena faz que alegra al cielo
Contra la ausencia presumí industrioso
Fingir alivio leve, no consuelo,
Ó ser á mis tormentos poderoso:
Yélame ardiendo el sol, ardo en el yelo,
El descanso me ignora, y el reposo;
Cuanto los hombres juzgan luz y dia,
Es á mis ojos tempestad sombría.

Así, aunque vine de region serena
Al negro centro, no distingo horrores;
Y si juzgas mi osar digno de pena
Porque tus reinos penetré inferiores;
Ya amor por su derecho me condena,
No intimes á mi mal nuevos rigores,
Que no me añadirá tu abismo ciego
Ni tormento mayor, ni mayor fuego.

Tal causa solicita mi cuidado.
Que en lo amante se absuelve lo atrevido,
Cuanto mi accion te provocó indignado
Te merece mi mal compadecido:
Ni á exceso debes referir sobrado
El de amoroso impulso procedido,
Que si culpas mi accion y mis extremos,
En mí á los Dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonante
En brutas pieles de animal extraño;
Cisne despues, cuando de Leda amante,
Para lascivo ardid cándido engaño:
Tú mismo ¡o Rey! sin ejemplar distante
Ser puedes en mi abono desengaño,
Cuando, excediendo esfuerzos de Mavorte
Fué triunfo tuyo tu feliz consorte.

Yo, imitando tu amor, busco la mia:
No impidas á tu empresa semejanzas,
A tí deba mis glorias la osadía,
Su posesion á tí mis esperanzas:
Francos regresos al abierto dia
Nos permite; serán tus alabanzas
(Dando á la lira eternizado empleo)
Unico asunto, única voz de Orfeo.

En cuanto así dilata el blando ruego,
Toda aspereza de la faz destierra
Al bronco Numen, y penetra luego
Al corazon con la sonora guerra:
Ya el Dios admite plácido el sosiego
Y al turbado rigor la entrada cierra,
Ya dominar en sus entrañas deja
La primera piedad de humana queja.
Con semblante Prosérpina lloroso,
Desde el primer acento el canto oía,
Sobrando al pecho femenil piadoso
El vigor de la acorde melodía.
A contrastar su inexorable esposo
La intercesora voz apercibia,
Mas no intercede, que su faz propicia
Ya la piedad que procuraba indicia.
El Rey, justificando su gobierno
Consultivo, se vuelve á Radamanto,
Vé al rígido ministro entonces tierno
Que afectá disimulos contra el llanto;
Leyes al fin deroga de su Averno
Por conceder la súplica del llanto,
Su efecto abrevia en diligente oficio
Duplicando el valor del beneficio.
Al tropel de ministros circunstante
Que le anticipan obediencia, ordena
Se restituya Eurídice al amante,
Y ambos despues á la region serena;
Manda apenas el Dios, cuando delante
El bello origen de su gloria y pena
El Trace mira, y dilatando el pecho,
Aun á su gozo presta albergue estrecho.

Precepto fué imperial, impuesto en vano,
(Pension ligera al sucesor de Febo)
No á mirar vuelva con error liviano
La vista á su consorte ni al Erebo,
Hasta que asciendan al abierto llano,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen alhagos, que jamas permite
La severa region reino de Dite.
Seguido, pues, de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella,
Y espanto aumenta al reino del espanto:
Festivo elogio en vez de la querella
Consagra al Dios reconocido el canto,
En himnos dedicando al beneficio,
La gratitud sonoro sacrificio.
El músico infeliz reconocia
Extremos ya de la superna entrada,
Y si el efecto no, la fantasía
Gozaba el fin de la triunfal jornada;
Rindióse á recelar si le seguia
Su prenda del abismo revocada,
Ó si en los riscos de la sima asaso
Oblicua senda la retarda el paso.
Turbó el recelo acciones al sentido,
Cegó prudencias al discurso inquieto,
Tal que introdujo á la memoria olvido
Que violó de Pluton el gran preceto:
Vuelve la vista (¡ay triste!) inadvertido,
Y apenas mira el procurado objeto,
Que anhelando los ojos su presencia,
Siglos fulminan de llorosa ausencia.

Sigue entre fuegos, truenos y temblores
Lóbrego nublo en apariencia ingrata,
Que á los horrores añadiendo horrores,
Por las fauces del Orco se dilata:
En sus humos envuelve voladores
A Eurídice, y bramando la arrebata,
Como en turbado mar con furia oculta,
Errante leño el huracan sepulta.

Desvanece con ímpetu la dama,
Y en cuanto sigue la profunda via
Con altas quejas á la suerte infama,
Clamores tristes al amante envía:
Huye al centro la voz que en vano clama;
Mas y mas débil cada vez se oía:
Oye el Trace, ó le informa su deseo,
Lánguido el nombre repetir de Orfeo.

Por seguir y llamar su fugitiva
El pie intenta mover y lengua muda,
En el terreno aquel temblando estriva
Esta su voz á la garganta anuda:
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta, y de su muerte en duda,
Tras las nieblas fugaces y veloces
Pasos espacce intrépidos y voces:

Del gran dolor á la inclemencia fiera
Se entrega; y provocando en sí la ira,
Aun el tormento procurar quisiera
Cuando autor de su pérdida se mira:
Revuelve de Aqueronte á la ribera,
Y forma acentos rudos á la lira,
No obedeciendo en el turbado llanto
La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni cuando recupere allí el amante
Su actividad sonora no oprimida,
Será á cobrar su Eurídice bastante
Segunda vez al Báratro ofrecida:
Dará su labio y cítara sonante
Gozo al dolor, á los peñascos vida;
No así podrá piadoso ni obstinado
Firmes decretos revocar del hado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe dónde pasó la juventud, y solo parece que vivia en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traduccion del *Aminta* de Torcuato Tasso. Tal vez le llevó allá su aficion á las artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimacion por ella. Fué caballero del hábito de Calatrava, y caballerizo de la Reina doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo; y murió, ya muy avanzado en edad, en la misma villa por enero de 1641, segun aparece de los *avisos* históricos de Pellicer. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618. La *Farsalia* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Orfeo* ya dado á luz en 1624.

POESIAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

CANCION PRIMERA.

Al armamento de Felipe II contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el francés Pirene al moro Atlante,
Y al ronco son de trompas belicosas
Haz envuelta en durísimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra
Debajo de tus señas victoriosas;
Tal que las flacamente poderosas
Tierras, naciones contra tu fé armadas,
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan;
Y como al sol las nieblas se resuelvan:
Ó cual la cera blanda desatadas
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos gravados,
Queden como de fé de vista ciegos.
Tú, que con celo pio y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno
Empuñan lanza, contra la Bretaña

Sin perdonar al tiempo has enviado:
En número de todo tan sobrado
Que á tanto leño el húmedo elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de rüinas Oceáno:
Y aunque de lejos con rigor traidas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De banderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.
¡O ya isla católica y potente,
Templo de fé, ya templo de heregía,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona Real de oro luciente
Ciña guirnalda vil de esteril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fé ricos;
Ahora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada,
Del huso en vez, del cetro y de la espada;
Muger de muchos y de muchos nuera!
¡O Reyna torpe, Reyna no, mas loba
Lividinosa y fiera,
Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!
Tú en tanto mira allá los Otomanos
La Jonias aguas, que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y antenas,

Y con tirano orgullo en tiempo breve
Domando cuellos y ligando manos,
Y sus manos hiriendo las arenas,
Despoblar islas y poblar cadenas.
Mas, cuando su arrogancia y nuestro ultrage
No encienda en tí un católico corage,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte,
Que á los cristianos ojos, no sin arte,
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve mientras mas tremola,
Entre lunas bordadas
Del caballo feroz la crespa cola.
Fija los ojos en las blancas lunas
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las britanas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las columnas,
Llaves tuyas y término de Alcides:
Mas si con la importancia el tiempo mides,
Arma tus hijos, vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones
Que ilustran tus pendones,
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.
Cancion, pues, que ya aspira
A trompa militar mi tosca lira,

Despues me oirán, si Febo no me engaña,
El carro helado y la abrasada zona,
Cantar de nuestra España
Las armas, los triunfos, la corona.

CANCION II.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
Tejidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente;
Que piden, con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado:
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

CANCION III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contienen tus dulces ojos bellos!

¡Qué de rios del yelo tan atados,
Del agua tan crecidos
Me defienden el ya volver á vellos!
¡Y cuán burlando dellos
El noble pensamiento
Por verte pisa plumas, pisa el viento!
Ni las tinieblas de la noche oscura,
Ni los hielos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura
Que nieguen tu persona,
Que no desmienta con discreta maña;
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo cuando lidie,
Que no la registre él, y yo no envidie.
Allá vuelas, lisonja de mis penas,
Que con igual licencia
Penetras el abismo, el cielo escalas:
Y mientras yo te aguardo en las cadenas
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas;
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga, y mil dulzores cela.
Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras muerta la voz, suelto el cabello,
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, ó de un Adonis bello:
Y anudada á su cuello
Podrás verla dormida,

Y él casi trasladado á nueva vida.
Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura casi muerta
Que el silencio le bebe
Del sueño, con sudor solicitado.....
Dormid, que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos
Que á los lazos de amor os dió himeneo;
Mientras yo desterrado, de estos robles
Y peñascos desnudos
La piedad con mis lágrimas grangeo:
Coronad el deseo
De gloria, en recordando;
Sea el lecho de batallas campo blando.
Cancion, dí al pensamiento,
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas, ¡o Tortolilla!
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas:
Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;

Dichosa tú mil veces,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces paces.
Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido,
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego:
Arbol que tanto fué, perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas:
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves:
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes
Que de una Tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego:
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisongear á un Dios con alas.

CANCION V.

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
Ó murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafia
Su voladora planta:
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.
El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco con la falda:
Donde no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro:
Y así en tantos enojos,
Si trabajan los pies, gozan los ojos.
Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con mas ligeros pies el verde llano,
Que del arco encorvado

La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo que en mí mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los piés para la lengua,
Y en alta voz le digo:
No huyas, ninfa, pues que no te sigo.
  Enfrena, o Clori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente:
Ten de tí mesma duelo:
Deponga un rato sola
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pie nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
  Ejemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña,
Por cuyo trato esquivo,
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque, y piedras la montaña.
Mas sírvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan crúda ni bella,
A quien ya sabes que el pastor de Anfriso,
Con pie menos ligero,
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.

Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto,
Que razon es parar quien corrió tanto.

SONETOS.

I.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Direis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del Amor queda el veneno.

II.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca Aurora;

Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora;
Para que desta vega el campo raso
Borde saliendo Flérida de flores:
Mas, si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni sigas de la Aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

III.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso;
A mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta;
Dime, si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

IV.

Hermóso dueño de la vida mia,
Mientras se dejan ver á cualquier hora,
En tus mejillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el dia;
Mientras que con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora,
Que el Arabia en sus venas atesora,
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro dia vuelto en noche oscura,
Huya la Aurora del mortal nublado;
Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza á la blanca nieve en su blancura;
Goza, goza el color, la luz, el oro.

ROMANCES.

I.

Famosos son en las armas
Los moros de Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos Hacén.
El Roldan de Berbería,
El que se ha hecho temer
En Oran del castellano,
En Ceuta del portugués.
Tan dichoso fuera el moro,
Cuan dichoso podrá ser,
Si le bastára el adarga

Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un harpon de desden
Le despidió Belerifa
La hija de Ali Muley.
Atento á sus demasías
En amar y aborrecer,
Quiso el niño Dios vendado
Ser testigo y ser jüez.
Miraba al fiero africano
Rendido mas de una vez
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel:
Ya rindiendo á su enemiga,
Y entregándole á merced
Las llaves del albedrío,
Los pendones de la fé.
Mirábalo en los ramblares,
Ora á caballo, ora á pie,
Rendir el fiero animal
De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata mora
La respetada pered.
Mirábalo el mas galan
De cuantos Africa vé,
En servicio de su dama
Vestir morisco alquicel.
Sobre una yegua morcilla
Tan extrema en el correr,
Que no logran las arenas

Las estampas de sus pies:
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez
(Obra al fin en todo digna
De artífice cordobés)
Solicitar los balcones,
Donde se anida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Venus
El moro poco placer;
Y detestando el rigor
Que se ufana contra él,
Miraba á la bella mora,
Salteada en su vergel
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quién es,
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.
De pechos sobre un estanque,
Hacen que á ratos estén
Bebiendo sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una,
Y aun maliciosa tambien:
Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas

De los muros de Jerez,
Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer),
De un amor recien nacido,
Que volará antes de un mes.
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios,
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red.
Y comenzó Belerifa
Hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

II.

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos zenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.

Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella
Viéndole tomar la espada
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestios y salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.
Viendo el español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice así: mi señora,
Tan dulce como enojada,

Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya;
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma,
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

III.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos zeneles
Que por el campo buscaban
Entre la sangre lo verde;
Aquel español de Oran
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien zenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede,
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español

De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere;
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,
Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres.
Yo nací en Gelves el año
Que os perdísteis en los Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco Matasiete.
En Tremecén me crié
Con mi madre y mis parientes,
Despues que murió mi padre
Corsario de tres bajeles.
Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Meliones,
Extremo de las hermosas,

Cuando no de las crueles;
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura,
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses:
Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente,
De tantos rayos vestido,
Cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone,
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y Amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con harpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes;
Mientras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme:
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente.
Conmovido el capitan
De las lágrimas que viente,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
Gallardo moro, le dice,

Si adoras, como refieres,
Y si, como dices, amas,
Dichosamente padeces.
¿Quién pudiera imaginar
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del Amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que, cuando la veas,
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus pies ofrece.
Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas mas con librarme
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apenas vide trocada

La dureza de esta sierpe,
Cuando tú me cautivaste:
Mira si es bien que lamente.

IV.

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
Que, envuelta en dulce armonía,
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella,
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides,
Mientras yo á la tortolilla,
Que sobre aquel olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques; cruel verdugo
De mis años infelices,
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda,
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,

Que considerados bien,
Todos los monteros dicen,
Que los dos nos parecemos.
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbre
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
A los ciervos voladores
Ni á los fieros javalíes;
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mí muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza,
A que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines;
Y el mismo monte se agravia
De que tus pies no le pisen.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
Conseguirémos en esto
Ambos á dos nuestros fines;

Tú el de cruel en dejarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú, rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes
De Segura al Oceáno
El fértil terreno mides;
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el húmido reino
De la gran madre de Aquiles.
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven
Conozcan quién es Daliso,
Y quién es la ingrata Nise.

V.

Aquel rayo de la guerra,
Alferez mayor del reino,
Tan galan como valiente;
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto;
Hijo hasta allí regalado

De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el Rey,
Ó el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una mora el moro
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama
Que para él flores fueron,
Y para el celoso Rey
Yerbas de mortal veneno.
Pues de la yerba tocado
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad,
Para disculpar sus celos.
Sale, pues, el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió y le pació el heno,
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,

La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo
Que en grave y airoso huello
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre la marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra,
Que dice: *Estos son mis hierros.*
Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange
Que le dió el Rey de Toledo,
Porque para un enemigo,
Él le basta y su derecho.
De esta suerte sale el moro
Con animoso denuedo,
En medio de los alcaides
De Arjona y de Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa

Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten ahora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron:
La bellísima Balaja,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos;
Como tanto estruendo oyó
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
»Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo;
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho."
Él con el mirar responde:
»Yo me voy, y no te dejo;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo."
En esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Cien mil veces, y de Andujar
Tomó el camino derecho.

VI.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco Dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad;

Por el alma de tu madre,
Que murió, siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas:
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.
Báste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquïetas banderas,
Foragido capitan.
Perdóname, amor, aquí,
Pues yo te perdono allá
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados,
Que seguís milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guia
Podeis de un ciego sacar?
¿De un pájaro qué firmeza?
¿Qué esperanza de un rapaz?
¿Qué galardon de un desnudo?
¿De un tirano qué piedad?
Déjame en paz, &c.
Diez años desperdicié
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
¡Cómo aré, sembré, cogí!
Aré un alterado mar,
Sembré en esteril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déjame en paz, &c.

Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acibar,
Principio al fin, bien al mal:
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.

VII.

Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
Ó lo perdonó por pobre;
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido, y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,

No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus harpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por donde
Una piedad mal nacida,
Entre dulces escorpiones;
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de agua: ¡ó piedad,
Hija de padres traidores!
Yerbas le aplica á sus llagas,
Que sino sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda:
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella

Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guià,
Que el sol deja su orizonte,
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.
Llegáron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego,
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos, pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles;
Y le entregan cuando menos
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre

De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
A un aspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arruyos gemidores!
¡Qué bien la destierra amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Airecillos lisongeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombra,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores;
Los troncos les dan cortezas

En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
Ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote:
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas, do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
Á pesar de sus horrores.
Choza, pues, tálamo y lecho,
Contestes destos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

VIII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres:
Y segun los vientos pisa
Un bergantin genovés,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los pies.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba,
En conserva del Virey,
Un español con dos hijas
Una sol y otra clavel,

Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al traves,
A vista dió de Moruto,
Renegado calabrés.
El tagarote africano,
Que la español garza ve,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas,
Mas el viento burla dél
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un Duque ahora,
Título ya de Marqués.
De sus torres los descubren,
Y distinguiendo despues
La cruz en el tafetan,
La luna en el alquicel;
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos ó diez
Envuelven de negro humo
Al corsario su interés.
Los brazos del puerto ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garces.
El leonés agradecido
Al cielo de tanto bien,

De libertad coronado
Dice, sino de laurel;
¡O puerto, templo del mar,
Cuya húmeda pared
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios den;
Fortaleza imperïosa,
Terror de Africa y desden,
Yugo fuerte y real espada,
Que reprime y que dá ley!
Defensa os debo y abrigo,
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
Tu ínclito dueño, á quien,
Como á tí el Mediterráneo,
La envidia le bése el pie:
Inmortal sea su memoria
En la gracia de su Rey,
Por galardon proseguida,
Si comenzó por merced.
Que servicio tan honrado,
Y de Acates tan fiel,
Inmortalidad merecen,
Si no de vida, de fé.

IX.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbarroja
Ligeras le daban caza

A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcísima valenciana,
Bien nacida si hermosa,
Del amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Cuanto á festejar las bodas;
Y cuando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla;
Esperándola detras
De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Mientras se queja la dama
Derramando tierno aljofar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Váleme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú, que embravecido puedes
Los bajeles que te enojan
Embestillos en la arena

Con mas daño que en las rocas;
Tú, que con la misma fuerza,
Cuando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas,
Salga esta vela á lo menos
Destas manos rigurosas,
Cual de garras del halcon
Blancas alas de paloma.

X.

Criábase el Albanés
En la corte de Amurátes,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino cómo se criára
El mejor de los Sultanes,
Del Gran Señor regalado;
Querido de los Bajaes,
Gran capitan en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes.
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles
Al Húngaro dos banderas,
Y al Sofí cuatro estandartes.
Mas ¿qué aprovecha domar
Invencibles capitanes;
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales;

Si un niño ciego le vence
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos harpones penetrantes?
Dos penetrantes harpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo Levante.
Que no hay turquesa tan fina
Que á sus ojos se compare,
Discretas en todo extremo,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo
Hecho de finos diamantes,
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante,
Que el duro hierro en sus manos
Disminuye y le deshace.
No para en hierro el amor,
Pues, sin errar tiro, sabe
Poner en el alma el hierro,
Y en la cara las señales.
Fué tan desdichado en paz,
Cuanto en la guerra triunfante,
Rendido en paz de mugeres,
Siendo en guerra el fiero Marte.
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle,
Por tener así sujeto
Al que sujetó al dios Marte,
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

XI.

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena:
¡O sagrado mar de España,
Famosa playa y serena
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
Pues eres tú el mismo mar,
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque, si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
A mi demanda respuesta:
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lenguas.
Pero, pues no me respondes,

Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XII.

Continuacion.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar,
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve, pues, los ojos tristes
A ver como el mar les hurta
Las torres, y de las naves
Las velas, y les dá espumas.
Y viendo mas aplacada

En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan gran extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
Ya no esperen mas mis ojos,
Pues ahora no lo vieron,
Sin este remo las manos
Y los pies sin estos hierros.
Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto:
Que cuántos fueron mis daños,
Tantos serán mis tormentos.
De quien me quejo, &c.
Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podreis alcanzarnos,
Pues tratais de mi remedio.
El enemigo se os va,
Y favorécelo el tiempo,
Por su libertad no tanto
Cuanto por mi cautiverio.
De quien me quejo, &c.
Quedaos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejaos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
De quien me quejo, &c.

XIII.

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fé,
Que quien te hizo pastora
No te escusó de muger.
La pureza del armiño
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez
A pesar de su dureza
Obedecen al sincel.
Resiste al viento la encina
Mas con el villano pie,
Que con las hojas corteses
A cualquier céfiro cree.
Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel cipres.
No para un abeja sola
Sus hojas guarda el clavel:
Beben otras el aljofar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo,

Undosamente fiël;
Niega al ausente su imagen
Hasta que la vuelve á ver.
La inconstancia al fin dá plumas
Al hijo de Venus que,
Poblando de ellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío
Lo tiranice interes,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de fiël.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana
Al suelto cabello ley.
¡Mal hayas tú, si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya y tres!
¡Mal hayas tú, si mirares
En lasciva candidez
Las aves de la deidad,
Que primero espuma fué!
Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres, pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Frescos airecillos,
Que á la primavera
Destegeis guirnaldas
Y esparcís violetas;
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos,
Y agradables penas;
Cuando del estío
En la ardiente fuerza
Álamos os daban
Frondosas defensas;
Álamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias;
De donde las ninfas
Y las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamaste,
Y vinieron ellas
A ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisongeras;

Sueño les trujistes,
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener desvelo,
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza:
Ahora, pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas;
Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra
De las secas hojas,
Que ya fueron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba;
Y antes que las nubes
Y el hielo conviertan
En cristal las rosas
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al seno templado
Que alegre os espera.
Vereis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Betis la arena.

Montaraz gallarda,
Temida en la sierra,
Mas por su mirar
Que por sus saetas.
Ahora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras;
Ahora en el llano
Con planta ligera,
Fatigando el corzo
Que herido vuela;
Ahora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Cuando ya cansada
De la caza vuelva,
A dejar al rio
El sudor en perlas;
Si está calurosa,
Soplad desde afuera;
Y cuando la ingrata
Mejor os entienda,
Decidle, airecillos:
Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia.

Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
Que en premio glorioso
De su amor merezca
Ya que no suspiros,
A lo menos letra,
Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura peña:
(Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna)
A donde le digas;
Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra,
Y arrastrar cadenas.

II.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola,
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal:
Dejadme llorar
Orillas del mar.

Pues me distes, madre,
En tan tierna edad,
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar;
Y me cautivastes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves
De mi libertad;
Dejadme llorar, &c.
En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz.
Dejadme llorar, &c.
No me pongais freno,
Ni querais culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demas:
Si me quereis bien,
No me hagais mal;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dejadme llorar, &c.
Dulce madre mia,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces

Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad?
Dejadme llorar, &c.
Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los mios velar.
Váyanse, y no vean
Tanta soledad,
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dejadme llorar
Orillas del mar.

III.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años
Que ha que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor,
La halla la luna,
Y la deja el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,

Dolor á dolor,
Llorad, corazon,
Que teneis razon.
Dícelė su madre:
Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto,
Ó me acabe yo.
Ella le responde:
No podrá ser, no,
Las causas son muchas,
Los ojos son dós;
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion,
Tantas como dellas
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son.
Porque el que se fué
Con lo que llevó,
Se dejó el silencio,
Se llevó la voz.
Llorad, corazon,
Que teneis razon.

IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Zelosa estás, la niña,
Zelosa estás de aquel
Dichoso, pues lo buscas,
Ciego, pues no te ve,
Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que celos entre amantes
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Aurora de tí misma,
Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas,
Se eclipsa tu placer;
Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,

Y querellas despues,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

V.

Vida del Muchacho.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga,
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y albanega;
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña.
Y si hace bueno
Traeré la montera
Que me dió la pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino
Cuando fué á la feria.
Iremos á misa,
Veremos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.

Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,
Y las dos primillas
Marica y la Tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andreguela
No me aprovecharon,
Mi madre, las yerbas.
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almendras.
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la guerra
Anaraugeamos
Las carnestolendas:

Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,
Yo, y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detras de la puerta.

VI.

Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?
Compañero, en acabar

Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres.
Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente:
Si tu ambicion lo consiente,
¿En qué imaginas me di?
Mormura, y sea de ti,
Pues que sabes mormurar:
Arroyo en que ha de parar, &c.
¿Qué dias tienes reposo,
A que noches debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso.
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos
Cuando te quiés levantar:
Arroyo en que ha de parar, &c.
Si tu corriente confiesa,
Sin intermision alguna,
Que la cabeza en la cuna
Y el pie tienes en la huesa:
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengano
La vida te ha de costar:
Arroyo en que ha de parar, &c.

VII.

Dineros son calidad,
Verdad:
Mas ama quien mas suspira,
Mentira.
Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados.
Ducados dejan ducados,
Y coronas magestad,
Verdad.
Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las pague un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.
Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala,
La corte vende su gala,
La guerra su valentia;
Hasta la sabiduría
Vende la universidad,
Verdad.
Siendo como un algodon,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,

Goma su copete, y son
Sus bigotes alquitira,
Mentira.
Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razon,
Deje el rio Marañon,
Y éntrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata,
Y puerto de claridad,
Verdad.
Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas,
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros,
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga:
Pero á mí mas me contenta
Que se diga y no se sienta.
En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor.
Mas ¡triste del amador,
Que muerto á enemigas manos
Le hallaron los gusanos
Secretos en la barriga!
Manda amor en su fatiga, &c.

Muy bien se puede culpáre
Por necio cualquier que fuere,
Que como leño sufriere,
Y como piedra calláre.
Mande amor lo que mandáre,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa:
Manda amor en su fatiga, &c.
Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Cuando amor sacáre á plaza
Delincuentes por hablar.
Mas yo me pienso quejar
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado,
Cuando el viento lo fatiga:
Manda amor en su fatiga, &c.
Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido,
Que aguarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto:
Mas, si murió el imperfeto
De amoroso corazon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga:
Manda amor en su fatiga, &c.

IX.

Ande yo caliente,
Y ríase la gente.
Traten otros del gobierno,
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente,
Y ríase la gente.
Coma en dorada bajilla
El Príncipe mil cuidados,
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,
Y ríase la gente.
Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.

Pase á media noche el már,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y ríase la gente.
Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

X.

Da bienes fortuna,
Que no están escritos,
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
A unos dá encomiendas,
A otros San Benitos;
Cuando pitos, &c.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero;
Y á quien se le antoja,

La cabra mas coja
Parió dos cabritos;
Cuando pitos, &c.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al son bambonea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos, &c.

XI.

No me llame fea, calle,
Que la llamaré vieja, madre.
Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es librea,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde:
No me llame fea, calle, &c.
La muger mas celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es cual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada:
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne:
No me llame, &c.

En palacio la princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
Y en la corte la duquesa,
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta:
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben:
No me llame fea, calle,
Que la llamará vieja, madre.

XII.

Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.
Basté lo flechado, amor,
Mas municion no se pierda;
Afloja al arco la cuerda
Y la causa á mi dolor;
Que en mi pecho tu rigor
Lo muestran las flechas juntas
Y en las espaldas las puntas
Dicen que muerto me has:
Ya no mas, &c.
Para el que á sombras de un robre
Sus rústicos años gasta,
El segundo tiro basta,
Cuando el primero no sobre:
Basta para un zagal pobre
La punta de un alfiler,
Para Bras no es menester
Lo que para Fierabrás:
Ya no mas, &c.

Tan asaeteado estoy,
Que me pueden defender
Las que me tiraste ayer
De los que me tiras hoy:
Si ya tu aljaba no soy,
Bien á mal tus armas echas,
Pues á tí te faltan flechas,
Y á mí donde quepan mas:
Ya no mas, &c.

ROMANCES BURLESCOS.

I.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto;
Y en fé de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia,
Disimulados y envueltos;
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviára
Las del infante don Pedro.
Porque, en materia de escudos
Solo tengo un pavés viejo;
Y en moneda de reales
Yo soy de un lugar realengo;
Y cuanto á las alcabalas
Tengo un grande privilegio.

Que como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios
Me viene la dulce nueva
Como llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento
El molino de mis dientes,
Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viña, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos
Y la ciudad de linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin, mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un agnusdei de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es, señora, de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata,
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena,
Que heredé de mis abuelos;
No tengo paños de corte;
Mas no me faltan enteros,

Porque ya tengo la corte,
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
Al fin que, señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrechos.
Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hambre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

II.

Así Riselo cantaba
En su rabel de tres cuerdas,
Aquel de la tapa blanca,
Y de las costillas negras,
El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan;
Como hizo aquella facil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor, que es ave y niño,

Si no le regalan, vuela:
Digo, pues, que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole cuatro esquinas,
Dos calles y una taberna:
Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que revientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fé de cera;
Cada cual siga su antojo;
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de celos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Brujas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
Y yo que soy bachiller
Por Alcazar de Consuegra,
Los comparo á los herizos,
Que á quien los toma penetran.
No quiero que á nuestras vidas
Que, son dos palomas duendas
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
Si te vás por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta;
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Y si á mí me convidaren,

Déjame ser Pero entrellas.
Ya no quiero que me digas
Que un señor de cruz bermeja
Te promete montes de oro
Por galopear tu vega:
Ni tampoco que te tañen
Con cajas ni con trompetas,
A que seas capitana
De faldellin por vandera.
Porque pienso que lo dioes
Aplicando la conseja,
Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí
Que el arco de amor se flecha,
Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Venus, la diosa de Chipre,
Ya es matrona genovesa,
Guarismo sábe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido;
Las alas aforra en tela,
Y el que esperanzas comia,
Pavos come, y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
Y á la gentileza pobre
A pintura la condena.
Su secretario es el dar,
Un mozo que allana sierras,
Robador de voluntades

Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldeana mia,
Quiero yo seguir la secta
De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne, y son piedras.
Si no merezco tus glorias,
No me revista tus penas;
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y menos tretas.

III.

Triste pisa y afligido
Las arenas de Pisuerga
El ausente de su dama,
El desdichado Zulema.
Moro alcaide y no Bellido,
Amador con ajaqueca,
Arrocinado de cara,
Y carigordo de piernas.
No lleva por la marlota
Bordada cifra, ni empresa
En el campo de la adarga,
Ni en la banderilla letra.
Porque es el moro idïota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el rio
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.

Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorára en dos hazas mias,
Acudiera á diez hanegas.
Los espacios que no llora
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se dá de memorias
Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una mona berengenas.
Contempla luego en Balaja,
La cual, mientras la contempla,
Olas de imaginacion
Ó se la traen ó la llevan.
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirándole los cuescos
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro contemplativo
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernícalos de uñas prietas.
¡Ay bella mora, le dice,
No menos dulce que bella!
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.

¡Ay moro, mas gemidor
Que el eje de una carreta!
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza.
Recibe allá este suspiro,
Y este llanto desta tierra,
Donde el rey me ha desterrado,
Y mis cuidados me entierran.
Llore alto, moro amigo,
Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro
Mas de noventa y seis leguas.
En esto, ya salteado
De una juvenil vergüenza,
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.

IV.

Castillo de San Cervantes,
Tú que estás junto á Toledo;
Fundóte el Rey don Alonso
Sobre las aguas de Tejo.
Robusto, si no galan,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes mas parientes
Que un hijo de racionero;
Lampiño debes de ser,
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo,

Dicen que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy hombre
Con dos Morillos honderos.
Tiempo fué (papeles hablen)
Que te respetaba el reino
Por juëz de apelaciones
De mil católicos miedos:
Ya menospreciado ocupas
La aspereza de este cerro
Mohoso, como en diciembre
El lanzon del viñadero.
Las que ya fueron corona
Son alcándara de cuervos,
Almenas, que como dientes
Dicen la edad de los viejos.
Cuando mas mal de tí diga,
Dejar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia al menos.
Tú que á la ciudad mil veces,
Viendo los moros de lejos,
Sin ser espíritu santo,
Hablaste en lenguas de fuego;
Entre todas las mugeres
Serás bendito, pues siendo
En el mirar atalaya,
Eres piedra en el silencio.
Mira, castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te he obligado poco
Con dos docenas de versos.
Cuando la bella terrible,

Hermosa como los cielos,
Y, por decillo mejor,
Áspera como su pueblo,
Alguna tarde saliere
A desfrutar los almendros,
Verdes primicias del año,
Y dulcísimo alimento;
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,
Ofrécele tus ruïnas
A su altivez por ejemplo.
Háblale mudo mil cosas,
Que bien sabrás; pues sabemos
Que á palabras de edificios
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regúle sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas
Y de bellezas el tiempo:
Que no crean á las aguas
Sus bellos ojos serenos;
Pues no la han lisonjeado,
Cuando la murmuran luego:
Que no fie de los años
Ni aun un mínimo cabello,
Ni le perdone los suyos
A la ocasion, que es gran yerro:
Que no se duerma entre flores,
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
Y abrirá entonces la pobre

Los ojos (ya no tan bellos),
Para bailar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
¡O qué dijera de tí,
Si tú le dijeses esto,
Antigualla venerable,
Si no quieres ser trofeo!
Mi musa te antepondrá
A Sant Angel y Santelmo,
Aunque no quisiese Roma,
Y Malta quisiese menos.
Que aunque te han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos,
A tullidúras de grajos
Te defenderás mas presto.

V.

Dejad los libros ahora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fé que son para oir.
Yo soy aquel gentilhombre,
Digó aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
A un cieguezuelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza,
Tal cual os lo pinto aquí.
El cabello es de un color
Que ni es cuarto ni es florin,

Y la relevada frente
Ni azabache ni marfil.
La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutíl,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de quis vel qui:
Entre cuyos bellos rayos
Se derriba la nariz,
Terminando las dos rosas,
Frescas señas de su abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente el aljofar
Que el Alba suele vertir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo si no excede
Al mas suäve jazmin.
Con su garganta y su pecho
No tiene que competir
El nacar del mar del Sur,
La plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y blanco alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de neblí.
Lo demas, letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fé que me ha rogado
Que lo calle el faldellin:
Aunque por brújula quiero,
Si estamos solos aquí,

Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos
Este señor hasta al fin;
Si hay serafines trigueños,
La moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la ví
Entre mas de cien mil blancas,
Ella fué el maravedí:
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y deja el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado,
Lo que llaman por ahí,
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahelí.
En cuyos alegres años
Desde el ave al peregil,
Por esta negra odisea
La bucólica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas
Andaluz guadamecí.
Hoy desechaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó hermitaño Amadís.
Preguntadlo á mi vestido,
Que riéndose de mí

Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedándome en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho
De no tener y pedir;
Cuando Dios en hora buena,
Me fué forzado el partir
A la ciudad de la corte,
A la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
Dijo que acero sería
En esperar y sufrir:
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orin.
Ternísima me pidió,
Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No la deje sin mastin.
Y así le dejé un mulato
Por espía y adalid,
Que á mí me esperó en saliendo
Y se lo vino á decir.
Dejéla en su antiguo lustre,
Y luego que me partí
Echó la carnaza afuera:
¡O maldito borceguí!
Púsome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin,

Que tiene bolsa en Oran
É ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote,
De los mas lindos que ví,
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
¡O interés, y cómo eres,
Ó por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
Déme Dios tiempo en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora
Para los hechos del Cid.
Y vos, tronco, á quien abraza
La mas lujuriosa vid,
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir;
Vivid en sabrosos nudos,
En dulces trepas vivid,
Siempre juntos á pesar
De algun loco paladin.

VI.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia
Y maravilla del mundo.
Llorando la noche y dia
El malogrado difunto,
Sus impertinentes ojos

Parecen arroyos turbios.
Consolábala una dama
Mas elegante que julio,
Boquifruncida de labios,
Nariz corva, y rostro enjuto.
Deja ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.
Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarías mas contenta
Que con su renta el gran turco.
Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo,
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.
Compañía de varon
Ni la aprecio ni la culpo,
Que voluntaria es suäve,
Y pesada si es con yugo.
Bien parece un hombre en casa,
Pero si contínuo es uno
Es muerte cruël, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Cuando se enviuda al segundo.
El mas afable es celoso,
El mas discreto importuno,
Si es mozo, es desperdiciado,

Y avariento si es caduco.
El estado de casada
Solo ha de servir de punto
Ó escala para subir
Al de viuda seguro.
Ser de una cama y de un lecho
La muger dueño absoluto,
Dicen algunos doctores
Que engorda y alegra mucho.
Comer siempre de un manjar,
¿A quién no causa disgusto,
Y mas cuando acierta á ser
Algo desabrido ó sucio?
Un marido es vaca eterna;
Mejor es que hoy á tu gusto
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.
Si te dá pena este trage
A que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto.
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro.

VII.

¡Qué necio que era yo antaño!
Aunque ogaño soy un bobo:
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco.

A fé que dijo muy bien
Quien dijo que eran de corcho
Cascos de caballo viejo,
Y cascos de galan mozo.
Serví al amor cuatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco,
Ó en las mazmorras de un moro.
Lisonjas majaba y celos,
Que es el espanto de todos
Los majaderos cautivos,
Que se vencen de unos ojos.
De esta dura esclavitud,
(Hace un año por agosto)
Me redimió la merced
De un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
Y vame tanto mejor
Cuanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya
A ver cual se queman otros
En tan vergonzosas llamas
Que su honor volará en polvo;
Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudára con un grito,
Acudiré con un soplo.
Háganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos
Discretos cuelan sus paños
Manchados, pero no rotos.

Quince meses ha que duermo,
Porque ha tantos que reposo
Sobre piedras como piedra,
Sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño celos,
Ni pesadumbres mi ócio,
Ni serenos mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos los que bastan
Para andarme siempre solo,
Y vame tanto mejor
Cuanto va de cuerdo á loco.
Con doblados libros hago
Los dias de mayo cortos,
Las noches de enero breves,
Por lo lacio y por lo tosco.
A devocion de un ausente,
A quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo
Y con dulce pluma lloro;
Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo
A tres ninfas que en el Tajo
Dan al aire trenzas de oro;
Y á la que ya vió Pisuerga,
La aljaba pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana,
Y eclipsar su hermano rojo.
En mi aposento otras veces
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo,
Y como bárbaro toco.

Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
Y vame tanto mejor,
Cuanto va de cuerdo á loco.
Pagaba al tiempo dos deudas
Que tenia tras de un torno:
Mas ya ha dias que á la iglesia
Del desengaño me acojo,
En cuyo lugar sagrado
Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio,
Y la Razon sus antojos.
Con que veo á la Fortuna
De la fábrica de un trono
Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo.
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros,
A quien de carro triunfal
Se apeó en el capitolio.
Veo pasar como humo
Afirmado el Tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí,
Estas verdades conozco,
Y vame tanto mejor,
Cuanto va de cuerdo á loco.

NOTICIAS DE D. LUIS DE GÓNGORA.

Nació en Córdoba á 11 de junio de 1561. Pasó á la universidad de Salamanca á estudiar derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distrajo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los cuarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y obtuvo una racion en la catedral de Córdoba; y por el favor del duque de Lerma y del marques de Siete Iglesias fue nombrado Capellan de honor del Rey Felipe III Vino con este motivo á la córte; pero su edad ya avanzada no le dejó adelantar en el favor que habia sabido granjearse. Una enfermedad. que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde, agravándose el mal, falleció á poco tiempo despues de su llegada en 24 de mayo de 1627.

POESIAS

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

SILVA PRIMERA.

El sueño.

¿Con qué culpa tan grave,
Sueño blando y suäve,
Pude en largo destierro merecerte,
Que se aparte de mí tu olvido manso,
Pues no te busco yo por ser descanso,
Sino por muda imagen de la muerte?
Cuidados veladores
Hacen inobedientes mis dos ojos
A la ley de las horas:
No han podido vencer á mis dolores
Las noches, ni dar paz á mis enojos.
Madrugan mas en mí que en las auroras,
Lágrimas á este llanto,
Que amanece á mi mal siempre temprano;
Y tanto; que persuade la tristeza
A mis dos ojos, que nacieron antes
Para llorar que para verte, ¡o sueño!
De sosiego los tienes ignorantes,
De tal manera que, al morir el dia,
Con luz enferma vi que permitia
El sol que la mirasen en poniente.
Con piés torpes al punto ciega y fria
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las pardas sombras mudas,

Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados
Estas laderas, y sus peñas solas
Duermen ya entre sus montes recostados.
Los mares y las olas,
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es, que entre sueños dan al cielo quejas
Del yerto lecho y duro acogimiento,
Que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
Se adormecen al son del llanto mio,
Y á su modo tambien se duerme el rio.
Con sosiego agradable
Se dejan poseer de tí las flores,
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores,
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido:
Tan solo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo:
Yo tu quietud molesto con mi llanto,
Y te desacredito
El nombre de callado con mi grito.
Dame, cortés mancebo, algun reposo,
No seas digno del nombre de avariento.
En el mas desdichado y firme amante,
Que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento;
Gózante en las cabañas,
Y debajo del cielo

Los ásperos villanos:
Hállate en el rigor de los pantanos,
Y encuéntrate en las nieves y en el hielo
El soldado valiente;
Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
Entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo,
Que eres mas riguroso que la tierra,
Mas duro que la roca,
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
Y en ella mi alma por jamas te toca.
Mira que es gran rigor; dame siquiera
Lo que de tí desprecia tanto avaro,
Por el oro en que alegre considera,
Hasta que da la vuelva el tiempo claro:
Lo que habia de dormir en blando lecho
Y da el enamorado á su señora,
Y á tí se te debia de derecho.
Dame lo que desprecia de tí ahora
Por robar el ladron: lo que desecha
El que envidiosos zelos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha,
Tócame con el cuento de tu vara,
Oigan siquiera el ruido de tus plumas
Mis desventuras sumas;
Que yo no quiero verte cara á cara,
Ni que hagas mas caso
De mí, que hasta pasar por mí de paso;
Ó que á tu sombra negra por lo menos,
Si fueres á otra parte peregrino,
Se le haga camino
Por estos ojos de sosiego agenos.

Quítame, blando sueño, este desvelo,
Ó de él alguna parte,
Y te prometo, mientras viere el cielo,
De desvelarme solo en celebrarte.

SILVA II.

A la codicia.

Diste crédito á un pino,
A quien del ócio rudo avara mano
Trujo del monte al agua peregrino,
¡O Lóiba ciego, de tu paz tirano!
Viste, amigo, tu vida
Por la codicia á tanto mar vendida:
Arrojóte violento
A donde quiso el albedrío del viento.
¿Qué condicion del Euro y Noto ignoras?
¿Qué mudanzas no sabes de las horas?
Vives, y no sé bien si despreciado
Del agua, ó perdonado.
¿Cuántas veces los monstruos, que el mar cierra,
Y tuviste en la tierra
Por sustento, en la nave mal segura
Los llegaste á temer por sepultura?
¿Qué tierra tan extraña
No te forzó á besar del mar la saña?
¿Cual Alarbe, cual Scita, Turco ó Moro,
Cuando al agua y al viento obedecias,
Por señor no temias?
Mucho te debe el oro,
Si despues que saliste

Pobre reliquia de naufragio triste,
En vez de descansar del mar seguro,
A tu codicia hidrópica obediente
Con villano azadon en cerro duro
Sangras las venas al metal luciente.
¿Por qué permites que trabajo infame
Sudor tuyo derrame?
Deja oficio bestial, que inclina al suelo
Ojos nacidos para ver el cielo.
¿Qué fatigas la tierra?
Deja en paz los secretos de esta sierra:
¿Qué te han hecho, mortal, de estas montañas
Las escondidas y ásperas entrañas,
A quien defiende apenas negra hondura?
Mira que á un tiempo mismo estás abriendo
Al metal puerta, á tí la sepultura.
Piensas, y es un engaño vergonzoso,
Que le hurtas riqueza al duro suelo;
Oro le llamas, y es dulce desvelo;
Es peligro precioso,
Rubia tierra, pobreza acreditada,
Y ponzoña dorada.
¡Ay! no lleves contigo
Metal de la quietud siempre enemigo;
Pues la naturaleza, viendo que era
Tan contrario á la santa paz primera,
Por dañoso y contrario á quien le estima,
Y por mas escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima,
Y sus sendas borró con altos mares.
Doy que á tu patria vuelvas al instante
Que el occidente dejes saqueado,

Y que el mar sosegado,
Con amigo semblante
Debajo del precioso peso gima,
Cuando sus fuerzas líquidas oprima
La soberbia y el peso del dinero:
Doy que te sirva el viento lisongero;
Si su furor recelas,
Doy que respeta el cáñamo á tus velas,
Y si temes del mar el desconcierto,
Bien que imposible sea,
Doy que te sale á recibir al puerto.
Si pobre casa tienes, que te vea
Rico; ¿dime si acaso
En tus montones de oro
Tropezará la muerte, ó tendrá el paso,
Ó añadirá á tu vida tu tesoro
Un año, un mes, un dia, una hora, ó un punto?
No lo podrás hacer, ni el mundo junto:
Esto, pues, si no puede, ¿á qué esperanza
Truecas segura paz en tal tardanza?
Deja, no cabes mas el metal fiero,
Vé que sacas consuelo á tu heredero,
Y que juntas tesoro, si se advierte,
Para comprar deseos de tu muerte.
Sacas ¡ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que despues será tu dueño:
Déjale, ¡o Lóiba! si es que te aconsejas
Con la santa verdad sincera y pura;
Pues él te ha de dejar, si no le dejas,
Ó te le ha de quitar la muerte dura.

SILVA III.

Roma antigua y moderna.

Esta que miras grande Roma ahora,
Huesped, fué yerba un tiempo, fué collado;
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves Reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
De unos admiracion, de otros cuidado;
Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué, rica desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Da ley al mundo y peso al Oceáno.
Cuando nació la dieron
Muro un arado, Reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
Del Dánao fuego la piedad Troyana,
Fueron aquí hospedados
Con facil pompa, en devocion villana;
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazon, los dioses varas;
Y pobre y comun fuego en estos llanos
Los grandes reinos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes

De Evandro fugitivo Tibre santo
Sirvió: despues los Cónsules, los Reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los reinos que un tiempo aprisionaron:
Fue triunfo suyo, y viólos en cadena
El Danubio y el Rheno,
Los dos Ebros, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma y rojo con la arena;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin envidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad que no pudiera armada:
El que, por siete bocas derramado,
Y de plata y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante,
Sirviendo en el invierno y el estío
A Egipto ya de nube ya de rio.
Anudaron al Tibre cuello y frente
Puentes en lazos de alabastros puros
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campos de esmeralda
Los puentes Argos y pavon la espalda,
Donde muestran las fábricas que lloras
La fuerza que en los pies llevan las horas:
Pues vencidos del tiempo y mal seguros,
Peligros son los que antes fueron muros,
Que en siete montes círculo formaron,
Donde á la libertad de las naciones

Carcel dura cerraron.
  Trofeos y blasones
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,
¡O Roma generosa!
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos,
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Los dá en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay yerba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sicano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas:
Los que fueron palacios son ejemplos:
Las peñas que vivieron
Dura vida con almas imitadas,
Que parece que fueron
Por Deucalion tiradas,
No de ingenios á mano adelgazadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos.

Solo en el Capitolio perdonaste
Las estatuas y bultos que hallaste:
Y fue en tu condicion gran cortesía,
Bien que á tal magestad se le debía.
Allí del arte ví el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado,
El laurel en las sienes anudado,
Osa pisar el viento,
Y en delgado camino y sendas puras
Halla donde afirmar sus herraduras.
De Mario ví y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida:
Ví en las piedras guardados
Los Reyes y los Cónsules pasados:
Ví los Emperadores
Dueños del poco espacio que ocupaban,
Donde solo por señas recordaban
Que donde sirven hoy fueron señores.
¡O coronas, o cetros imperiales,
Que fuisteis en Monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulacion en los metales!
¿Donde dejasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la fama,
Donde se fue lo que sobró á la llama.
El fuego examinó sus monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frias,
Y visten, ved la edad cuanto ha podido,
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte,
Te dejas poseer, Roma gloriosa,

De la envidiosa mano de la muerte:
Escalóte feroz gente animosa,
Cuando del ánsar de oro las parleras
Alas y los proféticos graznidos,
Siendo mas admirados que creidos,
Advirtieron de Francia las banderas:
Y en la guerra civil, en donde fuiste
de tí misma teatro lastimoso,
Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
Pródiga tú y el Tibre caudaloso.
Entonces, disfamando tus hazañas,
A tus propias entrañas
Volviste el hierro, que vengar pudiera
La grande alma de Craso, que indignada
Fue én tu desprecio triunfo á gente fiera,
Y ni está satisfecha, ni llorada.
Despues, cuando envidiando tu sosiego,
Duro Neron dió música á tu fuego,
Y tu dolor fue tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto,
Abrasadas del fuego sobre el rio,
Torres llovió en ceniza viento frio;
Pero de las cenizas que derramas
Fenix renaces, parto de las llamas,
Haciendo tu fortuna
Tu muerte vida, tu sepulcro cuna.
  Mientras con negras manos atrevidas
Osó desanudar de sacras frentes
Desdeñoso laurel, palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes,
Hurtó el imperio, que nació contigo,
Y dióle al enemigo:

Pero tú, ó fuese estrella enamorada,
Ó deidad celèstial apasionada,
Ó en tu principio fuerza de la hora,
Naciste para ser Reina y señora
De todas las ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rústico Senado;
Luego, con justos y piadosos Reyes,
Dueños del mundo, dar á todos leyes.
Y cuando pareció que habia acabado
Tan grande Monarquía,
Con los Sumos Pontífices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un dia
Reina del mundo y cielo y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave,
Y el nombre de ciudad por el de nave,
Los que fueron Nerones insolentes,
Son Pios y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena,
Y á esotra parte de la muerte alcanza
Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
Tú das aliento y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa corte de la Fé en la tierra.

CANCIÓN.

El escarmiento.

¡O tú, que con dudosos pasos mides,
Huesped fatal, del monte la alta frente,
Cuyo silencio impides

No impedido jamas de humana gente!
Ora confuso vayas
Buscando el cielo, que las altas hayas
Te esconden en su cumbre,
Ó ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies y consueles,
Y con el suelto pensamiento vueles;
Delante de esta peña tosca y dura
Que, de naturaleza aborrecida
Envidia á aquellos prados la hermosura,
Deten los pies y tu camino olvida:
Oirás, si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto voces y razones.
En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa
Dentro en su mismo cuerpo sepultado:
Y todos mis sentidos,
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de ingrato dueño,
Duermen dispiertos ya del largo sueño
De bienes de la tierra,
Gozando blanda paz tras dura guerra:
Hurtados para siempre á la grandeza,
Al tráfago y bullicio cortesano,
A la Circe cruël de la riqueza,
Que en vano busca el mundo y goza en vano.
¡Dichoso yo, que vine á tan buen puerto,
Pues cuando muero vivo, vivo muerto!
Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido mas que por su nombre
Ni por su dulce canto;

Mas ya soy sombra solo de aquel hombre
Que nació en Manzanares
Para cisne del Tajo y del Henares;
Llaméme entonces Fabio,
Mudóme el nombre el desengaño sabio,
Y llámome escarmiento:
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla, mas agora
Canto mi libertad con mi silencio:
El Lete me olvidó de mi Señora,
El Lete, cuyas aguas reverencio;
Y asi le ofrezco al santo desengaño
Mi voluntad por víctima cada año.

Estas mojadas mal enjutas ropas,
Estas no escarmentadas ni deshechas
Velas, proas y popas;
Estos pesados grillos y estas flechas,
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
A mi cuerpo de ñudos,
A mi memoria y alma de verdugos;
Son venturosas prendas, aunque atroces,
Que mudas como ves, sin lengua y muertas,
Me estan al alma siempre dando voces
De arena y agua de la mar cubiertas,
Y de llanto y licor, que el alma suda,
Hechas tragedia de mis males muda.

Aqui con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas
Descansan mis deseos;

Aqui paso las horas presurosas
Razonando conmigo,
Y obedézcome á mi lo que me digo:
Aqui en blandos afanes
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos
Descubriendo á sus velas nuevos mundos;
Y mi loca esperanza siempre verde,
Que con estar tullida vive ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca viene á estar de puro cana:
Aquí del primer hombre despojado
Descanso ya de andar de mí cargado.
Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cria,
Aunque pobres, sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y dia;
Sírvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes;
Asi que, en esta sierra
Los agradecimientos de la tierra
A mi labor pasada
Me sustenta la vida trabajada;
Aquestos pajarillos en su canto
Imitan de los ángeles los tronos,
Reglando con mi gusto y con mi llanto
Ya los alegres ya los tristes tonos:
A murmurar me ayudan estos rios
De la corte las pompas y atavíos.
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al turco la ambicion armada;
No en larga centinela

De acero muestro ser como mi espada,
Ni el ánima vendida
Soy por un pobre sueldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
De pasion loco y de esperanzas ciego,
Por cavar diligente
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La fenix del Arabia temerosa;
Ni ultrages de mi arado en sí recibe
La tierra por ganancia codiciosa;
No de envidioso lloro todo el año
Mas el ageno bien que el propio daño.
Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la corte del alma sosegada;
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate destos niervos
La muerte prevenida
El alma que añudada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronando de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo alcazar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado;
Aguardo á que se esconda desta guerra
Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
Tú, pues, ¡o caminante que me escuchas!
Si quieres escapar con la victoria
Del mundo con que luchas,

Manda que salga lejos tu memoria
A recibir la muerte,
Que viene en cada punto á deshacerte.
No hagas de ti caso,
Pues ves que huye la vida paso á paso;
Y que los bienes de ella
Mejor los goza aquel que mas los huella.
Cánsate ya, mortal, de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoro,
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te han de dejar la plata y oro:
Vive para tí solo, si pudieres,
Pues solo para tí, si mueres, mueres.

SONETOS.

I.

¿Temes, ¡o Lisi! á Júpiter tonante,
Y pálido tu sol sus llamas mira,
Cuando Jove del ceño de tu ira
Tiembla vencido, y se querella amante?
Témale armado el pertinaz gigante
Que á la conquista de su trono aspira,
Y Juno, que celosa le suspira,
Le tema ardiendo y en tu amor constante.
A tí el trueno es requiebro, si amenaza,
El tirano le atiende en el tesoro,
Cuando su sien temor precioso enlaza:
Al robre baja en rayo, y á tí en oro;
Y si renueva amor la antigua traza,
En lugar de tronar bramará toro.

II.

Aquí, donde su curso retorciendo
De parlero cristal Henares santo,
En la esmeralda de su verde manto
Ya engastándose va, y ya escondiendo,
Sentí molesta soledad viviendo
De engañosa sirena docto canto,
Que blanda y lisonjera pudo tanto,
Que lo que lloro yo lo está riendo.
Luego mi lira y voz al monte hueco
Tu nombre, Lisi esquiva, le enseñaron,
Y fué piadoso en repetirle el eco.
Ya todos estos bienes se pasaron,
Y á mis labios dejaron solo en trueco
Un *ay, que fueron! ay, que se acabaron!*

III.

¿Ves con el polvo de la lid sangrienta
Crecer el suelo, y acortarse el dia
En la celosa y dura valentía
De aquellos toros que el amor violenta?
¿No ves la sangre que el manchado alienta,
Y el humo que de la ancha frente envía
El toro negro, y la tenaz porfia
Con que el amante corazon ostenta?
Pues si lo ves, ¡o Lisi! ¿por qué admiras,
Que cuando amor enjuga mis entrañas
Y mis venas, volcan reviente en iras?
Son los toros capaces de sus sañas;

¿Y no permites, cuando á Bato miras,
Que yo ensordezca en llanto las montañas?

IV.

Lleva Mario al ejército, y á Mario
Arrastra ciega la ambicion de imperio:
Es su anhelar á Cónsul vituperio:
Y su llanto á Minturnas tributario:
Padécenle los Cimbros temerario,
Padece en sí prision y cautiverio,
Fatigó su furor el emisferio,
Y á su discordia falleció el erario.
Y con desprecio en Africa rendida,
Despues mendigó pan quien las legiones
Desperdició de Roma esclarecida.
¿Qué sirve dominar en las naciones,
Si es Monarca el pecado de tu vida,
Y provincias del vicio tus pasiones?

V.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte y cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
Con las propias naciones las extrañas:
Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exequias encendió el Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongivelo,

En el postrer invierno sepultada,
Yace entre negra sombra y nieve fria.
No sentí resbalar mudos los años,
Y hoy los lloro pasados, y los veo,
Riendo de mis lágrimas y daños.
Mi penitencia debo á mi deseo,
Pues me deben la vida mis engaños,
Y espero el mal que paso y no le creo.

X.

Miré los muros de la patria mia,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, ví que el sol bebia
Los arroyos del hielo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó la luz al dia.
Entré en mi casa: ví que amancillada
De anciana habitacion era despojos,
Mi báculo mas corto, y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

XI.

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Mas aplauso te dá que no cuidado.

Reinas con magestad, escollo osado,
En las iras del mar enfurecido,
Y, de sañas de espuma encanecido;
Te ves de tus peligos coronado.
Eres robusto escándalo á orgullosa
Proa, que por peligos naufragante
Te advierte, y no te toca escrupulosa.
Y á su envidia y al mar siempre constante,
De advertido bajel seña piadosa,
Eres norte y aviso al navegante.

EPÍSTOLA

AL CONDE DE OLIVARES

En su valimiento.

No he de callar, por mas que con el dedo
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises, ó amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy, sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda;
Y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Son la verdad y Dios Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fue primero.
Si Dios á la verdad se adelantára,
Siendo verdad, implicacion hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejára.
La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.
Señor Excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas,
Inundacion será la de mi canto.
Ya sumergirse miro mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fue, si rica ménos, mas temida,
En vanidad y en sueño sepultada.
Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener mas larga vida.
Y pródiga del alma, nacion fuerte,
Contaba por afrenta de los años
Envejecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del dia,
Reputaban los nuestros por extraños.
Nadie contaba cuanta edad vivia,
Sino de qué manera, ni aun un hora
Lograba sin afan su valentía.
La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo;

Edad, si mal hablada, vencedora.
El temor de la mano daba escudo
Al corazon que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sola honesta obligacion armado.
Y debajo del cielo aquella gente,
Si no á mas descansado, á mas honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.
Hilaba la muger para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galan que peligroso
Acompañaba el lado del marido
Mas veces en la hueste que en la cama;
Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas y ninguna dama:
Que nombres del alhago cortesano
No admitió lo severo de su fama.
Derramado y sonoro el Océáno,
Era divorcio de las rubias minas
Que usurparon la paz del pecho humano.
Ni les trajo costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.
Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Solo se codiciaba lo decente.
No de la pluma dependió la lanza;
Ni el Cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.
Y España, con legítimos dineros,

No mendigando el crédito á Liguria,
Mas quiso los turbantes que los ceros.
  Menos fuera la pérdida y la injuria
Si se volvieran muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.
  Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrépito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.
  Que el vientre entonces bien disciplinado
Buscó satisfaccion y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
  Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.
  No habia venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragrante forastera.
  Carnero y vaca fue principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tan bien como el señor comió el esclavo.
  Bebió la sed los arroyuelos puros:
Despues mostraron del carquesio á Baco
El camino los brindis mal seguros.
  El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.
  Pudo sin miedo un español belloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandes herege y alevoso.
  Pudo acusar los celos desiguales
A la Italia; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.
Vino el betun precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita.
Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.
Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aun no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.
A la seda pomposa siciliana
Que manchó ardiente múrice, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.
Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el Can por el verano.
Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fue el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.
Pretende el alentado jóven gloria
Por dejar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.
Un animal á la labor nacido,
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fue disfraz y fue vestido;
Que un tiempo endureció manos reales,
Y detras de él los Cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales;
¿Por cual enemistad se persuadieron
A que su apocamiento fuese hazaña,

Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?
¡Qué cosa es ver un infanzon de España
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!
Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante municion apruebo;
Mas no la edad madura, la perfeta.
Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones, no en la frente
Del útil bruto la asta del acebo.
El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.
¡Con cuanta magestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro
Del que se atreve á ser buen castellano!
Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona sin decoro
Mas quiere nota dar que dar asombro.
Gineta y cañas son contagio moro,
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
Pasadnos vos de juegos á trofeos,
Que solo grande Rey y buen Privado
Pueden ejecutar estos deseos.
Vos, que haceis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar á los miembros de cuidado:
Vos disteis libertad con las valonas,
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas:
Y pues vos enmendásteis las cortezas,

Dad á la mejor parte medicina:
Vuélvanse los tablados fortalezas.
  Que la cortés estrella que os inclina
A privar sin intento y sin venganza,
Milagro que á la envidia desatina,
  Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso,
No presumida y ciega confianza.
  Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorïoso,
  Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.
  Lograd, Señor, edad tan venturosa;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecucion unida y belicosa,
  La militar valiente disciplina
Tenga mas platicantes que la plaza;
Descansen tela falsa y tela fina;
  Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza;
  El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide;
  Mandadlo así, que aseguraros puedo
Que habeis de restaurar mas que Pelayo;
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

POESÍAS JOCOSAS.

SONETO.

Esta es la informacion, este el proceso
Del hombre que ha de ser canonizado,
En quien, si es que vió el mundo algun pecado
Advirtió penitencia con exceso.
Doce años en su suegra estuvo preso,
A muger y sin sueldo condenado;
Vivió bajo el poder de su cuñado;
Tuvo un hijo no mas, tonto y travieso.
Nunca rico se vió con oro ó cobre;
Vivió siempre contento aunque desnudo;
No hay incomodidad que no le sobre.
Vivió entre un herrador y un tartamudo:
Fue martir, porque fue casado y pobre:
Hizo un milagro y fue no ser cornudo.

REDONDILLAS.

Á ORFEO.

Al infierno el Tracio Orfeo
Su muger bajó á buscar:
Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo.
Cantó, y al mayor tormento
Puso suspension y espanto,
Mas que lo dulce del canto,
La novedad del intento.

El dios adusto ofendido,
Con un extraño rigor,
La pena que halló mayor
Fué volverle á ser marido.
Y aunque su muger le dió
Por pena de su pecado,
Por premio de lo cantado
Perderla facilitó.

LETRILLAS SATÍRICAS.

I.

Que no tenga por molesto
En Doña Luisa Don Juan
Ver que á puro soliman
Traiga medio turco el gesto;
Porque piensa que con esto
Ha de agradar á la gente,
Mal haya quien lo consiente.
Que adore á Belisa un bruto,
Y que ella olvide sus leyes,
Si no es, cual la de los Reyes,
Adoracion con tributo;
Que á todos les venda el fruto,
Cuya flor llevó el ausente,
Mal haya quien lo consiente.
Que el mercader dé en robar
Con avaricia crecida,
Que hurte con la medida
Sin tenerla en el hurtar;
Que pudiendo maüllar

Prender al ladron intente,
Mal haya &c.
Que su limpieza exagere,
Porque anda el mundo al reves,
Quien de puro limpio que es
Comer el puerco no quiere;
Y que aventajarse espere
Al Conde de Benavente,
Mal haya &c.
Que el letrado venga á ser
Rico por su muger bella,
Mas por su parecer della,
Que por su bien parecer;
Y que no pueda creer
Que esto su casa alimente,
Mal haya &c.
Que de rico tenga fama
El médico desdichado,
Y piense que no le ha dado
Mas su muger en la cama
Curando de amor la llama,
Que no en la cama el doliente,
Mal haya &c.
Y que la viuda enlutada
Les jure á todos por cierto
Que de miedo de su muerto
Siempre duerme acompañada;
Que de noche esté abrazada
Por esto de algun valiente,
Mal haya &c.
Que pida una y otra vez,
Fingiendo vírgen el alma,

La tierna doncella palma,
Si es dátil su doncellez;
Y que dejándola en Fez
La haga siempre presente,
Mal haya &c.
Que el escribano en las salas
Quiera encubrirnos su tiña;
Siendo ave de rapiña,
Con las plumas de sus alas;
Que echen sus cañones balas
A la bolsa del potente,
Mal haya &c.
Que el que escribe sus razones
Algo de razon se aleje,
Y que escribiendo se deje
La verdad entre renglones;
Que por un par de doblones
Canonice al delincuente,
Mal haya &c.

II.

Santo silencio profeso:
No quiero, amigos, hablar;
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso:
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
Chiton.
Que piquen con buen concierto
Al caballo mas altivo
Picadores, si está vivo;

Pasteleros, si está muerto:
Que con ojaldre cubierto
Nos den un paltel frison,
Chiton.

Que por buscar pareceres
Revuelvan muy desvelados
Los Bártulos los letrados,
Los Abades sus mugeres;
Si en los estrados las vieres
Que ganan mas que el varon,
Chiton.

Que trague el otro jumento
Por doncella una Sirena,
Mas catada que colmena,
Mas probada que argumento;
Que llame estrecho aposento
Donde se entró de rondon,
Chiton.

Que pretenda el maridillo
De puro valiente y bravo
Ser en una escuadra cabo
Siendo cabo de un cuchillo;
Que le vendan el membrillo
Que tiralle era razon,
Chiton.

Que duelos nunca le falten
Al sastre que chupan brujas;
Que le falten las agujas
Y á su muger se las salten;
Que sus dedales esmalten
Un doblon y otro doblon,
Chiton.

Que tonos á sus galanes
Cante Juanilla estafando,
Porque ya piden cantando
Las niñas como alemanes;
Que en tono, haciendo ademanes,
Pidan sin ton y sin son,
Chiton.
Muger hay en el lugar
Que á mil coches por gozallos
Echará cuatro caballos,
Que los sabe bien echar:
Yo sé quien manda salar
Su coche como jamon,
Chiton.

III.

Pues amarga la verdad
Quiero echarla de la boca,
Y si al alma su hiel toca,
Esconderla es necedad;
Sépase, pues libertad
Ha engendrado en mi pereza
La pobreza.
¿Quién hace al tuerto galan,
Y prudente al sin consejo;
Quién al avariento viejo
Le sirve de rio Jordan?
¿Quién hace de piedras pan
Sin ser el Dios verdadero?
El dinero.
¿Quién con su fiereza espanta
El cetro y corona al Rey?

¿Quién careciendo de ley
Merece el nombre de santa?
¿Quién con la humildad levanta
A los cielos la cabeza?
La pobreza.

¿Quién los jueces con pasion,
Sin ser ungüento, hace humanos,
Pues untándoles las manos
Los ablanda el corazon?
¿Quién gasta su opilacion
Con oro, y no con acero?
El dinero.

¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana?
¿Quién siendo toda cristiana
Tiene la cara de herege?
¿Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio y la tristeza?
La pobreza.

¿Quién la montaña derriba
Al valle, la hermosa al feo?
¿Quién podrá cuanto el deseo,
Aunque imposibles conciba;
Y quién lo de abajo arriba
Vuelve en el mundo lijero?
El dinero.

IV.

Poderoso caballero
Es don dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado;

Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero;
Poderoso caballero
Es don dinero.
Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña:
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro:
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Son sus padres principales,
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Mas ¿á quién no maravilla
Ver en su gloria sin tasa

Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos;
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al jüez severo,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad:
Pero, pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Nunca ví damas ingratas
A su gusto y aficion,

Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas;
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Mas valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra:
Y pues al pobre le entierra
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

V.

A la que causó la llaga,
Que en mi corazon renuevo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.
¿Ved en qué vendrá á parar
Compitiendo su poder,
Haciendo yo mi deber,
Y él haciendo su pagar?
Mal en oponerme hago
Siendo de bolsa tan leve,
A quien ni teme ni debe,
Yo que ni temo ni pago:
Cuando mi talego amaga,
El suyo da fruto nuevo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.

Con bien diferente alhago
Nos escribe á lo modorro
A mí las cartas de horro,
A él las cartas de pago.
¿Cuál tendrá mas opinion
Con ella en la poesía,
Yo con una letra mia,
Y él con dos de Besanzon?
La letra de cambio traga,
No escucha la que yo llevo:
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.
Si la veo en su posada
Con el Genovés cupido,
Estoy yo como vendido,
Ella está como comprada:
Mirad, pues, á quién oirá
Si en el relox que regala,
Mi mano es la que señala
Y la suya la que dá:
Toda mi dicha se estraga
Por cuantos caminos pruebo:
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.
¿Cómo la podré agradar
Los deseos avarientos,
Si voy á contarla cuentos,
Y él dá cuentos á contar?
El dá joyas, yo billetes,
Y andamos por los lugares
Él con dares y tomares,
Yo con dimes y diretes:

De mí se esconde por plaga,
A él le busca por cebo:
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.

JÁCARAS Y ROMANCES.

I.

Zampuzado en un banasto
Me tiene su Magestad,
En un callejon Noruega
Aprendiendo á gavilan.
Graduado de tinieblas
Pienso que me sacarán,
Para ser noche de invierno,
Ó en culto algun madrigal.
Yo que fuí norte de guros,
Enseñando á navegar
A las godeñas en ansias,
A los buzos en afan,
Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta obscuridad
Monge de zaquizamies,
Ermitaño de un desvan.
Un abanico de culpas
Fue principio de mi mal,
Un letrado de lo caro,
Grullo de la puridad.
Dios perdone al padre Esquerra,
Pues fue su paternidad
Mi suegro mas de seis años

En la cueva de Alcalá,
En el meson de la ofensa,
En el palacio mortal,
En la casa de mas cuartos
De toda la cristiandad.
Allí me lloró la Guanta,
Cuando por la Salazar
Desporqueroné dos almas
Camino de Breñigal.
Por la Quijano, doncella
De perversa honestidad,
Nos mojamos yo y Vicioso
Sin metedores de paz.
En Sevilla el árbol seco
Me prendió en el arenal,
Porque le afufé la vida
Al zaino de Sant Horcaz.
El zapatero de culpas
Luego me mandó calzar
Botinicos vizcainos,
Martillado el cordoban.
Todo cañon, todo guro,
Todo mandil y jayan,
Y toda hiza con greña,
Y cuantos saben fuñar,
Me lloraron soga á soga
Con inmensa propiedad,
Porque llorar hilo á hilo
Es muy delgado llorar.
Porque me metí una noche
A Pascua de Navidad,
Y libré todos los presos

Me mandaron cercenar.
Dos veces me han condenado
Los señores á trinchar,
Y la una el Maestre Sala
Tuvo aprestado sitial.
Los diez años de mi vida
Los he vivido ácia atras
Con mas grillos que el verano,
Cadenas que el Escorial.
Mas alcaides he tenido
Que el castillo de Milan;
Mas guardas que el Monumento;
Mas hierros que el Alcoran:
Mas sentencias que el derecho;
Mas causas que el no pagar;
Mas autos que el dia de Corpus;
Mas registros que el misal;
Mas enemigos que el agua;
Mas corchetes que un gavan;
Mas soplos que lo caliente;
Mas plumas que el tornear,
Bien se puede hallar persona
Mas jarifa y mas galan,
Empero mas bien prendida
Yo dudo que se hallará.
Todo este mundo es prisiones,
Todo es carcel y penar,
Los dineros están presos
En la bolsa donde estan.
La cuba es cárcel del vino,
La trox es cárcel del pan,
La cáscara de las frutas,

Y la espina del rosal.
Las cercas y las murallas
Carcel son de la ciudad,
El cuerpo es carcel del alma,
Y de la tierra la mar:
Del mar es carcel la orilla,
Y en el órden que hoy estan
Es un cielo de otro cielo
Una carcel de cristal.
Del aire es carcel el fuelle,
Y del fuego el pedernal,
Preso está el oro en la mina,
Preso el diamante en Ceilan:
En la hermosura y donaire
Presa está mi libertad,
En la vergüenza los gustos,
Todo el valor en la paz.
Pues si todos estan presos,
Sobre mi mucha lealtad
Llueva cárceles mi cielo
Diez años sin escampar.

II.

A la orilla de un pellejo,
En la taberna de Lepre,
Sobre si bebe poquito,
Y sobre si sobre bebe,
Mascaraque el de Sevilla,
Zamborondon el de Yepes,
Se dijeron mesurados
Lo de sendos remoquetes.

Hubo palabras mayores,
De lo de no como liebre:
Ni yo á la muger del gallo
Nadie ha visto que la almuerce:
¿Tú te apitonas conmigo?
¿Hiédete el alma, pobrete?
Salgamos á berrear,
Veremos á quien le hiede.
Hubo mientes como puños,
Hubo puño como el mientes,
Granizos de sombrerazos
Y diluvios de cachetes.
Hallóse allí Calamorra,
Sobre si no mata siete,
Bravo de contaduría,
De relaciones valiente.
Con lo del ténganse digo,
Y un varapálo solemne,
Solfeando coscorrones
Hace que todos se arredren.
Zamborondon, que de zupia
Enlazaba el capacete,
Armado de tinto en blanco
Con malla de cepa el vientre,
Acandilando la boca,
Y sorbido de mofletes;
A la campaña endereza,
Llevando el vino á traspieses.
Entrambos las hojarascas
En el camino previenen,
El uno la sacabuches,
Y el otro la sacamete.

Séquito llevan de danza,
En puros pícaros hierven;
Por una y por otra parte
Van amigos y parientes.
Acogióse á toda calza
A dar el punto á la Mendez,
El cañon de Mascaraque,
Marquillos de Turuleque.
A la puente segoviana
Los dos jayanes descienden
Asmáticos los resuellos,
Descoloridas las teces.
Como se tienen los dos
Por malos correspondientes,
De espaldas van atisvando
Los pasos con que se mueven.
Manzorro, cuyo apellido
Es del solar de la equis,
Que metedor y pañal
De paces ha sido siempre,
Preciado de reportorio
Y almanaque de caletre,
Quiso ensalmar la pendencia,
Y propuso que se cuele.
Bramaban como los aires
Del enojado noviembre,
Y de andar á sopetones
Los dos estan en sus trece.
Mojagon, que del sosquin
Ha sido zaino eminente,
Y en los soplos y el cantar
Es juntos órgano y fuelles;

Dijo en bajando á lo llano
Que está entre el parque y la puente:
Para una danza de espadas
El sitio dice comedme.
Los dos se hicieron atras
Y las capas se revuelven;
Sacaron á relucir
Las espadas hechas sierpes.
Mascaraque es Angulema,
Científico y Archimedes,
Y mas amigo de atajo
Que las mulas de alquileres.
Zamborondon, que de líneas
Ninguna palabra entiende,
Y esgrime á lo colchonero,
Euclides de mantinientes;
Desatando torbellinos
De tajos y de reveses,
Le rasgó en la geta un palmo,
Le cortó en la cholla un geme.
Acudieron dos lacayos
Y gran borboton de gente:
Andaba el ténganse á fuera,
Y llamen quien los confiese.
Tirábanse por encima
De los piadosos tenientes,
Amenazando la caspa
Unas heridas de á peine.
En esto, desaforada
Con una cara de viernes,
Que pudiera ser acelga
Entre lentejas y arenques,

La Mendez llegó chillando
Con trasudores de aceite,
Derramando por los hombros
El columpio de las liendres.
El voto á Cristo arrojaba
Que no le oyeron mas fuerte
En la legua de Getafe
Ni las mulas ni los ejes.
¿Cuando pensé que tuvieras
Que contar mas una muerte,
Te miro de Mari-barbas
Con dos rasguños las sienes?
¿Andaste tú reparando
Si Moñorros me divierte,
Y no reparas un chirlo
Que todo el testuz te hiende?
¿Estaba esta hoja en Babia
Que no socorrió tus dientes?
¿De recibidor te precias
Cuando por dador te vendes?
Llegóse á Zamborondon
Callando bonicamente,
Y sonóle las narices
Con una nabaja á cércen.
Diciendo; chirlo por chirlo
Goce de este la Pebete;
Quien á mi amigo atarasca
Mi brazo le calavere.
A puñaladas se abrazan:
Unos con otros se envuelven:
Andaba el moja la olla
Tras la goda delincuente.

Cuando se vieron cercados
De alguaciles y corchetes,
De plumas y de tinteros,
De espadas y de broqueles.
Al ténganse á la justicia
Todo cristiano ensordece:
Favor al Rey piden todos
Los chillones escribientes.
La Mendez dijo, mancebos,
Si favor para el Rey quieren,
A mí me parece bien,
Llévenle esta cinta verde.
Unos se fueron al Angel
Con el diablo á retraerse;
Otros por medio del rio
Tomaron trote de peces.
Manzorro cogió dos capas,
Una vaina y un machete;
Que desde niño se halla
Lo que á ninguno se pierde.

III.

Una incrédula de años,
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el matusalen;
De las que detras del moño
Han procurado esconder,
Si no la agua del bautismo,
Las edades de la fe;
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel,

No quise decir andrajos
Porque no se afrente el leer.
Fue pues muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse así elevada
En un trapajo de bien.
Tarazon de cuello era,
De aquellos que solian ser
Mas azules que los cielos,
Mas entonados que juez,
Y bamboleando un diente
Volatin de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos,
Y remedando el sorber:
Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Está vestida de tinta
Muy prepotente una ley
Quitando haciendas y vidas
Y arremetiéndose á rey;
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder
Desde una plana bisnieta
De un cadáver de arambel.
Buen andrajo, cuando seas,
Pues que todo puede ser,
Ó provision, ó decreto,
Ó letra de Genovés;
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez

Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer.
En esto, haciendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interes;
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez;
Dos cabos de ojos gastados
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de oscurecer.
Mas que cabellos arrugas
En su cáscara de nuez,
Pinzas por nariz, y barba
Conque el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo
Dijo con rostro cruel:
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegáre á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.
Él pagó solo la pena
De las culpas de su piel,

Cuando el muladar de años
Como se vino se fue.

IV.

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedis de luna
Alumbraban á la tierra:
Que por ser yo el que nacia
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor se funda
En las madres vendederas.
Dióme el leon su cuartana,
Dióme el escorpion su lengua,
Virgo el deseo de hallarle,
Y el carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres:
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar mas hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Segun ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo
Al revés no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Para que vean los ciegos
Sáquenme á mí á la vergüenza,
Y para que ciegen todos
Llévenme en coche ó litera.
Como imagen de milagros
Me sacan en las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo porque llueva.
Cuando alguno me convida
No es á banquetes ni á fiestas,
Sino á los Misacantanos
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y asi inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caer una teja:
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.

Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiára medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curára yo
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una muger muy fea.
Si intentára ser cornudo
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado
Diera mi muger en buena.

Siempre fue mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro,
Se abrasa en fuego la tierra;
Y llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna muger
Y la digo mil ternezas,
Ó me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualquiera color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí cualquiera encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen della,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con eso estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media.
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó á que adorase
Con mi humildad tu soberbia.

Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.
Bien sé que apenas soy algo:
Mas tú de puro discreta,
Viéndome con tantas faltas,
Que estoy preñado sospechas.
Aquesto Fabio cantaba
A los balcones y rejas
De Aminta, que de olvidarle
Le han dicho que no se acuerda.

V.

Padre Adan no lloreis duelos,
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrasteis vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que tuvo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar
Hasta que llegó la hora
Que sentisteis soledad.
Costóos la muger que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen mas.
Dormísteis, y una muger
Hallasteis al despertar;

Y hoy en durmiendo un marido
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais,
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvísteis muger sin madre,
Grande suerte y de envidiar:
Gozasteis múndo sin viejas
Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¿Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad?
La culebra, por lo menos,
Os dá á los dos que comais;
Si fuera suegra, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva túviera madre
Como tuvo á Satanás,
Comiérase el Paraiso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben:
Mas una suegra infernal
Mas sabe que las culebras:
Ansi lo dice el refran.
Llegaos á que aconsejara
Madre deste temporal
Comer un bocado solo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas;

Que las madres de un almuerzo.
La tierra engullen y el mar.
Señor Adan, menos quejas
Y dejad el lamentar:
Sabé estimar la culebra
Y no la trateis tan mal.
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima
Que mil os la tomarán.
Esto dijo un ensuegrado
Llevándole á conjurar
Para sacarle la suegra
Un cura y un sacristan.

VI.

La que hubiere menester
Un marido de retorno,
Que viene á casarse en vago
Y halla á su muger con otro,
Acudirá á mi cabeza
Mas arriba de mi rostro,
Como entramos por las sienes
Entre cervantes y toro.
Muchachas, todo me caso;
Niñas, todo me desposo;
Marido de quita y pon
Entre ciego y entre sordo.
Persona de tan buen talle,
Que tengo el talle de todos,
Viéneme lo que me dan

Los delgados y los gordos.
Doime por desentendido
De cuantas visiones topo;
No ocupo lugar en casa,
Y al rayo del sol me asomo.
Si estando con mi muger
Columbro brújula de oros,
Hago como que me fuí,
Y aunque me quedo no estorbo.
Y con esto aun es tan vano
De mi cabeza el entono,
Que á quien me los pone á mí
Parece que se los pongo.
Tengo, en queriendo dormir
Sueño de pluma y de plomo:
Con prometimientos velo,
Y con las dádivas ronco.
Sabe á acíbar la perdiz
Que para comerla compro:
Pero si me lo presentan
Sabe á perdiz cuanto como.
Siete veces me he casado,
Siete capuces he roto,
Y me siento tan marido
Que pienso ponerme el ocho.
La primera fue doncella
Despues de mi desposorio;
Recatada, ya se entiende,
Recogida, en casas de otros.
La segunda hizo un enredo,
Que no lo hiciera el demonio;
Junto un v. . . . y un preñado

Trujo el uno sobre el otro.
Estiraba yo los meses
Porque viniesen al propio,
Y achaquéme una barriga
Que no la ví de mis ojos:
Las demas á puto el postre
Honraron mis matrimonios;
Las tres tres signos me hicieron,
Aries, Tauro y Capricornio.
Las dos pusieron virtudes
De mi cabeza en el moño,
Que á competirlas no bastan
Las de muchos unicornios.
Si de muchos fui tenido
Por un marido del soto,
No os lo deparará el rastro
Mas Diego, ni menos hosco.
Mi condicion y mi vida
Es aquesta que pregono;
Muchachas, alto á casarse,
Que está de camino el novio.

VII.

Cruel llaman á Neron
Y cruel al Rey don Pedro,
Como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.
Estos dos sí que inventaron
Las purgas y cocimientos,
Las dietas y medicinas,
Boticarios y barberos.

Matalotes fueron crueles
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas,
Y datarios de tormentos.
Que Neron tuvo buen gusto,
Don Pedro fué justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusieran lengua en ellos.
Si inventáran estos dos
Esperar y tener celos,
Las mugeres de por vida,
La gota y hacerse viejos;
Cantar mal y porfiar,
Y templar los instrumentos,
El pedir de las busconas,
Las visitas de los necios;
Justicia fuera llamarlos
Crueles la fama en extremo:
Pero si no lo soñaron
Es contra todo derecho.
Tuvo Neron lindo humor
Y exquisito entendimiento,
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas:
Mas de ningun modo creo
Que él encontró con alguna,
Ni que ellas se resistieron.
Quísole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligacion hacerlo.

Nótale de que comia
Sin cesar un dia entero,
Y es pecado que á la sarna
Pudiera imputar lo mesmo,
Mató Neron muchos hombres;
Mas son los que el sol ha muerto,
Y llámanle hermoso á él,
Y á este otro le llaman fiero.
Gustó de quemar en Roma
Tanto edificio soberbio,
Dejando así castigada
La soberbia para ejemplo.
Quemó la débil grandeza
Que atesoraban los tiempos,
Y á la vanidad del mundo
Quiso mostrar su desprecio.
Si á Séneca dió la muerte,
Siendo su docto maestro,
Hizo lo que una terciana
Sin culpa pudo haber hecho.
No es mucho que se enfadase
De tantos advertimientos,
Que no hay señor que no quiera
Ser en su casa el discreto.
Quitó á Lucano la vida,
Mas no le agravió con eso,
Cuando inmortal le acredita
Con la gloria de sus versos.
Pues Don Pedro el de Castilla
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos?
¿Y qué dió sino escarmientos?

Quieta y próspera Sevilla
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que estan en el candilejo.
El clérigo desdichado
Y el dichoso zapatero
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos.
Si Doña Blanca no supo
Prendarle y entretenerlo,
¿Qué mucho que la trocase
Siendo moneda en su reino?
Era hermosa la Padilla,
Manos blancas y ojos negros,
Causa de muchas desdichas
Y disculpa de mas yerros.
Si á Don Tello derribó,
Fué porque se alzó Don Tello;
Y si mató á Don Fadrique
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y de otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
Matóle un traidor frances,
Aleyoso caballero,
Vió Montiel la tragedia,
Y el mundo le lloró muerto.
De Emperadores y Reyes
No hablan mal nobles y cuerdos,
Que es en público delito,
Y no es seguro en secreto.

Esto dijo un montañes
Empañando el hierro viejo,
Con cólera y sin cogote,
En un Cid tinto un Don Bueso.

VIII.

Yo el menor padre de todos
Los que hieron ese niño,
Que concebisteis á escote
Entre mas de veinte y cinco;
A vos Doña Dinguindaina,
Que pareceis laberinto
En las vueltas y revueltas
Donde tantos se han perdido.
Vuestra carta recibí
Con un contento infinito
De saber que esté tan buena
Muger que nunca lo ha sido.
Pedísme albricias por ella
De haber parídome un hijo,
Como si á los otros padres
No pidiérades lo mismo.
Hágase entre todos cuenta
A como nos cabe el chico,
Que lo que á mí me tocare
Libraré en el Antecristo.
Fuimos sobre vos, Señora,
Al engendrar el nacido,
Mas gente que sobre Roma
Con Borbon por Cárlos quinto.
Mis ojos decis que saca:

Mas, segun lo que averiguo,
Vos me los sacais agora
Por dineros y vestidos.
Que no negará á su padre
Decís, por lo parecido;
Y es el mal que el padre puede
Negar muy bien que le hizo.
Mas padres tiene que miembros;
Acomodad pues el mio,
Ya que quereis encajarme
Esto de padre postizo.
¡O quién viera cuando todos,
Armados de acero fino,
Amojonen lo que hicieron
En el mayorazgo hechizo!
Cuál dirá que engendró él solo
Desde el hombro al colodrillo;
Y cuál pondrá su mojon
Desde la espalda al ombligo.
Cuál conocerá una mano:
Y no faltará marido
Que diga que por la priesa
No acabó mas de un tobillo.
Haced creer estas cosas
A los hombres barbilindos,
Que por parecer potentes
Prohijarán un pollino:
Que yo soy un hombre zurdo,
Cejijunto y medio bizco,
Mas negro que mi sotana,
Mas áspero que un erizo.
Infórmenle de mis partes

A ese que habeis parido;
Si él por padre me admitiere
Que me tueste el santo oficio.
Paréceme que trazais
Catorce ó quince bautismos,
Y que unos por otros dejan
Moro al que nació morisco.
¡Qué será de ver los padres
Y la escuadra de padrinos,
Unos con curas y amas,
Otros con vela y capillos!
¡Cuál andará el licenciado
Cargado de sus amigos,
Enviando á la parida
Colacion y beneficios!
El viejo se pondrá plumas
Y se quitará el juïcio:
Que es su cabeza cortada
Creerá como en Jesucristo.
¡Qué habrá gastado en mantillas
El arrendador del vino,
Seguro que le parece
Hasta en lo perro judío!
Encargaisme de criarle,
Siendo el criar un oficio
Que solo lo sabe Dios
Por su poder infinito.
Para ayudar á engendrar
Iré sin duda, aunque indigno,
Con mi lujuria achocada
Entre estas peñas y riscos.
Naveguen otros las costas

Que yo en el golfo me vivo:
Que á pecar bueno y de valde
Desde que nací me inclino.
Aquí sabré las historias
De ese parto tan partido,
Y el suceso de los padres
Que vos haceis putativos.
Aviso tendré de todo;
Mas tambien desde hoy la aviso
Que pára para los otros
Lo que engendráre conmigo.
Padre lláme á los profesos;
Que yo motilon he sido,
Y con título de hermano
Viviré como un obispo.
Este año y este mes,
Y perdone que no firmo;
Porque mis mismas razones
Dicen que yo las escribo.
No pongo calle ni casa
Tampoco en el sobre escrito;
Porque segun vive, della
Dirán todos los vecinos.

SÁTIRA PRIMERA.

A una Dama.

Pues mas me quieres cuervo que no cisne,
Conviértase en graznido el dulce arrullo,
Y mi nevada pluma en sucia tizne.
Ya, mi Belisa, ya rabiando ahullo,

Tu ingrata sinrazon y mi cuidado,
Y del yugo y maromas me escabullo.
Mas, ¿cómo puede ser quien ha cantado
Tu bello rostro, tu nevada frente,
El cuello hermoso de marfil labrado;
Que tu nombre escribió tan dulcemente
En levantado estilo, en versos graves,
Que le pueda ultrajar eternamente?
La causa yo la sufro y tú la sabes,
Aunque en callarla pienso ser eterno,
Ora me vituperes ó me alabes.
Escucha, pues, al son altivo ó tierno
Mis quejas, y comienza el noviciado
Que las damas haceis para el infierno.
¡Cómo se echa de ver que me he enojado!
La culpa tiene aquella lengua mia:
Perdóname que corro desbocado.
Perdóname, mi bien, y mi alegria,
Que aquesta mala inclinacion me lleva,
Aunque un agravio sin razon la guia.
No tengas pena, no, que yo me atreva
A cosa que vergüenza pueda darte,
Que no podré yo hacer cosa tan nueva.
Ya parece que empiezas á mudarte,
Que pierdes la color y el movimiento,
Que no acabas todo hoy de persignarte.
¡O lo que gritarás mi atrevimiento!
Diciendo: ¿este mordaz (y aquí te entonas)
Se atreve á una muger de mi talento?
Pero, volviendo en tí, mi lengua abonas,
Y viendo que no puedes desmentirme,
Por encubrir la caca me perdonas.

No dejaré, Belisa, de reirme
Imaginando cuantas maldiciones
Arrojarás en mí por destruirme.
Ya me ordenas la muerte en pescozones,
Ya con el soliman de un favor tuyo,
Ya en tu mucho rigor, ya en tus razones,
Diciendo: yo á este bárbaro destruyo,
Con él enterraré mis liviandades;
Y alegre gozaré mi dulce cuyo.
Tú te dices, Belisa, las verdades;
¿Quién te pregunta si eres ni si has sido
Liviana por tus dulces mocedades?
Si te has holgado y te has entretenido,
Á mí no se me dá un ardite solo:
Désele, pues es justo, á tu marido.
Ponga en tu vida quien quisiere dolo;
Que yo pienso dejarla eternizada
En estos versos, aunque pese á Apolo;
Pues eres á mis ojos tan probada,
Y no es malicia, en penas y trabajos,
Que estás pura de puro acrisolada.
Rebujada naciste en dos andrajos
De una hija de Adan por gran ventura,
Cuya comadre fueron cuatro grajos.
Allí tu cuna fué tu sepultura,
Y cual pequeña planta de la tierra
Te levantaste en tan sublime altura.
Con la belleza hiciste al mundo guerra;
Siempre para vencer fuiste vencida,
Misterio grande que tu vida encierra.
Amaste la humildad tanto en tu vida
Que debajo de todos siempre andabas,

Solamente en dar gusto entretenida.
  A Dios eterno tanto amor mostrabas,
Que viendo que es el hombre imagen suya,
Con este celo á todos los buscabas.
  ¿Pues cuál sin alma puede haber que arguya
De vil pecado tan devoto celo,
Y que en su lengua tanto honor destruya?
  Un rayo de las bóvedas del cielo
En ceniza le vuelva lengua y boca,
Si justicia faltáre acá en el suelo.
  A lástima y á llanto me provoca
Tan dura suerte y rigurosa estrella,
Bastante á enternecer un monte ó roca.
  Nunca nacieras tan hermosa y bella:
Quizá no fueras perseguida tanto
Con solo aventurarte á ser doncella.
  Pero yo, mi Belisa, no me espanto:
Que siempre en este mundo y siglo rudo
Pasan los buenos penas y quebranto.
  Pregúntalo al hermano Cogollado
Que él declarará el misterio, cuando
Verdad desnuda te dirá desnudo.
  No te andes encubriendo y recatando
Despues; que no hace el médico provecho
Al enfermo que pasa el mal callando.
  Y pues te ves agora en tal estrecho,
Un dedo mas ó menos, no seas corta,
Mi Belisa, descúbrele hasta el pecho.
  Yo te digo á la fé lo que te importa,
Que soy hombre de bien á las derechas
Y no amiguito de banquete y torta.
  Vosotras las mugeres estais hechas

A oir aduladores: no soy de esos,
Amigo de dulzuras y de endechas.
Nunca mi alma busca esos excesos
Que es muy de mancebitos de la hoja
Cuajada tengo la cabeza en sesos.
Paréceme que oirme te congoja
En ver como mis tachas disimulo:
De nuevo agora y sin razon te enoja.
Solo en considerarte me atribulo
Echando mis simplezas á malicia,
Y por aquesto lo demas regulo.
Pues así del poder de la justicia
Mis cosas libre Dios, y así me vea
Oficial reformado en tu milicia:
Que soy quien solamente te desea
Servir, aficionado de tu cara,
Que en su servicio tanta gente emplea.
Aficionóme á tí tu fama clara
Y verte una muger de tomo y lomo,
Que aun de tu cuerpo nunca fuiste avara.
¡O virtud excelente! de quien tomo
Ejemplo singular en la largueza,
Mis carnes venzo, mis pasiones domo.
Es tanta de tu vida la estrecheza
Que siempre andas cayendo y levantando:
De penitencia es grande tu flaqueza.
Continuo estas escrúpulos llorando,
Que en tu buena conciencia los testigos
De la culpa venial están ladrando.
No lloras que aborreces enemigos,
Pues es tu mayor culpa, muger santa,
Querernos bien á todos por amigos.

¿Quién desta vida y hechos no se espanta?
¿Quién á imitar tus pasos no dispone
La dura voluntad, la tarda planta?
¿Quién hay, Belisa, quién, que no pregone
Tu milagrosa vida tan austera,
Y la suya por tí no perficione?
Pues de la ley sagrada y verdadera
Tanto amas los preceptos que refieres
Por alcanzar la gloria venidera,
Que viendo que á los hombres y mugeres
Los manda amar sus enemigos todos,
Hasta los tres del alma bien los quieres.
Yo, pues, que en el infierno hasta los codos
Sumido estoy, y de pecados lleno,
Me voy aniquilando de mil modos.
De fuerza propia y de valor ageno
Mi alma te encomiendo, ya que fieras
Culpas la tienen con mortal veneno.
Mas porque puede ser que no la quieras
Sin cuerpo y todo, todo te lo ofrezco
Con sana voluntad y eternas veras.
Ampárame, que bien te lo merezco,
Por esta voluntad que en las entrañas
Con nueva obligacion conservo y crezco.
No quieras parecer á las arañas
En convertir las flores en ponzoña,
Ya que simiente engendras para cañas.
Apostaré un ducado que mi roña
Acabas de entender en este verso,
Al fuego condenando mi zampoña.
Quiero, pues ya me tienes por perverso,
Darte, Belisa, una espantosa zurria;

Pues así lo permite el hado adverso.
Tomado me ha sin remision la murria:
Ya quiero desnudar mi durindaina,
Ya le ha dado á mi lengua la estangurria.
Amaina, pues, desventurada, amaina;
Que por darte de presto y á lo zaino,
Te quiero dar el golpe con la vaina.
Mas asco tengo en ver que desenvaino
Contra la ninfa Bel de una zahurda;
Y del primero pensamiento amaino.
Pero bien me mereces que te aturda
Y que ninguna falta te la calle,
Que un diluvio de sátiras te urda;
Pues tanto mal has dicho de mi talle,
Y que me fuerzas, esme Dios testigo,
En este tu billete á divulgalle,
No mi disculpa en la pintura sigo;
Pero quiero mostrar de tu locura
El trato infame, el término enemigo.
No es ya como tu vida mi estatura,
Que por no decir ruin, quise ponello:
Bien larga he menester la sepultura.
Es como tu linage mi cabello,
Escuro y negro, y tanta su limpieza
Que parece que no has llegado á vello.
Es como tu conciencia mi cabeza,
Ancha, bien repartida, suficiente
Para mostrar por señas mi agudeza.
No es de tu avara condicion mi frente,
Que es larga y blanca, con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.
Son como tus espaldas mis dos cejas

En arco, con los pelos algo rojos,
De la color de las tostadas tejas.
Son como tú vestido mis dos ojos
Rasgados, aunque turbios, como dices,
Serenos, aunque tengan mil enojos.
Son como tus mentiras mis narices,
Grandes y gruesas; mira como escarbas
Contra tí, mi Belisa, no me atices.
Como tus faldas tengo yo las barbas
Levantadas, bien puestas: no me apoca
Que digas, que hago con la caspa parvas.
Es como tú, para acertar, mi boca,
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de necia y loca.
Como son tus pecados son mis dientes,
Espesos, duros, fuertes al remate,
En el morder de todo diligentes.
Es como tu marido mi gaznate,
Estirado, mayor que tres cohombros,
Que el llamalle gloton es disparate.
Como son los soberbios son mis hombros,
Derribados, robustos á pedazos,
Que causa el verme al mas valiente asombros.
Como tus apetitos son mis brazos,
Flacos, aunque bien hechos y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.
Traigo como tus piernas yo las manos,
Abiertas, largas, negras, satisfecho
Que dan envidia á muchos cortesanos.
Como tu pensamiento tengo el pecho,
Alto y en generosa compostura,
Donde pueden caber honra y provecho.

Como es tu vida tengo la cintura,
Estrecha, sin barranco ni caverna,
Que parezco costal en la figura.
Como tu alma tengo la una pierna,
Mala y dañada; mas, Belisa ingrata,
Tengo otra buena que mi ser gobierna.
Como tu voluntad tengo una pata,
Torcida para el mal, y he prevenido
Que le sirva á la otra de reata.
Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho y acabado, que un poeta
Jura de no ser limpio ni pulido.
Es como tu conciencia mi bayeta,
Raida, y esto basta, aunque imagino
Que aguardas por si pinto alguna treta.
Mas yo quedarme quiero en el camino,
Que aunque trato de tí, tengo recato,
No digan que á la cólera me inclino.
Esta mi imagen es y mi retrato,
A donde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoce bien mi garabato.
Aquestos versos solo los escribo
Para desengañar al que creyere
Que soy, como tú dices, bruto y chivo.
Pues quien este retrato propio viere
Sacará por mi cara tus costumbres,
Y te conocerá si lo creyere.
Paréceme que á puras pesadumbres,
Si mas versos escribo, haré que viertas
Las destiladas lágrimas á azumbres.
Paréceme, Belisa, que despiertas
De noche, con soñarme tan medrosa,

Que le das al vecino francas puertas.
  Dirás: si yo no fuera rigurosa
Con esta mala lengua, pues sabia
Su condicion, viviera venturosa.
  ¡Ojalá, cuando yo te lo decia,
Ablandáras el ser con que enamoras;
No vieras en tu casa aqueste dia!
  Mas ya que aquestas libertades lloras,
Arrepentida del vivir primero,
Buscaré tu amistad en todas horas.
  No pediré mas cartas á Lutero
De favor para tí, ó al vil Pelagio,
Y harás por ellos la amistad que espero;
Sucederá bonanza á tu naufragio.

SÁTIRA SEGUNDA.

Sobre el matrimonio.

¿Por qué mi Musa descompuesta y bronca
Despiertas, Polo, del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?
  ¿No ves que el lauro le trocó en beleño,
Y que deja el velar para las grullas,
Y ya es letargo el que antes era ceño?
  Pues si lo vés, ¿por qué gruñendo abullas?
Que si despierta y deja la modorra
Imposible será que te escabullas.
  Mira que ya mi pluma volar horra
Puede, y que libre te dará tal zurra,
Que no la cubra pelo, seda ó borra:
  Obligado me has á que me aburra,

Y que á tu carta, ó maldicion, responda,
Sin duda ya la oreja te susurra.
  ¿He yo burlado á tu muger oronda?
¿He aclarado el secreto de la penca?
¿Llevé tu hija robada á Trapisonda?
  ¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
Que en polvos sirven ya de salvaderas,
Aunque pese á la sórdida Zellenca?
  Pues si destas desgracias verdaderas
No tengo yo la culpa, ni del daño
Que eternamente por su medio esperas;
  Dime, ¿por qué con modo tan extraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?
  Antes para mi entierro venga el cura
Que para desposarme, antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.
  Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesa tome; y antes que *Sí* diga
La lengua y las palabras se me hielen.
  Antes que yo le dé mi mano amiga
Me pase el pecho una enemiga mano;
Y antes que el yugo que las almas liga
  Mi cuello abrace, el bárbaro Otomano
Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
Y no consienta el himeneo tirano.
  Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en tí no están escarmentados,
Simples corderos, que degüellan lobos.
  A los hombres que están desesperados
Cásalos, en lugar de darles sogas;
Morirán poco menos que ahorcados.

No quieras que en el remo donde bogas
Haya por consolarte otro remero,
Y que se ahogue donde tú te ahogas.
Solo se casa ya algun zapatero,
Porque á la obra ayudan las mugeres,
Y ellas ganan con carnes, si él con cuero.
Los siempre condenados mercaderes
Mugeres toman ya por granjería,
Como toman agujas y alfileres.
Dicen que es la mejor mercadería,
Porque la venden, y se queda en casa,
Y lo demas vendido se desvía.
El grave regidor tambien se casa
Por poner tasa á lo que venden todos,
Y tener cosa que vender sin tasa.
Tambien se casan los soberbios Godos,
Porque tambien suceden desventuras
A los magnates por ocultos modos.
Cásanse los roperos tan á escuras,
Como ellos venden siempre los vestidos,
Y ellas desnudas venden las hechuras.
Cásanse los verdugos abatidos
Con mugeres, por ser del mismo oficio,
Que atormentan del alma los sentidos.
El médico se casa de artificio,
Por si cosa tan pérfida acabase,
Y hiciese al hombre tanto beneficio.
Y él solo será justo que se case,
Para que ambos den muerte á sus mitades,
Así la tierra de ambos se aliviase.
Cásanse los letrados dignidades,
Para que á sus mugeres con Jasones

Puedan tambien juntarse los Abades.
  Con las espinas hacen los cambrones
Tambien sus matrimonios cortesanos,
Que ambos desnudan, porque el tuyo abone.
  Tambien los siempre inicuos escribanos,
Por ahorrar el gasto del tintero,
Dan con la pluma á su muger las manos.
  Ya he visto yo volar un buey ligero
En uno de estos, que de plumas suyas
Alas formó sutíles de jilguero.
  Déjame, pues, vivir, no me destruyas,
Ya que de mi pasion y mi tormento
Canté las celebradas aleluyas.
  Quiero contar con tu licencia un cuento
De un filósofo antiguo celebrado,
Por ser cosa que toca á casamiento.
  Vivió infinitos años encontrado
Con otro sabio, y nunca habia podido
Vengar en él el corazon airado.
  Al cabo vino á hallarse muy corrido
En ver á su contrario siempre fuerte,
Y en tanto tiempo nunca dél vencido.
  Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin, como traidor, vino á engañalle,
Y pudo de él vengarse de esta suerte:
  Una hija tenia de buen talle,
Hermosa y pulidísima doncella,
Y ordenó con aquesta de casalle.
  Fingió hacer amistades, y con ella
Dejar el pacto siempre asegurado:
Aficionóse el enemigo de ella.
  ¡O gran poder de amor! que enamorado

Contento á casa la llevó consigo;
Casóse con la moza el desdichado.
Despues culpando al sabio cierto amigo
La ignorancia cruël y el yerro extraño
Que hizo en dar su hija á su enemigo;
Él respondió: no entiendes el engaño,
Pues por vengarme del contrario mio,
Le dí muger, del mundo el mayor daño.
Asi que, por contrario de mas brio
Tengo, Polo cruel, al que me casa,
Que al que me saca al campo en desafio.
Júzgalo, pues que puedes, por tu casa,
Fiero atril de San Lucas, cuando bramas,
Obligado del mal que por tí pasa.
Los hombres que se casan con las damas,
Son los que quieren ver de caballeros
Sillas en casa llenas, llenas camas:
Ver, sin saber de donde, los dineros,
Que los lleven en medio los señores,
Que les quiten los grandes los sombreros:
Que los curen de valde los doctores,
Que les hagan mas plaza que aun al toro,
Tratar de vos los graves senadores.
Gustan de ver la rica joya de oro
En sus mugeres, nunca preguntando
Qué duende fue el que trujo este tesoro.
Quieren que les esten continuo dando,
Y hasta las capas piden, como bueyes,
Que presos con maroma están bramando.
Privados suelen ser tambien de Reyes,
Porque de sus mugeres son privados,
Y estos, como camisas, mudan leyes..

Pues si aquesto sucede en los casados,
¿Por qué han de procurar hembras crueles
Ni yo, ni los que están escarmentados?
¿Si me quiero ahorcar, no habrá cordeles?
¿Faltarán que me acaben desventuras?
¿Tósigo no hallaré, veneno y hieles?
Si quiero desterrarme habrá espesuras;
Y si desesperado despeñarme,
Montes altos tendré con peñas duras.
Bien, pues, si con intento de acabarme
Me aflijo de muger la amarga suerte,
No la he ya menester para matarme.
En cuantas cosas hay halló la muerte,
En la muger la muerte y el infierno,
Y fin mas duro y triste se advierte.
Mas quiero estarme helando en el invierno
Sin la muger, que ardiendo en el verano
Cercado el rostro de caliente cuerno.
Y á casarme, casárame fiado
De que estándolo tanto tus parientes
Habrian las hembras agotado.
Ya te pesa de verte entre mis dientes;
Ya te arrepientes del pesado yerro,
Ya vuelves contra mí cuernos valientes;
Ya por tanto ladrar me llamas perro;
Yo cuelgo, cual alano, de tu oreja,
Y tú bramando brizas frente y cerro.
¡Qué á propósito viene la conseja
Que del cínico Diógenes famoso
Quiero contarte, aunque parezca vieja!
Yendo camino un dia presuroso,
Vió una muger bellísima ahorcada

De las ramas de un álamo pomposo;
Y despues que la tuvo bien mirada,
Con lengua, como siempre, disoluta
Dijo digna razon de ser contada:
Si llevåran de aquésta misma fruta
Cuantos árboles hay, mas estimadas
Fueran sus ramas de la gente astuta.
¡Qué razones tan bien consideradas!
A ser como él y yo toda la gente,
Ya estuvieran les tristes ahorcadas.
Viviera el hombre mas seguramente,
Sin tener enemigos tan mortales;
Volviera el siglo de oro á nuestro oriente.
Dirásme tú que hay muchas principales,
Y que hay rosa tambien donde hay espina,
Que no á todas las vencen cuatro reales.
En Claudio te responde Mesalina,
Muger de un grande emperador de Roma,
Que al adulterio lo mejor se inclina.
¿Cuándo insolencia tal hubo en Sodoma,
Que en viendo al claro Emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma;
La Emperatriz, tomando otro vestido,
Se fuese á la caliente mancebía,
Con el nombre y el hábito fingido?
En entrando los pechos descubria,
Y al deleite lascivo se guisaba
Así que á las demas empobrecia.
El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el taita de las hienas brutas
A recoger el címbalo tocaba.
Todas las caldas y asquerosas grutas

Cerraban antes que ella su aposento,
Siempre con apariencias disolutas.
  Hecho habia arrepentir á mas de ciento,
Cuando cansada se iba, mas no harta,
Del adúltero y sucio movimiento.
  Mas, por no hacer ya libro la que es carta;
Dejo de meretricias dignidades,
Y de cornudos nobles luenga sarta.
  Mal haya aquel que fia en calidades;
Pues cabe en carne oscura sangre clara,
Y en muy graves mugeres liviandades.
  Ni aun sin culpa algun olmo se casára
Con la lasciva vid, si á sinrazones
Tambien el sentimiento no negára.
  Pues solo á disculpar los bujarrones;
No ha de bastar huir de las mugeres;
Ni quieren admitirlo los tizones.
  Dirás que no hay contentos ni placeres
En donde no hay mugeres; que sin ella
Con soledad enfermo y sano mueres.
  Que es gran gusto abrazar una doncella,
Y hacerla madre del primer voleo,
Gozando de la cosa que es mas bella.
  Pues yo te juro, Polo, que deseo
Ver, desde que nací, v..... y diablos,
Y ni los diablos ni los v..... veo.
  Demonios veo pintados en retablos;
Y de caseros v..... contrahechos
Llenos palacios, llenos los establos.
  Los casados estais muy satisfechos
En el talle gentil, en el regalo,
Y en el entendimiento los mal hechos.

Fíase en la riqueza el hombre malo,
En el caudal el mercader judío,
El alguacil confíase en su palo;
Pero destas fianzas yo me rio,
Pues veo que la muger del perezoso
Suele curiosa ser del de buen brio.
La que tiene el marido bullicioso,
Imagina cómo es el sosegado,
Y cómo el feo, si es el suyo hermoso.
La muger del soberbio Titulado
Desea comunicar al pordiosero,
Desea la del dichoso al desdichado.
La que goza del tierno caballero
Apetece los duros ganapanes,
Y á cansar un gañan se atreve entero.
La que goza valientes capitanes
Se enamora de liebres y aun de zorras,
Y si títeres son, de sacristanes.
Quiero callar, que temo que te corras;
Aunque con tu paciencia, bien se sabe
Que el timbre suyo á los cabestros borras.
Ya escucho que te ries de que alabe
Mi desprecio, y que á tí, dices, respeta
El caballero mas altivo y grave.
No entiendes no la poco honrosa treta;
Eres como el asnillo de Isis santa,
Cuando el honor de la deidad aceta;
Pues viendo arrodillada gente tanta,
Que su llegada solamente espera,
Y que éste alegre danza, y aquel canta;
Se pára hasta que, á fuerza de madera,
Con los palos transforman el jumento

En ave velocísima y ligera
  Diciendo: este divino acatamiento
No se hace á tí, sino á la excelsa diosa,
Que encima traes con tardo movimiento.
  Así que, la persona poderosa
No ha de hacer honra á aquel que ha deshonrado
A su muger la hace que ès hermosa.
  Y si por tí la tomas, desdichado,
Vendráte á suceder lo que al borrico,
Y serás tras cornudo apaleado.
  Si yo quisiera ser, Polo, mas rico,
Tener mayor ajuar, ó mas dinero,
Pues no puedo valerme por el pico;
  Como me habia de hacer bodegonero
Para guisar y hacer desaguisados,
Ó para vender agua tabernero;
  Ó para aprovechar los ahorcados
Vil pastelero; ó Ginovés harpía
Para hacer que un real para ducados;
  El triste casamiento eligiría;
Cual tú lo hiciste, pues con él granjeas
Por la mas ordinaria y fácil via.
  Y por si acaso, Polo, aun hoy empleas
Tu muger en mohatras semejantes,
Quiero que mis astutos versos leas.
  No tengas celos de hombres caminantes,
Ni aun de soldados; gente arrebatada,
Ni aun de los biseos condes vergonzantes;
  Que el caminante ha de dejar la espada,
Para gozar de tu muger, vendida,
Y la golilla el conde, si le agrada.
  Solo te has de guardar toda tu vida

Del perverso estudiante, como roca,
En su descomunal arremetida.
Este con furia descompuesta y loca,
Por no quitarse nada, se arremanga
Las ¡ Dios nos libre ! faldas con la boca.
Si tú vienes, las suelta ; muy de manga
Con tu muger, maquinará ingenioso
Trampa que sobre al desmentir la ganga.
Ya me falta el aliento presuroso,
Y ya mi lengua, de ladrar cansada,
Se duerme entre los dientes con reposo.
Mas, porque no la llames mal criada,
Quiere, aunque disgustada, responderte
A tu carta satírica y pesada.
Ya empiezas á temer el trance fuerte;
Y tiemblas mas mi lengua y sus razones,
Que la corva guadaña de la muerte.
Con una cruz empiezan tus renglones,
Y pienso que la envias por retrato
De la fiera muger que me dispones.
Luego, tras uno y otro garavato,
Me llamas libre, porque no te escribo,
Áspero, duro, zahareño, ingrato.
Dices que te responda si estoy vivo;
Sí lo debo de estar, pues tanto siento
La amarga hiel que en tu papel recibo.
Ofréceme un soberbio casamiento,
Sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
Y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que, por verme sosegado
Y fuera de este mundo, quieres darme
Una muger de prendas y de estado.

Bien haces, pues que sabes que el matarme,
Para sacarme de este mundo, importa;
Y el morir se asegura con casarme.
Dícesme que la vida es leve y corta,
Y que es la sucesion dulce y suave;
Y al matrimonio Cristo nos exhorta:
Que no ha de ser el hombre cual la nave,
Que pasa sin dejar rastro ni seña,
Ó como en el ligero viento el ave.
¡O, si aunque yo pagase el fuego y leña,
Te viese arder, infame, en mi presencia,
Y en la de tu muger que te desdeña!
Yo confieso que Cristo da excelencia
Al matrimonio santo, y que le aprueba,
Que Dios siempre aprobó la penitencia.
Confieso que en los hijos se renueva
El cano padre para nueva historia,
Y que memoria deja de sí nueva;
Pero para dejar esta memoria,
Le dejan voluntad y entendimiento,
Y verdadera, por soñada gloria.
Dices que para aqueste casamiento
Una muger riquísima se halla,
Con el de grandes joyas ornamento.
Has hecho mal ¡oh mísero! en buscalla
Con tan grande riqueza, que no quiero
Tan rica la muger para domalla.
Dices que me darán mucho dinero
Porque me case; lo barato es caro:
Recelo que me engaña el pregonero.
Su linage, me dices, que es muy claro:
Nunca para las bodas le hubo obscuro,

Ni ya suele ser este gran reparo.
Muéstrasmela vestida de oro puro,
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.
¡Que hermanas tiene, qué madre muy honrada
Cuentas, oh coronista adulterado!
Tú las quieres tan bien emparentadas!
De su buen parecer me has informado,
Como si por ventura la quisiera
Por su buen parecer para letrado.
Que tiene condicion de blanda cera:
Bien me parece, Polo; pero temo
Que la derrita como á tal cualquiera.
Gentil muger la llamas por extremo:
¿Por gentil me la alabas y prefieres?
Solo ya te faltaba el ser blasfemo.
Nunca salgas, traidor, de entre mugeres:
Muger sea el animal que te destruya,
Pues tanto á todas sin razon las quieres.
Déjente ya que goces de la tuya,
Los que con ella están amancebados,
Volvérsete ha en responso la aleluya.
Y en todos sus adúlteros preñados,
Hijas te pára todas, y á docenas,
Y con ellas te crezcan los cuidados.
Estén las mancebías siempre llenas
De hermanas tuyas, primas y sobrinas,
Que deshonren la sangre de tus venas.
Tus desdichas aumenten y tus ruinas
Mozas sin pluma y emplumadas viejas:
Mormuren de tu vida tus vecinas;
Y, pues en mi quietud nunca me dejas

Vivir, nunca el alegre desengaño
Con la verdad ocupe tus orejas.
¿Muger me dabas, miserable, ogaño?
Pues aunque me heredaras, no eligieras
Para matarme tan astuto engaño.
¿No ves que en las mugeres, si son fieras,
El hombre tiene lo que no querria,
Y adora concubinas y rameras?
Si hermosas son, si tienen gallardía,
No son mas del marido que de todos;
La que me traes es tal mercadería.
En ellas tienen Fúcares y Godos
Una accion insolente de gozallas
Por mil ocultos y diversos modos.
¡Felices los que mueren por dejallas!
¡Ó los que viven sin amores dellas!
¡Ó por su dicha llegan á enterrallas!
En casadas, en viudas, en doncellas,
Tantas al suelo plagas se soltaron,
Cuantas son en el cielo las estrellas.
Mas, pues que de mis mañas te informaron,
De mis costumbres y de mis empleos,
Y un bruto en mí y un monstruo dibujaron;
Pues que por casos bárbaros y feos,
Te dijeron mi vida caminaba
Al suplicio derecho sin rodeos;
Que en toda la ciudad se murmuraba
Mi disimulacion y alevosía,
Y que pérfido el mundo me llamaba;
Que no se vió la desvergüenza mia
En alguacil alguno ni en corchete;
Que nadie sus espaldas me confia:

Que he trocado en el casco mi bonete,
El vademecum todo en la penosa,
Y del año lo mas paso en el brete;
Pues si esto te dijeron, ¿cuál esposa
Querrá admitir marido semejante,
Si su muerte no busca mariposa?
Ponla tantos defectos por delante:
Dila en fin, que yo soy un desalmado;
Engerto en sotanilla de estudiante:
Y aunque hijo de padre muy honrado,
Y de madre santísima y discreta,
Dirás que me ha traido mi pecado
A desventura tal que soy poeta.

NOTICIAS

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Fué señor de la Torre de Juan Abad, y nació en Madrid en 1580. Estudió en Alcalá y se graduó de teología á los quince años: pero no por eso dejó de aplicarse á las demas facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudicion sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las armas, y alcanzaba grandes fuerzas; lo cual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir á Sicilia, donde á la sazon se hallaba de Virey el célebre duque de Osuna don Pedro Giron. La proteccion que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la córte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al Duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caida del Virey en 1620 arrastró consigo á Quevedo, que, fiel á su protector, siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos dado por libre, pudo, á pesar de sus émulos, venir á la córte, donde fué en gran manera estimado por Felipe IV, que le destinaba á empleos de la mayor consideracion. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad doméstica; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634 con doña Esperanza de Aragon, se-

ñora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevêdo, y fué la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicieron sospechoso al gobierno, el cual dió órden para que se le embargase su hacienda, y se le llevase preso á la casa de San Marcos de Leon. Su encierro fué tan estrecho y miserable, que se le tenia que vestir y alimentar de limosna, y á falta de facultativo tuvo él mismo que cauterizarse tres llagas que, por la humedad del sitio, se le habian cancerado. Escribió al Conde Duque sincerándose, y esto le produjo algun alivio; hasta que, averiguado el autor de un libelo, con cuyo pretexto se le habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la córte. Mas la pobreza á que estaba reducido no le dejó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho contraido en su prision, en 8 de setiembre de 1645, á los 56 años de su edad.

POESÍAS DE VARIOS AUTORES.

RAQUEL,

POEMA

de don Luis de Ulloa y Pereira *.

De los triunfos de amor el mas lucido,
El trance del dolor mas apretado,
La causa del poder mas ofendido,
El fin en el favor más desdichado,
El rigor mas cruel que ha cometido
Violencia irracional, canto inspirado,
No por conceptos de mi Genio solo:
Yo los escribo, díctalos Apolo.
Vos, Príncipe, que fuísteis el primero,
El único sereis á quien elija
Mi musa en su defensa, porque espero
Razon de que se valga y se corrija:
Y que, alumbrada del mejor lucero,
Al templo de la Fama se dirija,
Donde, si vuestro amparo la defiende,
No inmunidad, veneracion pretende.

* Natural de Toro; floreció en tiempo de Felipe IV.

No presumo, Señor, que se suspenda
La integridad del público cuidado,
Si que avara Parténope no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado:
Deidades hace la votiva ofrenda;
Aun es mas que reinar ser invocado;
Y yo, ni al ocio el embarazo intento:
Bastareis para mí menos que atento.

Oidme, pues, acaso; que yo fio,
Que os he de disponer aclamaciones
Donde el exceso de calor y frio
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mio
Vuestro nombre á las últimas naciones,
Para que le venere cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Despues que coronado de victorias
De Alfonso Octavo el militar denuedo,
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo;
Consagró de las Navas las memorias
En el ínclito templo de Toledo;
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
(En la pureza de la Fé celoso)
Asegurarse del contagio hebreo,
Al comercío de fieles peligroso:
Qué en la torpeza de los vicios feo,
Y en la superstición escandaloso,
Sembrando la cizaña su porfia,
Aun estorbaba cuando no nacía.

Ya, viéndose vencidas las razones
Contrarias al estado en el delito,
(Que no hay verdad segura de opiniones,
Y tiene defensor cada delito)
Se repitió con públicos pregones
Justo destierro del infame rito:
Tembló la Sinagoga al gran decreto
Estremecida del comun aprieto;

Y en una junta que formó secreta
Rubén, que por Pontífice aquel año
El crédito lograba de profeta,
Menospreciando en el peligro el daño,
Dijo, que á hermosa Virgen se cometa
Solicite del Rey el desengaño;
Y que será con ánimo constante,
Segunda Estér en caso semejante.

Eligióse Raquel, en quien se via
Toda la perfeccion sin competencia;
Y el mas hermoso resplandor del dia
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesía,
Que mas fué adoracion que reverencia,
Salió la aurora del nubloso velo,
Y á las plantas de Alfonso se vió el cielo.

Y libres del cendal las luces bellas
Que dejaron al Rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades;
¡Qué facil los discursos atropellas,
Si con muda elocuencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconócese el Rey cuando examina
La diferencia que en el alma siente;
En gustoso tormento se imagina,
Ó en pena que le aflige dulcemente:
Y el alivio engañoso que destina
Por lisonja del ánimo doliente,
Hace que del veneno se renueve
La sed ardiente que la vista bebe.

La magestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza;
Y viéndose mirar cuando no mira,
Descubre y no conoce la esperanza:
Raquél; que en el extremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Estrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirle el Rey endurecido
Todas las señas recató de humano,
Hasta que, de las ansias oprimido,
Olvidó en el semblante soberano
La violencia, y en partes dividido
Algun afecto que dejó los lazos,
Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse, que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin fenecerla levantó la audiencia:
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia;
Cerró la puerta golpe acelerado
Para doblar la llave y el cuidado.

Cercado de rebeldes invasiones
En los reparos del combate piensa,
Temiendo las humanas prevenciones
Que se conjuran todas en su ofensa:
Estrechan mas el sitio las pasiones,
Y sola la razon á la defensa
En todas partes vigilante estaba
A cuantas armas el amor tocaba.

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazon se le minaba:
Fuele á reconocer, y vió que ardia
Por una parte, y que por otra helaba:
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba;
Porque en Vesubio racional se pruebe
La mezcla de la llama y de la nieve.

Raquel en tanto, menos discursiva
Que crédula del Rey á la dureza
Quiso culpar la presuncion altiva
En la lumbre del sol de su belleza,
Que reducir del monte fugitiva
Pudo la fiera de mayor rudeza,
Y en rayos mas activos y suaves
Examinar la reina de las aves.

Neutral desconfiaba y presumia,
Borrando un accidente otro accidente;
Ya salir del palacio pretendia,
Y ya lo ejecutaba negligente;
Cuando advertida de que el Rey queria
Revocar el destierro de su gente,
El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.

Quedó á la novedad menos inquieta,
Ó mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfeta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Sucediendo á la cárdena violeta
La púrpura soberbia de la rosa;
Y lo aparente del celeste ornato
Dejó de ser temor, y fue recato.

Asi despues que se crió señora
Del alcazar de amor Psiquis ufana,
La recató la soledad autora
De las libres ofensas de Diana;
Y entre las opulencias donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida,
Temió la honestidad y no la vida.

Sobre seguridad del vencimiento
Espera el Rey á la infeliz Hebrea,
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradicion teme y desea;
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto;
El aura sí movida en los jazmines,
Que coronan el álamo mas alto;
Y el eco derramado en los jardines
Nunca al ejemplo del deleite falto,
Que repite de dulces ruiseñores
Ansias de celos, lástimas de amores.

Juntóse la eleccion con el destino:
El trato en que las llamas se eternicen,
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnicen;
Y ríndanse á su efecto peregrino
Cuantos conjuros los encantos dicen,
Cuantos engaños los hechizos hacen,
Cuantos venenos en Tesalia nacen.
Quiso decirse entonces que recibe
Fuerza con el auxilio del encanto
Venus, y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del oscuro llanto:
Ella, que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes
Estrechó la prision de los amantes.
Equívocas las almas no sabian
En éxtasis de dulces confusiones
Si una por otra se sustituian,
Ó juntas animaban las acciones;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazones,
Que al formar los alientos se trocaban,
Ó con un movimiento respiraban.
Ya no son dos las vidas, ni se admite
Division de potencias racionales:
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por término mentales;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz, sin cariño, sin señales,
Por milagro de amor que comprehenden,
Se acuerdan, se enamoran y se entienden.

Amor, no se celebre, que trajese
La Luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganimédes ascendiese,
Y que al abismo penetrase Orfeo:
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad de este trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas
Dios de los dioses, alma de las almas.

Un Príncipe clemente, justiciero,
Victorioso, feliz, sabio tuviste
Guardando de un alhago lisonjero
Obscura cárcel de tiniebla triste:
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años
Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la Justicia y de la Fé oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto:
La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto,
El Reino sin el sol que le alumbraba
En tenebrosa obscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los Ricos-hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese
En el lugar del voto preferido
Por calidades de prudente viejo,
Así fue de Albar Nuñez el consejo:

"Ya por vuestra desdicha, castellanos,
Del Hércules sabreis que os gobernaba
Como le cercan pensamientos vanos
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de ninfas el estilo
Al uso femenil tuercen el hilo.
Está de la nacion mas infamada
La sangre de los godos amancilla:
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla:
Cuando á su arbitrio la cervíz postrada,
Ó cobarde inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenage,
Como ageno le trata en el ultrage:
Poco juzga de sí cuando consiente
Humilde adoracion de los mortales,
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales:
Si la cansan las noches, obediente
De Neptuno á los líquidos umbrales,
Ó se detiene el sol, ó lo parece;
Si la enfadan los dias, no amanece.
Alfonso del ardiente iman tocado
Sigue la falsa luz de sus estrellas,
En piélago de llamas anegado,
Ó en espumoso golfo de centellas:
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas,
Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gobierno y el estado yace.

Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuanto las obras de virtud se truecan,
Y como llega la codicia al templo
Donde las fuentes de piedad se secan:
Obedeciendo todos al ejemplo;
Que los príncipes mandan cuando pecan,
Y en la vida culpable de los Reyes
No son vicios los vicios, sino leyes.

Oficio es el reinar, ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama;
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto, si se ajusta con la fama:
Entre Neron, Calígula y Tiberio
Voluntario el deleite se derrama:
En las fatigas de los Reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos ó suspensos, ó postrados,
Siendo al arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados:
Sola la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.

No siempre en lo profundo del secreto
Esté nuestra paciencia suspendida:
Haga ruido el dolor con el aprieto,
Y parezca viviente nuestra vida:
Permítase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,
Si el furor de un esceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.

No la corona del mayor planeta
Dejeis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos, que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la yedra abrasen.
Sacrifiquemos esta ofrenda impía
En gracia de los Reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos:
Hallará en este ejemplo la osadía
Con que les embaraza los sentidos,
Para receló del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento."
Aquí llegaba ronco, y prosiguiera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando Illan no se opusiera
La lozanía con airadas voces:
"Tú que lo ardiente de la edad primera,
Le dijo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas ejemplos y de mas disculpas:
Resplandor celestial que se deriva
De la Divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza:
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,
Y es de la humanidad frágil defecto
Pasar á destemplanza en el afecto.

Es el amor deidad tan misteriosa
Que con ningun concepto se percibe:
Siguiendo su bandera victoriosa
Milita todo cuanto siente y vive:
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su ser recibe,
Ámanse las estrellas á su modo,
Ama el autor universal de todo.
Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial, ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado;
No es de sus capitanes homicida,
Ni sacrílego el templo ha profanado,
Introduciendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.
Amar la imagen del autor supremo
Á donde mas perfecto resplandece,
Es la sustancia del delito estremo
Que tu discurso bárbaro encarece;
Y que no asiste del gobierno al remo
Todo lo que á tu antojo le parece,
Remitiendo el imperio, en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.
Llévanse á fuer de varios temporales
Los Reyes como el cielo los envía,
Y en votos y plegarias de leales
De su justicia la igualdad se fia:
No hay otro medio lícito en sus males;
Ni solo es la violencia alevosía,
Las no muy limitadas persuasiones,
Los consejos prolijos son traiciones.

Y tu brutalidad, que atroz imita
Al Caribe voraz que hambriento vierte
La sangre humana, sediciosa incita
El pueblo, y á su envidia le convierte:
El fin de la hermosura solicita
Y al alma de su Rey traza la muerte;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Júpiter en tu intento escandaloso?"

No pudo decir mas por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido,
Y á su costumbre bárbara eligiendo,
Todo lo racional quedó vencido;
Y la parte cruel obedeciendo,
La rudeza del público alarido
En repetidas confusiones era:
"Raquel ha de morir, ó Raquel muera."

Y para que el intento imaginado
Mas breve y facil mas se ejecutára,
Fue cómplice la caza, celebrado
Divertimiento que el poder ampara,
Arte á las magestades dedicado,
Que la fatiga del reinar repara:
Empresa que las fuerzas agilita,
Y las agilidades habilita.

A los montes salió menos distantes
El engañado Rey, no sin recelo,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo:
En las primeras noches los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo,
Hasta que á sus horrores lo convierte
El perezoso hermano de la muerte.

Parécele soñando que los vientos
Remueven juntos la discorde guerra,
Y en todos los etéreos movimientos
Ó que se trueca el órden ó se yerra:
Que mudan su lugar los elementos,
Y el sol no permitiéndose á la tierra,
Así como en el luto de Tiestes
Retira las demas luces celestes.
Con triste duelo, con funesto llanto,
La madre del amor se le aparece,
Y en sangrientos pedazos de su encanto
Deshecho todo el ídolo le ofrece:
Envuélvese el dolor con el espanto,
Y el ansia congojosa que padece,
Le levanta, y le arroja, si no muerto,
Ó no dormido bien, ó mal despierto.
No lo incierto del sueño le asegura
Ni en las dificultades se sosiega,
Sabe que no es dichosa la hermosura,
Que todo es facil á la envidia ciega;
Que no merece parte en la ventura
Quien á los hados perezoso ruega;
Y quisiera ligarse el pensamiento
Para entrar en Toledo por el viento.
De animado relámpago se fia
Al céfiro legítimo heredero,
Que las exhalaciones competia
Del alma de su dueño; y lisongero
Tanto esfuerza el aliento la porfia,
Que arrojado no fuera tan ligero,
Con ansia de alcanzar cada suspiro,
En el vuelo de un sacre ni en el tiro.

Estaba el año de la edad adulta
En el principio, cuando ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las virilidades del verano:
El alma Céres con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano,
Y ordena Juno que Favonio vuelva
Para esmaltar florífera la selva.

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido,
No deja su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido:
Que si no aljaba de las flechas, era
Taller de los harpones de Cupido,
Con que todos los tiros son mortales,
Afiladas las armas en cristales.

Del lazo en que se prenden importuno
Libra los hermosísimos cabellos,
Y para suspenderse en cada uno,
Quisiera amor innumerables cuellos:
No fuera su color tan oportuno
Si todo el sol se trasformára en ellos:
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.

Borrones son las luces con que ordena
De rosicler el alba los colores,
Cuando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores:
En que sale mas veces la azucena,
Y alguna los claveles vencedores:
Solo los labios, en que amor reposa,
Admiten pura la flamante rosa.

El incendio divino de sus ojos
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos
Anima, no consume, lo que abrasa;
Y en medio de dulcísimos enojos,
Aun cuando alumbran con la luz escasa,
Hallan las almas que su ardor condena,
Abismo celestial, gloriosa pena.

Las demas perfecciones resplandecen
Reducidas á union tan soberana,
Que las disculpan si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana:
En cuantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana,
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deidades.

Perdona, Celia, que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadia de pincel profano
Emulacion sacrílega pretende:
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende,
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A tí te adoro y á Raquel traslado.

Alzando entonces la fatal cortina
Némesis permitió que se mostrára,
Que los últimos átomos destina
A la labor de Láquesis avara:
El fin de la hermosura determina;
¡O cuanto algun soberbio se templára
Si al juzgarse inmortal hiciera el cielo
Que de su estambre se corriera el velo!

Ya persuadian al mortal reposo
Del cielo descendiendo las estrellas,
Cuando la turba ruido temeroso
Que se formaba de iras y querellas:
Y aunque las voces por lo numeroso
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
"Muera quien nuestra libertad cautiva;
Viva la paz, y la justicia viva."
No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto,
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto;
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.
Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las hevillas:
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas:
Traidores! fue á decirles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo: *caballeros*,
¿Porqué infamais los inclitos aceros?
Una muger acometeis rendida
Como si fuera ejército enemigo;
¿Amar á vuestro Rey correspondida
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida
Toda su magestad vive conmigo;
Podrá vuestro rigor verlo deshecho
Primero que sacarle de mi pecho.

Mal pudo á tanto Rey, á Imperio tanto
Resistirse rebelde mi flaqueza:
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Basten á enternecer vuestra dureza:
Y desta vana compostura, cuanto
Tan ciegamente se llamó belleza....
Rompió las piedras suspirando entonces,
Y se irritaron los vivientes bronces.

Herida ya una vez, no se remita,
Dijo, con nueva luz lo que merezco:
A tí, causa primera, solicita
Mi alma en la fatiga que padezco:
A tu piedad sin límite infinita
El holocausto de mi vida ofrezco;
Aníma tú eficaz mi sentimiento,
Y hasta martirio eleva mi tormento.

Con las venas sin número rompidas
No apagan de los ánimos voraces
El ansia los sedientos homicidas;
Dureza fue de pechos pertinaces
Repetir tantas veces las heridas:
Pero querer hacerlas tan capaces
Que pudiesen salir dos almas juntas,
Clemencia fue de las crüeles puntas.

¡O mudanza forzosa en la fortuna!
¿Qué vanidad en tu valor blasona?
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareciéndole poco una corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna,
Entre la turba vil que la baldona,
Es víctima sangrienta de villanos:
¿Esto acontece y duermen los tiranos?

No fue bien de los bárbaros feroces
Ejecutado el prodigioso insulto,
Cuando en las alas del amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el Rey; y las dolientes voces
Le fingen un agüero en cada bulto;
Fúnebre luz que trémula lucia,
Al desengaño trágico le guia.

Reconocióle, y el rigor airado
Acusa de los dioses celestiales:
Generoso leon por esforzado
Y por Rey infeliz de irracionales,
Mirando en el semblante destrozado
Las prendas de su alma ya mortales,
Para resucitarlas con bramidos
Pide brutalidad á los gemidos.

En los jazmines pálidos se arroja
Que deshojados y marchitos mira,
Y esplica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira:
El clavel, que marchito se deshoja,
Contempla inmovil, asustado admira;
Y suspendiendo indicios de viviente,
Muestra que siente mas en que no siente.

De los injustos hados al intento
Ya toda la beldad obedecia,
Y con tan apacible movimiento,
Que pudiera lucir cuando vivia:
Al despedirse del postrero aliento
Para mostrar que el cielo se rompia,
Abrió los ojos, y al cerrarlos luego
Todo lo que alumbró lo dejó ciego.

Dando las señas de su fin constante
Tres veces se afirmó sobre los brazos,
Y persuadida del preciso instante
Átropos corta los vitales lazos:
Pártese el alma y del mortal amante
Sale deshecho en líquidos pedazos
A recibir los últimos despojos,
El corazon vertido por los ojos.

Como despues de las perdidas horas
Dió el Rey toda la edad al escarmiento,
Labrando las virtudes triunfadoras
A su fama glorioso monumento,
Decidlo, de Hipocrene moradoras:
Permítase al dolor mi desaliento:
¿Qué voz de hierro durará sonora
Cuando espira Raquel y Alfonso llora?

ROMANCES

DEL PRINCIPE DE ESQUILACHE. *

I.

Tan dormido pasa el Tajo
Entre unos álamos verdes,
Que ni los troncos le escuchan
Ni las arenas le sienten.
En su silencio y descanso
Los ruiseñores alegres
A voces le están diciendo
Que, pues sale el sol, dispierte.
En los juncos de su orilla
Daba la dulce corriente
Si no de que esta dispierta,
Señales de que se mueve.
Hasta llegar á Toledo
No es posible que recuerde:
Que solo dispiertan peñas
A quien sobre arenas duerme.
Junto á un peñasco, en que forma
El sol en su orilla siempre
Al nacer sombra en las aguas,
Y en los campos al ponerse,
Estaba el pastor Lisardo

* Natural, segun se cree comunmente, de Madrid. Fue Virrey del Perú; y murió en Madrid el año de 1658 ya muy avanzado en edad.

Con las ovejas que tiene,
Que por ver la cara al sol
Ni juegan, pacen, ni beben.
Y templando el instrumento,
Que no fue poco el tenerle,
Dijo á las aguas del Tajo
A quien cantó tantas veces:
  Cristales del Tajo
  Que dormís al son
  Del risueño viento,
  De su alegre voz:
  Despertad, que os llaman
  Las aves y el sol.
    Aguas cristalinas
  Que bajais de Cuenca
  A regar los campos
  Y á dejar las sierras,
  Si en vuestras riberas
  No os despierto yo,
  Despertad, que os llaman
  Las aves y el sol.

II.

Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y donde vive no sabe.
Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte,
Y riëndo no consiente
Que otras aguas por él pasen.

Tantas sombras le acompañan,
Tan mudas pasan las aves;
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan
Ó suspensas ó cobardes;
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni cante.
La diferencia que siente
Cuando las estrellas salen,
Es que suenan en las guijas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombríos
El valle y los montes hacen
Que, para mas confusion,
Las verdes ramas se abracen.
Al verde horror que se encubre
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran
Ni le escurece la tarde:
Y aunque esté tan triste y solo,
Sin peligro de engañarme,
Yo por las suyas trocára
Mi tristeza y soledades.
Él parece que está triste
Cuando yo lloro pesares:
Si él parece y yo padezco,
Diferentes son los males.
A verle voy, que es forzoso
Que un triste al otro acompañe,
Porque mis penas le alegren
Ó sus tristezas me acaben.

Mas, ¿por qué pierdo pasos en buscalle,
Si es mi desdicha el mas confuso valle?

III.

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas de placeres
De pesares otras:
Y en la primavera
De las mas hermosas
Noche son los años,
La niñez aurora.
El arbol florido
Que el cierzo despoja,
Si enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente
Que murmura á solas,
En verano rie
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad del dia
Por los aires gozan.
Si los vientos braman
Y la mar se enoja,
Cuando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor que en ella

Guarda ovejas pocas;
Cuando vuelve mayo
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve
De plata son copas.
La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol, á quien prenden
Sus pasos las sombras;
Mas galan despierta
Por campos de aljofar.
Para todos sale
Desterrando á todas,
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos
Y mejillas rojas,
Si el tiempo las pinta
Él mismo las borra.

IV.

A la queda está tocando
La campana de mi aldea;
Para quien viene se toca
Mas no para quien se queda.
Ya volvieron los zagales
De las parvas y las eras,
Y aunque la noche ha llegado
Se queda Jacinto en ella.

Él, que sabe que le quieren,
Y que con celos le esperan,
No hay gusto que no le aparte,
Ni obligacion que le vuelva.
A nadie por él pregunto,
Porque temo la respuesta,
Y cuando no de aguardarle
De preguntar me arrepienta.
Mis vecinas no los guardan
Ni sus esposos las celan;
¡Triste de mí, que los celos
Conmigo las manos truecan!
Mas ya que todas reposan,
Y han salido las estrellas,
Cantarle quiero estos versos,
Llorarle quiero estas quejas:

Mi amor en el campo
Duerme esta noche,
¡Ay de quien la desvelan
Celos y amores!

Aunque de su esposa
Le falte la cama,
Quien duerme sin celos
Sin ella descansa.
Si espera que el alba
En los campos llore,
¡Ay de quien la desvelan
Celos y amores!

V.

Llamaban los pajarillos
Con dulces voces al sol,
Que por ver á quien le llama
Mal dormído recordó.
Escuchaba entre las aves
De un arroyuelo la voz,
Que agradecido á su lumbre
La bien venida le dió.
Entre las ramas de un olmo
Le acompaña un ruiseñor,
Enamorado testigo
De cuantas veces salió.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
En el valle de mi aldea
Celosa aguardando estoy
Que salga un sol á mis ojos
Que en otros brazos durmió.
Montes, decidle que siento
De los males el mayor,
Si como al padre del dia
Le veis primero que yo.
Aqui de la noche al alba
Llorando memorias, soy
De mis esperanzas sombra
A que nunca amaneció.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
¡Cuántas veces con suspiros

Durmiendo el sol me llamó,
Con mas lisonjas que al dia
El pajarillo cantor!
Desveladas noches tristes
Celoso al hielo pasó,
Y agora seguro duerme
Lo que rogando veló.
Por estos campos del Tajo
Ausente y perdida voy
A buscar agenos bienes
Que mi desdicha perdió:
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
Asi Amarilis se queja
Al primero resplandor,
Que del prado de su aldea
La muda sombra vistió.
Mirando está la cabaña
Que de su ausente pastor
Fue lisonja, casa y sombra
Que sus engaños cubrió.
Y viendo en las verdes ramas
Que repiten la cancion
De los arroyos las aves,
Asi dijo y suspiró:
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

VI.

Escondido yace un valle
Entre dos soberbios montes,

Que solo ha visto un arroyo
Que por él medroso corre:
Tan callado y tan dormido,
Que ni el silencio interrompe
Al descuido de las hojas,
Ni al descanso de las flores.
En los ecos vuelve á veces
Los ladridos y las voces
De los cuidadosos perros
Y mal dormidos pastores.
Y cuando huyendo del alba
Con negros pasos veloces
La noche á buscarle viene,
En él encuentra otra noche.
Y como en tan corto espacio
La oscuridad se recoge,
Él por noche, ella por valle,
Entrambos se desconocen.
Al sol no ha visto la cara,
Sino pocos resplandores
Mira de un monte en los pies
Cuando en diciembre se pone.
A entrambos montes rendido,
A sus peñascos y robles
Pidiendo está que se tengan
Y que sobre él no se arrojen.
No me espanto que los tema,
Pues siempre fueron conformes
Las amenazas del rico
Y los recelos del pobre.
Pierde del riesgo que temes,
Valle humilde, los temores:

Que en el monte mas vecino
Ha de ser mayor el golpe.
Entrambos montes compiten,
Y cuando alguno se enoje
Nunca lastíma al rendido,
Sino al igual que se opone.
Poco cielo te corona,
Y en tan breves horizontes
Te librará de las peñas
Quien te guarda de los soles.
Y es dicha, escondido valle,
Pues no tienes pretensiones,
Que no te conozca el sol
Si tú mismo te conoces.

VII.

Niñas de mi aldea
Que vais á la fuente
Por agua las menos,
Las mas porque quieren;
Si el amor os lleva
Y el pesar os vuelve,
Él verdad os dice,
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles,
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores

Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mugeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el arbol
Cuando está mas verde,
En abril un cierzo
Le burla y ofende.
No os engañen, niñas,
Los floridos meses,
Que al paso de mayo
Camina diciembre.
¿No veis que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelen,
Y los tristes vengan,
Que jamas se vuelven.
Pierde cuando turbio
Con los años crece
Del amor el rio
El vado y la puente.
De las mas gallardas
Es cuando envejecen,
Quien mejor se sienta,

Quien peor se siente.
¿Vísteis las que hollando
Tiempos diferentes
Causaron envidias?
Ya á lástima mueven.
Vuestro engaño vive,
Pues cuando os desmiente,
Lo que lloran unas
Otras no lo creen.
Son de las mas bellas
En su blanco oriente
Rostros cuando salen,
Gestos al ponerse:
Oid mis consejos,
Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan
Que el engaño vuele.

VIII.

Los áspides en la mano
Y el corazon en Antonio,
Mas libre para morir
Que para rendirle á otro;
Está la Reina de Egipto
Mirando en un hombre solo
El imperio de la tierra
Y la libertad de todos.
Llora la suya perdida,
Y el amor osado y loco
Los áspides animaba
Contra sus brazos hermosos.

Aspides, dijo, á mi desdicha sordos,
¿Cómo vive Cleopatra sin Antonio?
Y aunque es grande el amor y el dolor mucho,
Hacer podeis lo que ninguno pudo.

Yo perdí por mi desdicha
Entre las penas que lloro
A un hombre que me estimaba,
Que es mas que perder mi esposo.
En Roma pensé triunfar,
Y á su lado victorioso
Ver á mis pies humillado
El honor del Capitolio.
Y agora libro el no ser
En vuestro oficio piadoso,
De la fortuna desprecio,
De su enemigo despojo.
Aspides, dijo, &c.

Llegad presto, si cobardes
De hallar no estais recelosos
En los brazos de Cleopatra
Mas veneno que en vosotros.
Aunque sus águilas ponga
En el Idaspe remoto,
Como conmigo no sea
Augusto quede con todo.
Deste peligro y afrenta
Librad el honor medroso
De Cleopatra, que os obliga
Con lágrimas de sus ojos.
Aspides, dijo, &c.

IX.

Con rayos de hielo y plata
Armado sale diciembre
A vengarse de los campos
Que hospedaron á las mieses.
Las altas sierras descubren
Por el manto de las nieves
Entre cabellos de vidrios
De riza escarcha las sienes.
Ya prende las dulces aguas
Porque al cielo no se quejen;
Que amenazan al poder
Aun las quejas de las fuentes.
Los secos troncos murmuran
Del engaño de los meses,
A tanto rigor desnudos
Y á tanta lisonja verdes.
Las humildes ovejuelas
Por las dormidas corrientes
Descansan mudas y tristes
Donde bebieron alegres.
Airados braman los aires
Que son soberbios valientes,
Y en los enojos del año
Los mas vengativos siempre.
Las aves que dan al sol
Naturales parabienes,
Con tiernas voces le llaman
Porque sus nidos caliente.
Apénas comienza el dia,

Y al sol en distancia breve
A sus pies le ven los montes
Que le vieron en sus frentes;
Y á las puertas de Amarilis
Lisardo cuando amanece,
De blanca nieve cubierto,
Asi cantó lo que siente:
A tus puertas me abraso,
Casada bella:
Fuegos son mis suspiros
Cuando mas hiela.

X.

Junto á una peña del Tajo,
A quien sus blancos cristales
En el verano la cercan
Y en el invierno la baten,
Sentado estaba Lisardo
Esperando que la tarde
En los brazos de la noche
Y del silencio descanse,
Para cantar á Lucinda
Sus quejas y sus verdades,
Siendo en su olvido lo mismo
Que las llore ó que las cante.
Y es en la bella casada
Imposible que se igualen
La posesion de un marido
Y las quejas de un amante.
Un tiempo quiso á Lisardo,
Y despues quiso olvidarle;

Y á Silvio que aborrecia
Quiso querer y mudarse.
Asi se pasan los años
Y engañan las voluntades;
Y son bienes en un tiempo
Los que en otros fueron males.
Ausentóse de su aldea,
Y es con celos ausentarse
No curar la enfermedad,
Y hacer que el remedio mate.
Apenas cubrió la noche
De los montes los umbrales,
Cuando empezó su tristeza
No á cantar, sino á quejarse:

Bella casadilla,
Mal haya tu amor,
Pues dicen mis celos
Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha
Y la envidia yo.

¡O que mal te acuerdas
Cuando oyó tu calle
A tu fé mentiras,
A mi amor verdades!
Ya las olvidaste,
Sabiendo tu amor
Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha
Y la envidia yo.

XI.

La Morena sierra
Pasaste, Lucinda,
Y habrá mas de un año
Que estás en la villa.
Con ninguna tratas,
A ninguno miras,
Si por nada mueres,
¿De qué vives, niña?
No nació tu hielo
En la Andalucía,
Sino en los nevados
Campos de Castilla.
La cuna del Tormes
Y sus nieves frias,
Son con tus desdenes
Una cosa misma.
Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla,
Y al mar por sus puertas
Seguro camina.
Deja los rigores,
Deja tus porfias:
Si de ver no gustas,
Huelga de ser vista.
Al son de unas cuerdas
Esta mañanica
Te canté estos versos,
Pienso que dormias:
No retires tus ojos

Niña del Betis,
Déja que los quieran,
Ya que no quieres.

XII.

Cuando del airado invierno
Las altas cumbres se quejan,
Y coronadas de nieve
Su helada vejez confiesan:
Cuando soberbios los rios
Al mar presurosos llegan,
Y con su fuerza las olas
Se miden con las estrellas:
Y los inútiles troncos
Rendidos á su inclemencia
Desnuda de hojas el tiempo
Porque mas su injuria sientan:
Cuando el hielo á los arroyos
Castiga con muda fuerza,
Que por lo que han murmurado
Justamente los enfrena;
Sobre la desierta orilla
De las aguas de Pisuerga,
Ausente un pastor del Tajo
Cantaba al son de sus quejas:
Partí de unos ojos
Que sin verme ausente
Vivo me lloraron,
Matarme quieren.
Su rigor ordena
En tan dura suerte

Que causen mi muerte
Y lloren mi pena,
Y aunque en su cadena
Mi fé se defiende,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.
Y si me han dejado
Vivo á la partida,
Partí de la vida,
Mas no del cuidado.
En tan triste estado
Muere un ausente:
Vivo me lloraron
Matarme quieren.
Dan al mal de ausencia
Los médicos sabios
Menores agravios
A mayor paciencia:
Y aunque su violencia
Rendida quede,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.

XIII.

Salió á la fuente Jacinta,
Cuando Pascual, que se abrasa,
A buscarla va á la fuente
Como ella á la fuente el agua.
Las blancas perlas recoge,
Que en el nacer desatadas,
De su patria fugitivas

Arenas y flores bañan.
Unos dicen que celosa,
Otros que suspensa estaba,
Y al fin en los ojos muestra
Lo que Pascual en el alma.
Y mirando como corren
Mira tambien como pasan;
Y á su altivez y hermosura
Riendo la desengañan.
Cuidados tiene Jacinta;
Ni el ir ni el venir la cansa;
En los testigos no advierte
Ni en el cántaro repara.
Y dejándole en la fuente
Por escuchar lo que cantan,
Al son del agua y las guijas
Asi Pascual le cantaba:
Zagaleja que vas á la fuente
Déjala y vuelve;
Que si quieres agua que corra
De mis ojos corre siempre.
Hermosa serrana
Que de nuestra aldea
Del pueblo á la fuente
Tu cántaro llevas;
Si lleno deseas
De lágrimas verle,
Déjala y vuelve,
Que si quieres agua que corra
De mis ojos corre siempre.

XIV.

Mientras que el mar airado
Compite con las rocas,
De mi destierro triste
Quejarme quiero á solas:
Escucharán mis males,
Y las amargas horas
Que la esperanza cuenta
Y el sufrimiento llora.
Haré testigos mudos
De las confusas olas,
Que callan mis verdades
Y sienten mis congojas.
Serán discursos tristes
De las pasadas glorias;
Que mal se acuerda de ellas
El alma que reposa?
Mas temo que me falte
El tiempo, porque acorta
Los plazos de la vida
El mal de la memoria.
Y el importuno viento
Lleva mis ansias locas;
Que en la desdicha imitan
Su mismo dueño ahora.
Amada ausente mia,
Si de la luz hermosa
De tus divinos ojos
Mi soledad es sombra;
¿Cuándo llegará el dia

Que el Tajo me responda
Tu nombre, que repitan
Sus aguas venturosas?
Desterrará del alma
El nuevo sol que adora
De mi llorada ausencia
La noche temerosa.
Serás el que naciendo
Las altas cumbres toca,
Los bajos valles viste,
Los verdes campos dora.
Ofreceráte entonces
Mi dicha vencedora
Los desatados lazos
Y las cadenas rotas.
Y harán, si te acordares,
Seguras de lisonjas
Palabras verdaderas
Sospechas mentirosas.
Razones que pudieran
Obligarte, señora,
Me nacen en el pecho
Y mueren en la boca.
Por esta inútil playa
Mis quejas lastimosas
Lloradas de sus ecos
El fiero mar arroja.
Si he de volver á verte,
¿Qué dudas me alborotan?
¿Qué miedos me atormentan?
¿Qué penas me congojan?

XV.

Quiera el cielo, Silvia ingrata,
Que el agravio y el desprecio
De tanto amor se conviertan
En dolor, venganza y celos.
Y es tan injusto el rigor
De las ofensas que siento,
Que no recelo que quieras
Ni que me mates recelo.
Y al que, enemiga, quisieres,
Mires en brazos agenos,
De tus quejas tan seguro
Como lo estás de mi fuego.
Y entonces, Silvia celosa,
En mas conocido espejo
Del rostro de mis agravios
Verás mejor los defectos.
En él verás lo que ofende
La fé y la verdad de un pecho,
Un desden tenido en mas,
Y un amor tenido en menos.
¡Qué ufana estás cuando escuchas
Que en tus umbrales me quejo,
Y tus lecciones aprenden
De las ventanas los hierros!
Teme, Silvia, que por ellas
Los rigores de su dueño
En flaquezas convertidos
A la calle saque el tiempo.
Yo mis quejas le remito:

Que siempre sus brazos dieron
A las lágrimas venganza,
Y á las desdichas remedio.
De tu soberbia y mi agravio
Entrambas cosas espero;
Y que podré despreciar
Lo mismo que ahora temo.
No lo dudes, Silvia ingrata;
Porque ha de querer el cielo
Que mueras del mismo mal
De que estoy aquí muriendo.

XVI.

Las zagalas de la aldea
Tódas en el baile están:
Mucho saben de envidiarse
Harto mas que de bailar.
Todas aman, todas penan,
Y Belilla siente mas,
Que es sobre achaque de celos
El peligro de su mal.
Con los mancebos del pueblo
Murmurando está Pascual,
Que el remedio sabe Anton
Y no la quiere curar.
Con la hija del alcalde
La mañana de San Juan
Tantas mudanzas bailó,
Que al fin se vino á mudar.
¡Qué triste y celosa vive!
¡Qué desengañada está!

Que del que ofende y olvida
No tiene amor que esperar.
No divierte sus tristezas
El ver que de su lugar
Dejando alegres los campos
Quiere abril partirse ya.
Por ellos bajaba Menga,
Y tantas galas les da,
Que el baile dejó Belilla
Sin poder disimular.
Y mirando cuidadoso
La que viene y la que va,
Al son del baile y del agua
Pascual comenzó á cantar:
Entra mayo y sale abril:
¡Cuán floridito le vi venir!
Venga el mayo verde,
Váyase el abril
Que dejó los campos
A medio vestir.
Sus prisiones rompan
La rosa y jazmin,
Que el soplo agradecen
Del viento sutil.
Vístanse las flores
Blanco y carmesí,
Manto de esmeralda
Y de oro el perfil.
Entra mayo y sale abril:
¡Cuán floridito le vi venir!
Enlace amorosa
Al olmo la vid,

Que en sus brazos quiere
Medrar y subir.
Risueñas las fuentes
Conozcan en sí,
Lo que en todos puede
Callar y sufrir.
El año comience
A volver por sí,
A cantar las aves
Y el alba á reir:
Entra mayo y sale abril,
¡Cuán florido le ví venir!

XVII.

Una Zagaleja
Que nació en la Sagra
Y dejó su pueblo
De matar cansada,
Vino á Manzanares
La fiesta de Pascua
A probar venturas
Y á traer desgracias:
Como si faltasen,
Cuando todo falta,
Pesares sin cuenta,
Desdichas sin tasa.
Yo la ví en el baile
Que Anton la miraba
Aun con mas cuidado
Del con que ella baila.
De estar tan torcidos

Dicen que es la causa
Que Anton se la jura
Y ella se la guarda.
Cuando sueltos corren
Celos en el alma,
No hay humo tan fuerte
Ni muger tan brava.
Y una condicion
Tan libre y tan vana,
Dejada se ofende,
Querida se cansa.
Y Anton que lo siente
Una noche helada,
Esto á los umbrales
Cantó de su casa:
No me mates con celos,
Bella aldeana,
Porque á celos muere
Quien á celos mata.
Niña, que dejaste
Abrasado el pueblo,
Y harás con tus ojos
Lo mismo del nuestro;
Mas penoso fuego
Sentirás, Anarda;
Porque á celos muere
Quien á celos mata.

XVIII.

Yo, verde mayo, me acuerdo
Cuando fuistes bien venido,

Y con auroras y flores
Tan galan como vos mismo.
De vuestros hielos se queja
El campo inutil y frio:
No hagais, mayo, novedades,
Y no tendreis enemigos.
Yo vi cuando conocian
Montes y campos floridos
En vuestros ardientes soles
La vecindad del estío.
Y ahora encogido y triste,
Cuando os toca por oficio
Vestir de flores las selvas,
Vestís de nieve los riscos.
Y vuestro rigor obliga
Que busquen los pajarillos
Mas defensas para el aire,
Mas plumas para su nido.
¡O qué burlados quedaron
Los que buscan ofendidos
De las injurias del año
El reparo y el abrigo!
Ni es razon que á los arroyos
Humildes y fugitivos,
Despues de prision tan larga
Les pongan segundos grillos.
¡O que bien entre las aves
Sonaron en los oidos
Las canciones de las fuentes
Y las voces de los rios!
Del mas dulce ruiseñor
Que alegre á buscaros vino,

Las mas amorosas voces
Ya son apenas suspiros.
Campos, arroyos y selvas,
Altos montes y sombríos
Os desconocen presente,
Y os buscan como perdido.
Volved, mayo, á lo que fuistes
En vuestros verdes principios:
Dejad á los meses locos
Nieves, furias y peligros.
Estos versos sin cantarlos
Lisardo á mayo le dijo,
Mirando montes de plata
De escarcha y nieve tejidos:
¿Quereis, verde mayo,
Galan florido,
O matar con hielos,
O morir con frios?
Vos que tantos tiempos
En vestir los campos
Liberal pusistes
La postrera mano;
Mirad que es engaño
Y error conocido
O matar con hielos,
O morir con frios.

DE D. FRANCISCO MANUEL. *

EPÍSTOLA.

Partístete á los campos de Castilla,
Amigo Licio, y con dolor dejaste
Todas las atenciones de la villa.
¿Qué mucho, si contigo te llevaste
A tí mismo, que llore tu partida
El aplauso comun á que faltaste?
Siéntola: mas mi pluma de advertida
El cuanto calla, mientras que te pide
Tu propio sentimiento por medida.
Tú, pues, si la memoria no lo impide,
No lo rehusa, por las mas costosas,
Que hoy mi dolor en tus ausencias mide.
Las musas olvidadas y dudosas,
Extrañando el silencio en que las tienes,
Te llaman por los campos querellosas,
Sin que puedan creer que los desdenes
A estaciones te lleven solitarias,
Bien que la paz del ánimo previenes.
Pues cuando las dolencias son contrarias
Del órden natural, no basta cierto
La virtud de triacas ordinarias.
Piérdese á veces en el manso puerto,
El bajel que escapó de la tormenta
Del fiero mar, con el costado abierto;

* Portugués: floreció en tiempo de Felipe IV y fue amigo de Quevedo.

Allá con el peligro se le aumenta
La vigilancia, acá con el reposo
El infiel descuido se acrecienta.
Tu leño, acostumbrado y cuidadoso
En la navegacion de tantos mares,
En el puerto le temo peligroso.
Y las robustas fuerzas singulares
Con que luchabas y te defendias
De la persecucion de los pesares,
¿Quién duda que de ociosas tantos dias,
Torpes un hora veas? que el sosiego
Destempla las mas altas osadías.
Nunca traidor ó pertinaz el fuego
Daña, si prende dentro del poblado,
A donde le castiga el agua luego;
Cuanto en la soledad y despoblado
Hace la libre llama de rüina,
Contra lo mas precioso y mas vedado,
No perdona á los años de la encina,
Ni lo sagrado del laurel respeta
A quien el alto Jove no fulmina.
Si arde en tí mesmo tu pasion secreta,
Que disimula tu interior halago,
Y á la vista no turba ni te inquieta;
Antes que humee tu escondido estrago,
Procura que lo apague la prudencia,
Deduciendo el suceso del amago.
¿Qué importa que se valga de la ausencia
Aquel que huye, si llevó consigo
El ídolo que el alma reverencia?
La fé no muda, pues del culto antigo
Viven en sus afectos las señales,

De que la oculta imagen es testigo.
Casi siempre se adoran inmortales
Las estatuas que forma la memoria,
Cuando el amor prepara los metales.
Yo juzgo por mi fábula tu historia;
Tambien yo padecí, tambien seguia
Esa, vana mil veces, vanagloria.
Tambien pasé de un dia en otro dia
Al hombro del engaño la esperanza,
Tras del bien que buscaba y mas me huía.
Tambien yo reconozco cuanto alcanza
Esa terrible rueda poderosa,
Que unos llaman fortuna, otros mudanza.
Tambien vi, como á veces ingeniosa
La voluntad, llegando al precipicio,
Se afirma en el peligro poderosa;
Como tal vez abriéndose un resquicio,
Queda mas fuerte el edificio, cuando
Su ruina esperaba el edificio.
Y entre afectos que anduve examinando
Busqué contra el amor en el destierro
El remedio tambien que hoy vas buscando.
Ausente amaba, y conocido el yerro,
Ya su industria desprecio, si es diamante
Tanto el amor como la ausencia es hierro.
Cuando en el alma llega á ser constante,
Y no produce amor ese accidente,
Jamas para gastalle fue bastante.
Si quieres tú que el ánimo doliente
Vuelva en aquella su primera esencia
De honesta libertad cumplidamente,
No te lo alcanzará, Licio, el ausencia:

Que es mas valiente la humildad cobarde
Que no la temeraria resistencia.
Vuélvete al fuego, que si á pausas arde,
Y si con nuevas ascuas no lo alientas,
Tu llama es fuerza que en morir mas tarde:
Licio, si osado, si constante intentas
Vengar tu libertad del dulce engaño,
Que no sé si le extingues ó acrecientas;
Prosigue un año á amor, que antes de un año
Él de su mismo fuego ha de encenderte
Aquella hermosa luz del desengaño.
Porque es sin contingencia acontecerte
Celos, ingratitudes, deslealtades,
Que son de amor la inevitable muerte.
Estos no pueden dar las soledades:
Que en fin, como traidores y asesinos
Viven con el tropel de las ciudades.
Ó si tambien con pensamientos dinos
No del amor, del tiempo te apartaste,
Por gozar en quietud todos divinos;
Si porque el premio, la virtud buscaste
Perdido de la corte en lo confuso,
Y al campo huyes porque no le hallaste;
Ó si cansado ya del mortal uso
De la lisonja que en las cortes mora,
Rehuyes con tu crédito á su abuso;
Ó si del falso oráculo que adora
Nuestra ciega ambicion haces desprecio
Cuando la voz comun le ruega y llora;
Si haces de sus respuestas el aprecio
Midiendo su dudosa certidumbre
Por lo que das por esa duda en precio;

Tente, no bajes de la altiva cumbre
Del próvido escarmiento al triste llano,
Ardido al rayo de engañosa lumbre.
Deja abrasar al ciego cortesano:
Y entre la boca y vaso del veneno
No interpongas el grito, no la mano.
Deja que en el intenso obscuro seno
Guarde todos sus áspides la envidia,
Haciendo propio mal del bien ageno.
Si destas vanidades se fastidia
Convalecido ya tu pensamiento,
De las fantasmas con que enfermo lidia,
No acuso tú retiro; antes tu intento
Fanal piadoso en noche oscura y grande
Será á la confusion de mi ardimiento.
Ama tu soledad, y deja que ande
Perdido el mundo; deja que le enmiende
Quien dejaron los hados que lo mande.
Incauta es la piedad del que pretende
En dulce puerto apenas escapado,
Donde ni el viento sopla ó mar ofende,
Por socorrer al leño fatigado
Arrojarse á las ondas del Egeo,
Habiendo su peligro antes probado.
Y no lo niego, que es ilustre empleo
Valer á todos: mas si el riesgo es mio,
Despeño y no valor será el deseo.
No porque en tu constancia no confio
Te acuerdo el precipicio á que nos lleva
Esta infidelidad del albedrío;
Antes á mis avisos se les deba,
Que á tu experiencia, escarmentando el gusto

Lo que con tantos ejemplares prueba.
  Y si con igual ánimo al injusto
Tiempo ves que no puedes dar remedio,
No forcejees al tiempo, que no es justo.
  La plaza que padece un duro asedio
De enemigo mortal, si se socorre,
Mas de la industria que de fuerza es medio.
  Cuando aquel rio impetuoso corre,
Cualquier facil peñasco le resiste;
Manso y contino vence al alta torre.
  Para mí todo el mundo en mí consiste,
Y en vano intento remediar al mundo
Si al mundo no remedio que en mí asiste.
  Tú primero, y primero sin segundo,
Secretario de Apolo en poesía,
A quien dictó lo grave y lo profundo;
  Si falta en persuadir la musa mia,
Manda tú persuadirte por tu musa
La fé de esta inmortal filosofia.
  Mi intencion inclinada á la confusa
Escuela de la cólera de Marte,
Tambien estos preceptos me rehusa.
  Y procede mi engaño con tal arte,
Que teniéndome ciego y sin aviso,
Me hace poner gran fuerza en avisarte.
  De los hombres error siempre preciso,
Ver el arista en los agenos ojos,
Quien la viga en los suyos ver no quiso.
  Mas bellos le parecen sus abrojos
Al rústico, que en fértiles jardines
Los blancos lirios y claveles rojos.
  Varios como los hombres son sus fines:

Uno vive al aplauso, otro al provecho;
No por el tiempo tú los examines.
Con esto pienso tengo satisfecho
La obligacion de epístola misiva,
Segun manda el poético derecho.
Ni me consiente que mas largo escriba
El confuso rüido, el sordo estruendo
Desta guerra mortal, cuanto es mas viva.
Porque, en este rincon donde escribiendo
Retirado te estoy estos renglones,
Le estoy al eco militar oyendo,
Que entre confusos diferentes sones,
A los castigos de la Celtiberia
Convoca nuestras bélicas legiones.
Ya partiremos, dándole materia
De lástimas al siglo, que presente
Con sangre escribirá tanta miseria.
Yo tambien al tropel de nuestra gente,
No menos ofendido que forzado,
Las huellas piso perezosamente.
No puedo resistirme, y voy llevado
Para ser instrumento del castigo,
Y voy á ser castigo y castigado.
Esta es en fin la relacion, amigo,
De mi fortuna, el juicio de tu suerte,
Que atento ofrezco, cuidadoso sigo;
Tal soy, tú lo verás, hasta la muerte.

DEL MISMO.

FRAGMENTOS DE OTRA EPÍSTOLA.

Dos plumas tengo, o Fabio, con que escribo
Una las burlas del amor tirano,
Otra las veras del discurso altivo.
  Ambas para escribir tentó hoy la mano:
La prudente escogí, bien que la envidia
Del amor procuró trocarla en vano.
  Ya tanta burla, amigo, me fastidia,
Que si un favorecido se disgusta,
¿Qué hará quien siempre con desdenes lidia?
  Hice promesa de escribirte justa:
En avisos la cumplo, no en novelas,
Lecion que á mugeril genio se ajusta.
  Demos versos al viento en vez de velas,
Bien que tú á vista de este idioma extraño
Las letras temerás como cautelas.
  ¡O Fabio! no es cautela ni es engaño,
Pero importa pedir lengua prestada
Al que quisiere hablar un desengaño.

. . . .

  Hoy deseo dejar la amiga tierra
Por el airado mar: pero mañana
Vender la paz para comprar la guerra.
  Enfádame la vida cortesana,
Y en lo sagrado de los montes quiero
Hacer robusta mi esperanza vana.
  Cíñase cada cual luciente acero,
Vístase cada cual fino diamante,

Fínjase cada cual Marte severo.
  Pase toda la vida navegante,
De los angostos términos de un pino
Apenas morador, ya naufragante.
  Pise incauto las ondas peregrino,
Y de cuantos ancones el mar tiene
La figura traslade al pergamino.
  Cánsese el pretendiente á quien mantiene
La ambigua explicacion de la palabra,
Que las postreras lástimas previene;
  Labre, cual el gusano en hilos labra,
Su muerte infiel, su infame sepultura,
Donde á ninguna voz sus losas abra.
  Busque esotro la suerte y la ventura
En el ocio, y la llame medianía
Sin advertir que á extremos la procura.
  El otro se consuma noche y dia
Por concertar del mundo los estados,
Filosofando atroz filosofía.
  Hércules nuevo aquel de los cuidados
Del viejo Atlante, tome por su cuenta
El peso de los cuerdos magistrados.
  Ó caze, ó pesque la ambicion sedienta
Los gruesos bosques y opulentos mares,
Del que á Epicuro el séquito acrecienta;
  Aras levante, y constituya altares
A Venus Pafia quien su ley venera,
Confundiendo deleites y pesares;
  Derrame astuta venenosa fiera
El pestífero humor sobre la fuente
A donde bebe la virtud sincera;
  Míentras yo, por vivir honestamente,

Busco, huyendo las leyes ya olvidadas,
Sencillo estudio de la antigua gente;
  Digo las soledades no alteradas
Del tráfago del vulgo sedicioso,
Ni del marcial estruendo profanadas;
  Patria segura del comun reposo,
Tesoro universal de desengaños,
Sagrado contra el tiempo riguroso:
  Ciudad de quien son muros los castaños,
Las copadas encinas torreones,
Firmes á los combates de los años:
  Calles que no pasean sinrazones,
Plazas jamas pisadas de malicia,
Puertas nunca llamadas de traiciones:
  Corte siempre distante á la codicia,
Donde es plata la paz, oro el sosiego,
Que la soberbia ignora y la avaricia.
  ¡O bienaventurado aquel que luego
Sacrificar te pudo la presencia,
Sin ofrecer la víctima del ruego!
  ¡O si fueras quietud de la pendencia
Que dentro en mí disponen mis cuidados,
Rebeldes á razon y á residencia!
  Entonces, cuantos dias engañados
Pasé sin cuento, en años los volviera,
Todos vividos, todos bien logrados.
  Al mundo, al mar por señas conociera,
Y las distancias de la mar y el mundo
A dos próximas tapias redujera;
  Y con desprecio, ó bárbaro, ó profundo,
Por el sayal pacífico trocára
El hábito de Marte furibundo.

Cada arroyo oceáno contemplara,
Y en firme puente embarcacion segura,
Fuera de éste á aquel márgen la mas rara.
Cortára por mi mano mi ventura,
Y único de los cielos pretendiente
Cortejára la rústica espesura.
En junio entonces claro, en julio ardiente,
Vueltas ya frutas las primeras flores,
Sombra me diera el bosque, agua la fuente.

. . . .

No por bocas de hierro al duro monte
El censo le pidiera de animales,
Atronando el pacífico horizonte.
Ni con red engañosa los cristales
Claros quebrára de los mansos ríos,
Prendiéndoles sus simples naturales.
Y aun temiendo de amor los desvaríos
Jamás otras entenas le fiara
Por no volver á dar en sus bajíos.
Solo la blanca aurora enamorára,
Y, en su contemplacion todo elevado,
Ni por Céfalo entonces me trocára.
No pisára el umbral de mi cuidado
La malicia, de sátira vestida,
De mi pluma y mi boca todo honrado.
¡O vida dulcemente apetecida,
Dentro de cuyos límites se vive
Todo cuanto los cielos dan de vida!

. . . .

¿Qué importa ya que el pecho en valor arda,
Si nuestra edad hoy juzga por locura
Lo mesmo que antes era accion gallarda?

El entregar la vida á la ventura,
Trocar la gala de la seda blanda
Por la jerga feroz del armadura;
Las regaladas sábanas de holanda
Convertir en los céspedes agudos
Donde el desvelo de las armas anda;
En fin, los pasos de la guerra crudos
Fueron solo pagados y queridos
En tiempo de Pelayos y Bermudos.
El aire de los siglos corrompidos
No respeta el laurel en los honrados,
Como adora la palma en los validos.
Romper los senos de la mar airados
Es fatiga del ánimo infamada,
Si de Colcos volvisteis despojados.
Vale una pluma mas que no una espada;
Espada á veces que mas vidas corta,
Que del Cid la tizona celebrada.
No tanto á Silio crédito le importa
El Marcio campo, cuanto del ministro
La leve seña ó la palabra corta.
De la gracia imperial se hace registro,
Quien se la hurta mas que se la adora;
Dolor universal del Tajo al Istro.
Valía es mas que no valer agora:
Mas, porque siempre sirve la valía,
Y el valor solo sirve para un hora.
Valida la lisonja y la porfía
Emprenden de los premios coronarse
Propio de la paciencia y la osadía.
Dicha siempre del vicio fue llevarse
La honra á la virtud, y siempre usado,

Porque es grande el servicio, castigarse.
¿Quién vió jamas un necio desdichado?
¿Quién sin empleo vió jamas indino?
¿Quién jamas al honrado ha visto honrado?
Costumbre fue del mundo ó desatino
Trocar las señas: propia al caballero
Es la espada, el bordon al peregrino.
Que venza Aquiles, que le cante Homero,
¿Quién se lo acusa? Mas Sardanapálo
¿Por qué tendrá cronista lisongero?
Tenga el siglo por malo lo que es malo,
Pues de lo que es virtud á lo que es vicio
Es cuasi inmensurable el intervalo.
Llámese maleficio el maleficio,
Que en llamar desventura á la bajeza
Escándalo se vuelve el beneficio.
Pero mi pluma llena de rudeza
¿Qué intenta? ¿prevenir las magestades
Donde todo es igual con la grandeza?
Sí, que á todo se atreven las verdades,
Y al mas excelso trono estas envian
Celosas que no libres sequedades.
Las yedras, que humilísimas vestian
Los rudos miembros de algun tronco anciano
Que entre sus hojas pobres escondian,
Cuando á sus propias hojas dió la mano
La cortés vecindad del alto muro,
Suben al capitel mas soberano.
Yo no procuré toga, ni procuro
La cívica mural, porque antes creo
Cuanto es del ocio el fruto mas seguro.
De lo que escucho escribo y lo que veo;

Y cuando el celo á naufragar me obligue,
No á sola mi intencion hundió el Egeo.
Ó se embravezca mas, ó se mitigue
La cólera de Marte ó de Neptuno,
La ignorancia desprecie ó la castigue.
¿Qué voz fatal no ha sido eco importuno?
Ciega, y mas para sí, el entendimiento
De mas ojos que lleva ave de Juno.
Fabio, si me leyeres descontento
Páramos hallarás si mas amigo,
De cada flor brotando un escarmiento.
Nunca lo deleitoso, lo util sigo,
Cuando te escribo ó cuando te aconsejo,
Cuando te persuado y te averiguo.
Niño es amor, mas tiene como viejo
La profunda experiencia á que provoca
Los aciertos de un ánimo perplejo.
Prerogativa que altamente toca
A la verdad, que tiene de excelencia
Dar virtud, no tomalla de la boca.
Hago de mis principios grande ausencia.
No sé qué vanidad tiene la pluma,
Que remeda del cetro la eminencia.
Veo que escribo ley sobre la espuma:
Mas esta vana gloria de escribilla
Me fuerza á que obediencias le presuma.
¿Quién tal cosecha espera á tal semilla?
¡Coger Licurgos y plantar Marones,
Y del pobre bufete hacer real silla!
Mas ¿quién duda que de entre las canciones
Salga Mercurio? pues que la armonía
Mas eficacia adquiere á las razones.

Aquel que inexpugnó Tebas un dia,
Que artífice su voz y su instrumento
Desatados los cerros conducia;
Geroglífico fue del pensamiento,
Donde Grecia mostró que la blandura
Fuerzas al ruego da de mandamiento.

DEL MISMO.

SONETO I.

A un sujeto maltratado de un ministro.

No es tiranía, Fabio, esa que emprende
El fiero monstruo que adorar solias,
Cuando aspirante á mas que idolatrias
Hoy con tu mesma ceguedad se ofende.
Ni el fuego que en el ánimo se enciende,
Sobre quien arden esperanzas frias,
Se paga del vapor, ni á los que envias
Injustos votos, su altivez atiende.
No por desgracia, por piedad lo cuenta;
¡O desprecio á mas luces venerable,
Padre del desengaño siempre justo!
Deja que gima lastimado el gusto,
Y en lugar de aquel ídolo execrable
Adora por tu ídolo tu afrenta.

SONETO II.

Semejanza dè los tiempos.

Fabio, si tú has topado un nuevo mundo,
Nuevo Colon, sin penetrar su daño,
No solo yo disculparé tu engaño,
Mas sulcaré su piélago profundo.
Mas, si como el primero es el segundo,
Tan vario, tan confuso y tan estraño:
Antes quiero habitar mi desengaño
En que el remedio de mis males fundo.
Si en este amaneciese un justo dia
A la virtud de gloria y alabanza,
Y á la culpa de afrenta y vituperio;
Yo sus vultos tambien adoraria;
Mas, ¿cual razon no huye á la esperanza,
Que lo mas que promete es cautiverio?

DEL MISMO.

LETRAS PARA CANTAR.

I.

¿Qué me pides, zagal, que te cuente
Del verde consorcio que ayer tarde ví,
Si no han vuelto hasta agora los ojos,
Que todos llevaron los novios tras sí?
Una tarde, que el bien viene tarde,
De un mes que se llama el mes de abril,

Cata aquí que se rompen los cielos,
Y mandan al sol de tarde salir,
Dividido en dos resplandores
A quien amor jura que presto ha de unir,
Por formar de los dos una estrella
De rayos tan bellos que valga por mil.
La hermosura y la gala, que vanas
Entraron, salieron corridas de allí,
De mirar que las ganan por mano
Bellezas y aseos que caen por ahí.
Cuenta el aire que cuando florido
Se quiso á sus pies airoso esparcir,
Mejor aire y mas flores le esparcen
Su paso gallardo, su planta gentil.
La ribera de Alcántara hermosa,
Vestida cambrai en vez de tabí,
Para fuente le ofrece sus fuentes,
Le presta sus aguas para aguamanil.
Hanme dicho que el cura discreto,
Tomando á los novios sus manos de lis,
Cuando el pueblo pensó los ataba,
Hizo un ramillete de rosa y jazmin.
Los cordones tejió de las telas,
Que dentro del alma se suelen urdir;
Que son telas que el tiempo no gasta,
Y cuanto mas duran mas suelen servir.
Los padrinos dijeron entonces:
Pues dentro de un año habeis de pedir
Que al bateo volvamos galanes,
Par Dios, pues lo estamos, quedemos aquí.
Ya con risa pregunta á lo zaino
El cura á los novios si dicen que sí;

Y responden haciéndose rojos,
Que en lengua de novios *sí* quiere decir.

II.

Aura fresca, aura volante
Que en el aire andas vagando;
Y viciosa y murmurante
Vas con las ramas jugando;
Mientras te digo mi duelo,
¡Ay! afirma, afirma el vuelo.
A vos digo, aura piadosa,
Que esotra piedad no siente;
Con vos hablo, aura amorosa,
Que ella rie al lloro ardiente:
Pues si os doleis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros.
Aura, pues, volando andad
A aquella que me enamora;
Suspirando la contad
Cuanto mal dentro en mí mora;
Y con llorosos acentos
Incitareis mis lamentos.
Y pues con soplos lascivos
Revolveis su pelo de oro,
Y los anillos mas vivos
Hurtais del bello tesoro;
Soltad el lazo dorado
Que ha mi corazon atado.
Si con dulces ventezuelos
Girais su bello semblante;
El ardor de sus ojuelos

Templad siquiera un instante:
Que sus bellos rayos rojos
Ni aun templados arden flojos.

III.

¿A donde te partes, dulce mi enemigo,
Que nunca te afliges con ir y volverte?
Si es bien que no quieres llevarme contigo,
Mis ojos por eso no habrán de perderte.
¿Tan mal te agasajo, dulce pensamiento,
Que donde naciste tan presto te partes?
Y al cabo, ¿qué alcanzas en tu movimiento,
Si el bien me le robas y el mal me repartes?
¿Qué buscas venturas, probando rigores,
En todas regiones que pisan tus pasos?
¿No sabes, no lloras que son los amores
Comenzando largos, acabando escasos?
Antes del peligro saber ser osado
Inculca constancia, noble, alto desprecio;
Mas, despues de visto seguirle obstinado,
En vez de constante, empresa es de necio.

DEL LICENCIADO DUEÑAS. *

CANCION.

Quedó conmigo ayer una pastora,
Mas no quedó, que fuese la perjura,
Aunque está siempre escrita su figura
En lo mejor del alma que la adora:
Quedó la engañadora
Que antes que en todo el suelo
La noche con su vuelo
Hiciese de un color todas las cosas,
Que mis ansias rabiosas curaria:
Y siendo ayer aun no ha llegado el dia.
No tiene muerte amor entre sus muertes,
Ni pena mas cruel entre sus penas,
Ni en las mortales ansias y terrenas
Hay ningunas mas recias ni mas fuertes.
Si hubiera de echar suertes,
Yo primero escogiera
Muerte sangrienta y fiera,
Que un rabioso tardar de una pastora,
Que me señala un hora para verme,
Y mil para matarme y deshacerme.
Conmigo concertó que ayer vendria
Al soto de las hayas mas espesas;
Pero llevóse el viento sus promesas,
Y su palabra y la esperanza mia.
Quizás el dulce dia

* Autor desconocido.

Que dijo no ha llegado,
Que yo en tiniebla he estado
Despues acá, y en noche eterna muero.
Ver ya el dia no espero para siempre,
Pues para mí se ha vuelto noche siempre
Por los ojos de entrambos falsamente
Juró que su palabra cumpliria;
Y con falsar la fe que dado habia
Quedó su vista mas resplandeciente.
Quedáronle en su frente
Cual soles soberanos
Los verdes ojos sanos;
Y para que yo al fin sin culpa mia
Pague su alevosía y desvarios,
Quedáronme doliendo á mí los mios.
Quedáronme doliendo los mis ojos:
Y mas me duele el corazon cuitado,
De esperanza y de amor tan despojado,
Cuan lleno de fatigas y de enojos;
Las flores son abrojos,
Campal batalla el lecho:
No está amor satisfecho
Pues dormir no me deja ni un instante:
Quien piensa que el amante á dormir viene,
Tal sueño le dé Dios cual él lo tiene.
La principal razon y fundamento
Porque de ella fié todo mi amparo,
Fue por saber que es diosa, y saber claro
Que no entró en diosas arrepentimiento:
Mas ya este pensamiento
Me ha metido en mi daño,
Ya vino el desengaño:

Sé que es mortal lo que saber no pude,
Y es campo que no acude al que lo siembra,
Y por cifrarlo en breve sé que es hembra.
Aunque no es cuerdo el que en mugeres fia,
Como hombre y amante le di crédito:
Mas cual muger pagó el tributo y rédito
Que al ser que tiene de muger debia,
En quien alevosía
Se halla por firmeza,
Y por piedad dureza:
Y aunque siempre al autor liga la culpa,
Y aunque amor me disculpa y la condena,
Ella tiene la culpa, yo la pena.
Cancion, ya no te quejes de mugeres;
Y si quejarte quieres,
Forma de mí querellas
Porque me fié de ellas:
Que entonces la muger es buena cierto,
Cuando es mala y perversa al descubierto.

DE DIEGO MEJIA. *

EPÍSTOLA

Traducida de Ovidio.

SAFO Á FAON.

¿Por ventura, Faon, luego que abriste
Mi carta, en ver su letra artificiosa,
Por mia la juzgaste y la tuviste?
¿Por ventura mostrárase dudosa
Tu mente en vacilar quien te escribia,
Si no vieras mi firma dolorosa?
Preguntarás que si la musa mia
Ha siempre versos líricos cantado,
¿Por qué la que te escribo es elegía?
¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado
En tu pecho cruel, y en este punto
De mí ha de ser su tránsito llorado.
Y porque el verso al dolorido asunto
De hoy mas responda, escojo el lamentable,
Que el lírico no es verso de difunto.
Abrásome en incendio irremediable,
Cual arde el campo donde el fuego emprende
Si sopla el sordo viento incontrastable.
La seca parva con furor se enciende,

* Sevillano: floreció á principios del siglo XVII: tradujo las Heroidas y el Ibis de Ovidio, y las publicó con el título de *Parnaso antártico.*

La llama excede al resplandor febeo:
Tal es el fuego que á mi pecho ofende.
Allá habita Faon, donde á Tifeo
Etna con fuego y sempiterna brasa
Oprime y quema el cuerpo giganteo.
Pero con mas ardor y mas sin tasa
Que si estuviera en Etna y sus fogones
El iracundo amor mi pecho abrasa.
No se me ofrecen versos ni canciones
Para poner en dulces instrumentos,
Que es lo que alegra tristes corazones.
Que el componer y el entonar acentos
Son ejercicios y obras virtuosas
De entendimientos libres y contentos.
Ya me son las Piérides odiosas,
Ya huyo de las Dríadas doncellas,
Solo me ocupo en quejas amorosas.
Amithon, Cidno y Atis, mozas bellas,
Son viles á quien tanto las queria,
Ni las quiero hablar ni puedo vellas.
Y otras ciento que, cuando Dios queria,
Por sola su virtud y compostura
Gustaba de tener su compañía.
Mira, Faon, si es mucha tu ventura,
Pues el amor que á tantas he quitado,
Le he puesto en tu divina hermosura.
Tienes el rostro bello y delicado,
Tienes edad á gustos conveniente:
¡O rostro que has mi vista emponzoñado!
Coge la lira y toca dulcemente,
La aljaba toma, y te veremos hecho
Un nuevo Apolo en música y valiente.

Ponte aquella señal que á mi despecho
Me pones, serás Baco, y en belleza
Al uno y otro dejarás deshecho:
Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza,
Y Baco amó á la Gnósida Ariana,
Siendo dioses los dos de suma alteza.
Y aunque fue su belleza soberana,
No alcanzaron el don de poesía,
Ni aquel licor que en el Parnaso mana.
A mí la Pegaséa compañía
Me dicta versos, y ando ya mi nombre
Por cuanto abrasa el sol y el mar enfría.
Ni tiene mas honor, ni mas renombre
Alceo el Mitileno y celebrado
Aunque mas con su verso al mundo asombre.
Si la naturaleza me ha negado
Rostro elegante, forma y estatura;
No tengo culpa, yo no me he criado.
Yo suplo aqueste yerro de natura
Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta,
Y la virtud excede á la hermosura.
No altivo me desprecies; que si tanta
Es esta pequeñez en que me veo,
Mi fama hasta los cielos se levanta.
Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo
Agradó siendo negra de Etiópia,
Que no por ser moreno un rostro es feo.
Verás que es cosa natural y propia
Unirse con palomas variadas
Blancos palomos, y esto en mucha copia.
Tambien las tortolillas son amadas
De verdes papagayos; ni fortuna

Tiene á las damas negras olvidadas.
  Si no te ha de gozar dama ninguna
Sino es la que igualare á tu belleza,
No te habrá de gozar muger alguna.
  Cuando tú me subiste á tanta alteza
Que me elegiste, hermosa me juzgaste;
No viste escoria, todo fué fineza.
  Que á mí sola amarias me juraste,
Juraste que yo sola te agradaba,
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.
  Por tu gusto me acuerdo que cantaba,
Que nada al que es amante se le olvida,
Y con el dulce canto te elevaba.
  Era de tí mi voz interrumpida
Por me besar, queriendo de mi boca
Hurtarme la cancion aun no nacida.
  Ahora ¡ay rabia que me vuelve loca!
Tienes por tuyas muchas damas bellas
Allá en Sicilia cuyo amor te toca.
  ¿Qué me detengo aquí sin ir á vellas?
Quédese Lesbos: si en Sicilia hay diosas,
Siciliana yo quiero ser con ellas.
  Señoras y matronas venturosas
A quien el cielo da por patrio nido
De Nesa las ciudades poderosas;
  No doreis el error que he cometido,
Diciendo que á un extraño de mi tierra
Le dí mi fé, no siendo conocido.
  Guardaos no siembre en vuestras almas guerra
Este traidor con los embustes raros
Que en la blandura de su lengua encierra.
  Cuanto os dice y dirá por engañaros

Tanto me dijo ¡ay mísera! primero,
Y como á mí me olvida ha de olvidaros.
Tú, célebre Ericina, que el tercero
Círculo habitas, y eres venerada
De los Sicanos con amor sincero;
Mira por tu poeta desdichada:
Dame consejo, Diosa, en esta pena:
Socorre á un alma triste enamorada.
Fortuna, que jamas me ha sido buena,
¿Prosigue por ventura aquel tormento
Que desde el punto que nací me ordena?
¿Ha de permanecer su duro intento?
¿Siempre en mi daño el tiempo está fijado,
Siendo su natural el movimiento?
A seis años de edad no hube llegado,
Cuando ya con mis lágrimas habia
Las cenizas paternas rociado.
Mi hermano el patrimonio que tenia
Consumió regalando á una ramera,
Eu cuyo amor el miserable ardia.
Mil daños, bien indinos de quien era,
Granjeó con afrenta miserable:
Que de servir al mundo esto se espera.
Y agora pobre, humilde, insaturable,
Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar dudoso incontrastable.
Con mal medio procura la riqueza
Que con mal medio disipó el insano,
Dándose torpemente á su torpeza.
Y á mí porque le dí, como á mi hermano,
Consejos saludables, me aborrece:
Que no quiere consejos el liviano.

Esta es la utilidad que se recrece
A aquella que en amalle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.
Y como si faltase que le duela
Al corazon, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo pequeñuela.
Tú agora á mis tormentos y afliciones
Te añades, y entre todos tienes palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.
¿Por ventura mi nave, que es el alma,
No terná un viento favorable y bello,
Para no estar en sempiterna calma?
Mira esparcido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni órden elegante,
Mi crespo, largo y nítido cabello.
Ni mis dedos adorno como amante
Por demostrar que un disfavor me agravia,
Con el rubí, crisólito ó diamante.
Vilmente visto; mi ornamento es rabia,
Ni enlazo mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Arabia.
Mas, ¿para quién sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? y ¿á quién ¡ay triste!
Procuraré agradar con mi tesoro?
¿Qué galas me porné, si en quien consiste
Mi gusto, vive ausente y me desama,
Y de tristeza y de dolor me viste?
Mi tierno corazon, que en fin soy dama,
Es herido y quemado en horno ardiente
De veloz flecha y de ligera llama.
Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la causa vive y va en aumento,

Para penar y amar eternamente.
Ó fue que en mi infelice nacimiento
Las parcas por su ley me condenaron
A amarte siempre y á sufrir tormento:
Ó el aspa donde el hilo devanaron
De mi vida, si es vida la que es muerte,
De dura pertinacia la formaron:
Ó la costumbre larga de quererte,
Descansando en la escuela de Cupido,
En mi naturaleza se convierte.
Hame Talía el alma enternecido,
De suerte que no tengo fortaleza
Para librar del fuego á mi sentido.
Y ¿qué mucho que tenga esta flaqueza,
Si cuando te apuntaba el primer bozo
Me sujetó y robó tu gran belleza?
¿Qué maravilla me rindiese un mozo
Que á los varones sujetar pudiera
Con se adornar de femenil rebozo?
¡O tú que eres de Apolo mensagera!
¿Cuantas veces temí que me hurtáras
Este mancebo, porque yo muriera?
Y entiendo, bella Aurora, le robáras;
Mas á tu intento Céfalo repuna
Cuyas conversaciones te son caras.
Faon, pues si te alcanza á ver la luna
Querrá que siempre duermas por besarte:
Mas védalo su amante y la fortuna.
Venus tambien quisiera arrebatarte
En carro de marfil allá en su cielo;
Mas vé que es justo complacer á Marte.
¡O tú que eres la gloria de este suelo

Y del presente siglo la hermosura,
Y de mi triste espíritu el consuelo:
  Tú que aun no llegas á la edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deleites y dulzura!
  Ven, torna, vuelve á mí, jóven hermoso;
Basta la grave ausencia que he pasado,
Vuelve á mi seno, toma en él reposo.
  No te quiero rogar desamorado
Que tú me quieras: lo que yo pretendo
Es que solo consientas ser amado.
  Escribo, y mientras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.
  Contempla cuantas manchas y borrones
Lleva ésta carta miserable mia,
Pues tiene mas que versos y diciones.
  Si queriendo dejar mi compañía
Estabas cierta de irte, bien hicieras
Si usáras de modestia y cortesía.
  Fuera razon de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abomináras,
Moza de Lesbos, queda á Dios, dijeras.
  Que en fin algunas lágrimas lleváras
Que derramára allí mi sentimiento,
Y algun abrazo y beso granjeáras.
  Yo nunca recelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento.
  Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosía,
Que has hecho en me dejar como enemigo.

Ni menos tú llevaste prenda mia,
Que en verla te sirviera de retrato
De esta que el tuyo adora noche y dia.
Ninguna ley te dí, ningun mandato,
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí no te olvidáras como ingrato.
Júrote por la fuerza y vehemencia
De este mi amor, que ni dejar procuro
Ni él se puede apartar de mi presencia:
Por las nueve Libétrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste,
Y yo venero y agradar procuro,
Que cuando no sé quien me dijo ¡ay triste!
Tu bien se vá, tu gloria es eclipsada,
Hoy tu contento y tu Faon perdiste,
Así quedé en peñasco transformada
Qúe ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.
Suspendióse en mis ojos la avenida
De lágrimas; la lengua perdió el brio,
Y al muerto paladar se quedó asida.
El amoroso ardor del pecho mio
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frio.
Mas, despues que el dolor se fue aplacando,
Despues que el cuerpo helado mas que roca
Fue su calor y espíritu cobrando;
Rasgué mi pecho á golpes como loca:
Meséme, y sin mirar lo que debiera;
Bramé, grité, desenfrené la boca.
Y esto no de otra suerte, que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pia,

Del hijo recien muerto á la hoguera.
  Mi mal hermano, viendo mi agonía,
Se goza, regocija y se recrea,
Y aumenta con mi pena su alegría.
  Delante de mis ojos se pasea,
Que, porque su presencia me es odiosa,
Quiere que á mi pesar le hable y le vea.
  Tambien porque la causa vergonzosa
De mi dolor al mundo esté patente,
Me dice con voz grave y desdeñosa:
  ¿Qué pena, qué tristeza, qué acidente
Puede afligirte si tu Cleis es viva,
No solo viva, mas ni está doliente?
  Todo el mundo miraba mi excesiva
Angustia y mi vestido descompuesto,
Y el pecho al aire do tu amor estriba.
  Que no puede el amor que es deshonesto
Con la vergüenza estar acompañado,
Y lidian entre sí torpe y honesto.
  Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,
Y mis sueños así te representan
Como si no te hubieras ausentado:
  Y porque en estos sueños se alimentan
Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,
Que los rayos del sol que la ahuyentan.
  Que aunque del mar la inmensa pesadumbre
Te escondió, y aunque vivas de mí ausente
En las faldas del Etna ó en su cumbre;
  En sueños cada noche estás presente:
Allí te hablo y miro tu figura,
Y allí te abrazo y toco dulcemente.
  Mas, tiene una gran falta esta dulzura,

Que en fin como es de sueño es abreviada,
Y lo que es falso y vano poco dura.
Imagino tal vez que reclinada
En tus brazos estoy, y algunas pienso
Que mi brazo te sirve de almohada.
Tal vez. . . mas ¿para qué tan por estenso
Quiero contar lo que contado ofende
A mi sensualidad pagando el censo?
Ya en esto alegra, ilustra, aclara, enciende
Titan el aire, y muéstrase al instante
La luz, y cuanto el mundo comprehende.
Huye mi sueño y húyese mi amante,
Y agráviome de ver tan presto huyan
Siéndome su vision tan importante.
Y temiendo estas ansias me destruyan
Visito el bosque y una y otra cueva,
Y pido que á Faon me restituyan.
Como si el bosque á compasion se mueva:
Como si aquellas cóncavas sonoras
Conozcan el ardor que á mí me lleva.
Mas pídoles favor como á fautoras
Que fueron de mis gustos algun dia,
Siendo de mis deleites sabidoras.
Furiosa voy á do el furor me guia,
Pobre de entendimiento y desgreñada,
Manifestando así la rabia mia.
No menos que si fuera enhechizada
De la infernal Ericto, maga astuta,
Por sus encantos fuertes celebrada
Aqui miro una cueva, allí una gruta,
Ya me suspendo allí y aquí me paro,
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.

Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.
Andando estos boscages montuosos,
Llego á la selva que sirvió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos,
Y en muchas siestas cuando el sol asombra
Nos recogió con regocijo y fiesta
En su copada y agradable sombra.
Mas, aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mí señor trocado,
Que es tambien el señor de la floresta.
Y asi me es vil, humilde y desechado
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.
Hallé todas las flores de este asiento
Selladas de tu huella conocida,
Para recordacion de mi tormento.
La tierna yerbezuela ví oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.
Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé, donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.
Y la yerba, que entonces fue agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riega con mi llanto miserable.
Los árboles tambien, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto,
Despidiendo de sí sus verdes hojas.
Las aves enmudecen, y entre tanto
Que en aquel bosque mi clamor se siente,

Suspenden todas su apacible canto.
  El ave Daulia llora solamente
Al hijo, y de no haber primero muerto
A su marido pérfido, insolente.
  A Itis llora Progne en el desierto,
Y Safo llora y gime sus amores,
Y asi está el bosque de dolor cubierto.
  Tantos son los sollozos y clamores
Que todo se suspende y todo para,
Como en la media noche los rumores.
  Aquí nace una fuente dulce y clara,
De tal diafanidad alabastrina,
Que excede al rio cuya linfa es rara.
  Muchos en esta fuente cristalina,
Viendo su magestad y que es tan bella,
Entienden que hay deidad santa y divina.
  Hácele sombra, extiéndese sobre ella
El árbol que fue ninfa y fue hermosa,
Y agora es tronco la que fue doncella.
  Al rededor la tierra está viciosa,
Aquí está el lilio y el jazmin preciado,
Allí el clavel y la purpúrea rosa.
  Aquí, como inclinase el fatigado
Cuerpo, y rindiese al sueño favorable
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;
  Luego un mancebo de beldad notable
En mi presencia apareció, mostrando
Su blanco rostro bello y agradable.
  Díjome: ¡o Safo! pues te estás quemando
En desigual ardor, y en esta guerra
Has de morir sin premio peleando;
  Conviene vayas á la Ambracia tierra;

Que es en Épiro, y busca el monte santo
Donde de Febo un templo la ara encierra:
Desde su cumbre se divisa cuanto
El mar Acteo ó el Leucadio baña,
En sus faldas hiriendo con espanto.
De aquí te arroja, y esa brasa extraña
Se apagará que impide tu reposo,
Ganando prez y honor con tal hazaña.
De aquí se arrojó al mar el animoso
Deucalion, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.
Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ageno:
Que nada hay á los dioses imposible.
Luego pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalion libre se via
Del fuego de Cupido y su veneno.
Esta es la misma ley que guarda hoy dia
Este lugar: no temas arrojarte,
Pues que tu bien consiste en la osadía."
Dijo: y diciendo con su voz se parte,
Y yo asombrada de estas maravillas
Me levanté mirando á toda parte.
Mis lágrimas regaron mis mejillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras,
Y á desecar las verdes florecillas.
¡O tú cualquiera que mi bien procuras,
Yo buscaré el peñasco revelado
Pues tanto bien si salto me aseguras!
Cualquier temor, cualquiera miedo helado
Huya de mí: si amedrentarme quiere,
Triunfe el insano amor desvariado.

Cualquier suceso ó fin que no tuviere
Será mejor, que el insufrible exceso
Del mal que sufre la que pena y muere.
Yo volaré mas leve que mi seso;
Los vientos me serán firmes escalas,
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.
Tú, tierno amor, de cuantas obras malas
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,
Préstame agora tus veloces alas:
Siquiera porque infame con mi muerte
No quede el mar Leucadio, y de esta historia
No puedan acusarte y convencerte.
Si esto consigo, en muestras de victoria
Será á Febo mi cítara ofrecida,
Y estos versos que guarden mi memoria;
"La poetisa Safo agradecida
Te ofrece la vihuela, o santo Febo,
Que á tí y á sí, y á entrambos es debida."
Pero, ¿por qué razon, noble mancebo
Quieres en ese mar precipitarme,
Donde seré quizá á los peces cebo?
Tú puedes de este daño rescatarme,
Volviendo á mí la planta fugitiva
Que ha sido tan veloz para dejarme.
Faon, si gustas que tu Safo viva,
Mas saludable me serás si quieres
Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.
Seráme tu presencia si vinieres
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
Y envidiaránme todas las mugeres.
Dí, mas sordo y feroz que la fiereza
De los peñascos, rígido, inhumano,

Mas que el furioso mar y su braveza;
Dime, ¿podrás, si muero, estar ufano
Con esta muerte? ¿tan enorme hecho
Podráte dar renombre soberano?
¡Ay, cuanto mejor fuera que mi pecho
Se uniera con el tuyo, que con peñas
De cuyo encuentro quedará deshecho!
El cuerpo, el pecho, el rostro que desdeñas,
Los mismos son, Faon, que tú alababas,
Los mismos que gozaste entre las breñas.
Los mismos miembros son que exagerabas;
La misma soy: mi ciencia es tan profunda
Como lo fué en el tiempo que me amabas:
Solo quisiera agora ser facunda
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,
Que en ódio y desamor se arraiga y funda.
Mas el dolor así me liga y ata,
Que el ingenio se ofusca con mis males,
Y el cielo me confunde y desbarata.
Las fuerzas de mi pluma no son tales:
Mi agravio y tu maldad la han hecho ruda
Robando sus espíritus vitales.
En el instante que faltó tu ayuda
Con el dolor el plectro está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.
¡O isleñas damas! si os habeis casado,
Ó que no lo seais, pues me escuchastes,
Escuchadme en el fin desesperado.
Mozas de Lesbos, las que me incitastes
A amar y á ser amada torpemente,
Oid agora á la que tanto amastes.
No vengais á escuchar mi voz doliente:

Que en cuanto escribo, taño, canto y digo,
Ya mi vena ha perdido su torrente.
  Aquel Faon, mi pérfido enemigo,
Huyendo de mi vista desgraciada,
Todas mis gracias se llevó consigo.
  Aquel Faon que ha poco ¡ay desdichada!
Que pude llamar mio, y que barrunto
Que el alma que me dió la tiene dada;
  Haced que vuelva á mí, y en ese punto
Vuestra poeta mísera y marchita,
Volverá al metro, al canto y contrapunto.
  Que como en mí Faon se deposita,
Mi alma y mi saber está en sus mamos:
Él da al ingenio fuerza y él la quita.
  Mas, ¿para qué me canso en ruegos vanos?
¿Puede moverse un corazon de fiera?
¿Reina clemencia en pechos de villanos?
  ¿No echo triste de ver que la ligera
Y presta escuadra de veloces vientos
Lleva mis ruegos y tu fe primera?
  Quisiera ya, pues lleva mis lamentos,
En retorno trujeran tu navío,
Para que diera fin á mis tormentos.
  Y este retorno saludable y pio,
Honroso te era, justo y conveniente
Si supieras pesar el daño mio.
  Pero si has puesto en la amorosa mente
La vuelta, y en la popa de tu nave
Tienes el don votivo ya presente:
  ¿Para qué rasgas con tardanza grave
Un tierno corazon que no reposa?
¿Por qué no vuelas convertido en ave?

Alza las anclas, que de amor la diosa
Nació en el mar, y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.
Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará: coge al momento
Las anclas, corta el golfo Neptunino.
Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanca mano,
Cogiéndolas ya surto en salvamento.
Pero si te parece que es mas sano
Alejarte de mí; porque te ofrezco
El alma que otra vez te he dado en vano;
Bien que yo no soy dina ni merezco
De que huyas de mí, ni que se parta
La union que tanto busco y apetezco:
Respóndeme á lo menos, y en la carta
Ordena que, pues ya la acerba suerte
De tus deléites con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque la muerte.

DE AGUSTIN DE TEJADA PAEZ. *

CANCION.

Caro Constancio, á cuya sacra frente
Las hojas de Penéo
Promete en galardon el Dios Timbréo,
Por ser la clara espuma de su fuente,
Préstale oido atento
Al son confuso de mi sordo acento;
Que aunque suene mi voz baja y confusa,
No es de tan poca estima
Que no humillase la soberbia cima
Del sacro Pindo, al conmover mi musa
Con sus tiernas querellas
Del aire y cielo las regiones bellas.
Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira,
Quien por Dafne cruel gime y suspira,
Mientras que orillas del sagrado Dauro
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oido estando atento.
Y ya se vió tambien vibrar la lanza
El brazo sacudiendo,
Y el escudo fogoso Marte horrendo
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.
Y entre las sombras que la muerte viste

* Nació en Antequera en 1568, y murió en 1636.

De amarillez y espanto,
Huvo atencion á mi acordado canto;
Y porque al can Cerbero horrendo y triste
Su dulzura no dome,
Pluton se enterneció y el canto oyóme.
Que el verso facil, terso y numeroso,
Los dioses celestiales
Aplaca, y á los dioses infernales;
Porque la concordancia es son glorioso,
Tanto, que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.
Mucho puede, señor, y mucho vale
Cualquiera estilo terso
De un sabio, sonoroso y alto verso,
Que de un sabio y divino pecho sale,
Tal cual es ese vuestro,
A Febo espanto, gloria al siglo nuestro.
Vese este tal entre salobres ondas
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan
En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.
Vese este tal donde el furioso Scita
Entre escarchada nieve
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él, aunque mas su furia incita,
Mas seguro y constante
Que ante el ladron desnudo caminante.
Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad á fuerza de batalla,

Entre el despojo, como está seguro,
Burla de su enemigo
Porque sus bienes llevará consigo.
Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de cualquier roble ó cualquier pino,
Sin que fuerza ó envidia se lo vede:
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.
Sale hermosa del rosado oriente
La aljofarada aurora
Que el cielo de oro y bermellon colora;
Y sale al caer el sol en occidente
La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.
Viene el verano y de pintadas flores
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas,
Y tras él de humedad, frio y temblores:
Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.
Arenas de oro entre cristal luciente
Mezclando el claro rio
Va á descansar al mar su fuerza y brio:
Pero no siempre lleva una corriente
Por una misma tierra;
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.
No siempre el justo cielo favorece
Los intentos humanos,
Porque penetra bien que son livianos,
Y que cualquier favor los desvanece;
Y por ello fortuna

Imita en sus mudanzas á la luna.
¡Qué de veces se vió en noche serena
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata y resplandor lustroso,
Llenos los cuernos de la luna llena,
Y despedir centellas
Claras y rutilantes las estrellas;
Y ¡qué de veces en un punto luego
Se vió triste y nublada,
Bajos los cuernos, y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,
Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!
Sécase el rio, el manso mar se altera,
Eclípsase la luna,
Truécase el tiempo, múdase fortuna,
Para el dia, y la noche se aligera,
Y todo nos molesta:
¡O santo cielo! ¿qué mudanza es esta?
Solo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante:
Mas ¿quien será este sabio,
Que en su alabanza moveré mi labio?
¡O, salve! le diré, tú que seguro
De las injurias largas
Del tiempo, tan mudables como amargas,
Burlas dellas y del, firme cual muro:
Tus pies humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.
Tú solo ves el cauteloso pecho

Del hombre fementido;
Que el cuerno agudo en heno trae escondido,
Y que solo procura su provecho,
Y en apariencia humana
Cubre el intento cruel de tigre hircana.
  Tú solo ves con gloria de tu nombre,
Aunque fortuna ruede,
Que el mayor mal que al hombre le sucede
No es de las fieras, no, sino de otro hombre,
Que la fiera se amansa,
Y el hombre en daño de otro no descansa.
  Armas al fiero leon las garras gruesas,
Cuerno al toro furioso,
Ligereza á la onza, fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo, al lebrel presas,
Y al mortífero seno
De la sierpe cruel mortal veneno.
  Mas al hombre, por ser mas cruel y fiero
Que onza y leon furioso,
Que sierpe, toro, grifo, lebrel, oso,
Naturaleza le arma en ser ligero,
Veneno, cuerno, presas,
Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.
  Mas ¿qué divino espíritu me inflama
Que á mi llano lenguage
De trágico le adorna y alto trage,
Y de la humilde tierra lo encarama
A la cumbre sagrada,
De virginales plantas paseada?
  Mejor será, señor, que nos burlemos
De ver las pretensiones
Que encierran los humanos corazones

Siguiendo sus mortíferos extremos:
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aquí adelante.
Y en vos, como laurel verde y sagrado,
Despues que he dado al viento
La ronca voz, suspendo mi instrumento
Que ha sido tan oido y celebrado;
Y por vos ha podido
De la muerte triunfar, tiempo y olvido.
Y oireis al descolgarlo mil hazañas
Que gentes españolas,
Del mar sulcando las bramantes olas,
Hicieron en regiones mas extrañas,
Que si Febo no miente,
Darán espanto al Sur, miedo al Oriente.

DE D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA. *

CANCION.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya;
Y con su pico de marfil nevado
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pagiza y baya:
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado
El cazador cruël, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay, vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores:

* Autor dramático del tiempo de Felipe IV.

Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
¡Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡O inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!
  Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas;
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas:
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El aguila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airon, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay pájaro altanero
Retrato de mi suerte verdadero!

Al son de las belísonas trompetas,
Y al retumbar el sonoroso parche
Formó escuadron el capitan gallardo:
Con relinchos, bufidos y corbetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando el paso de veloz en tardo:
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente que cantó victoria.
¡Mas ay! que el desconcierto
Del capitan bisoño y poco experto,
Por no observar el orden,
Causó en su gente general desorden,
Y, la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay, fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Al cristalino y mudo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Venus en la tierra,
Y al mas rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
¡Mas ay! que un accidente
Apenas puso el pulso intercadente,

Cuando cubrió de manchas,
Cárdenas ronchas, y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y lo trocó en horrible y asqueroso.
¡Ay, beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas:
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas:
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes:
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡Mas ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco
Dió á fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria
Se remontó, señora, hasta tu cielo;
Y contrastando tu desden airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
Y en la sublime gloria

De esa beldad se contempló mi alma;
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.
¡Mas ay! que mi contento
Fue el pajarillo y corderillo esento,
Fue la garza altanera,
Fue el capitan que la victoria espera,
Fue la Venus del mundo,
Fue la nave del piélago profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.
Cancion, vé á la coluna
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás que si entonces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es muger, y en suma
Tuve bien, facil viento, leve espuma.

OBSERVACIONES.

DON JUAN DE JÁUREGUI.

AMINTA. —Nada hay que añadir á la opinion general, no solo de España sino tambien de Europa, que reputa esta bella y elegante traduccion como la mas clásica de cuantas versiones poéticas se han hecho en castellano. Reimpresa en todas formas, leida, aprendida de memoria, recomendada y aplaudida á porfia, su crédito va creciendo á proporcion de que esta clase de trabajos se van haciendo mas raros, y los talentos que se ejercitan en ellos desaparecen. Aqui la lucha entre el original y el traductor era tanto mas difícil, cuanto que la obra tiene su mérito principal, tal vez el único, en las gracias del diálogo y del estilo, y no en el interés de la accion, ni en la disposicion dramática de la fábula, uno corto y la otra nula. Y con gloria suma de nuestra lengua y de nuestras letras se ve á Jáuregui en todos los trozos de esmero y de resalto estar á la par con su modelo y aun aventajarle á veces. La escena del Sátiro, la de Dafne con Tirsi, la relacion de Aminta, los dos coros primeros, son ejemplos admirables de esta destreza y perfeccion; y el que para disminuir su aplauso se de á entender que esto es fácil por la analogía de versificacion y de lengua, que se pruebe á traducir en verso algun pasage semejante de cualquiera poeta italiano, y experimentando asi la dificultad que cuesta, aprenderá á estimar debidamen-

te el talento de quien supo vencerla con tan incontestable superioridad.

Jáuregui escaso de originalidad y de invencion, pero facil á un tiempo y esmerado, era acaso el escritor que hemos tenido mas á propósito para imitar y traducir. ¡ Dichoso él si hubiera sabido siempre elegir sus originales! ¿ Pero cómo es posible que el que en su juventud se habia ensayado tan felizmente en el *Aminta*, perdiese despues su mejor tiempo y la madurez de su talento en la *Farsalia*?

CANCION. — Segun el título que el autor le puso, esta cancion es una prosopopeya en que la monarquía de España personificada llora la muerte de su reina. Yo admiro con todos los humanistas la perfecta comparacion de la segunda estrofa, y estimo el caracter de gravedad y de templanza que domina en la obra, la correccion general del estilo, la belleza de los períodos, la bondad y facilidad en los versos. Pero España con tan alta ocasion ¿ no tenia cosas mas grandes é importantes que decir, no hay en el dolor acentos mas tristes y penetrantes, las formas en fin y el tono no pudieran ser mas apasionados? Esta cancion se parece á los que se poseen bastante en sus aflicciones para no perder ni su gravedad ni su ornato: es bella pero fria; encarecer el dolor no es propiamente sentir, y nadie simpatiza con un personage que no hace otra cosa que exagerar el sentimiento qué no tiene. Y no se crea que las formas líricas, aun las mas altas y artificiosas, se oponen á la pasion cuando el argumento lo requiere. La cancion de Herrera á la pérdida del rey don Sebastian y la de Rioja á las ruinas de Itálica, son grandemente líricas y grandemente patéticas. Aun confesando la perfeccion con que está ejecutada la bella comparacion de la segunda estrofa, siempre su artificio y extension se oponen á la forma dramática del poema: en boca del poeta estária bien; en la de la monarquía, á mi parecer, no tanto.

Daráte el mundo con igual tristeza
Flebil tributo en lluvias y diluvios.

Expresion viciosa, escapada al buen gusto que Jáuregui conservaba todavía, y que su consonancia con los *alemanes rubios* no es suficiente á disculpar: á fuerza de querer ser grande, no es mas que hinchada y pueril.

LA BATALLA NAVAL. = De todos los escritores extraños que podia elegir nuestro poeta para hacerlos propios por medio de su facilidad, ninguno menos á propósito que Lucano para la índole de su ingenio. Culto, florido y elegante, mal se podia avenir con la poesía del autor latino, que donde no es viciosa se hace estimar y admirar mas por su robustez y por su nervio, que por su amenidad y por su halago. Ejercitóse sin embargo cuando joven en traducir en octavas esta batalla naval de la Farsalia, y cierto que aun cuando el caracter del estilo no conserve el tono de fuerza y de valentía que tiene el original, la ejecucion no obstante es tan facil y tan grata; la narracion tan despejada y fluida, el trabajo tan disimulado y las octavas tan bien hechas, que esta descripcion se reputa justamente por uno de los mejores trozos de nuestra poesía antigua.

Despues Jáuregui tomó á su cargo la empresa de traducir libremente toda la Farsalia, y quiso en este nuevo trabajo competir con su modelo en artificio, osadía y entonacion. Pero como, aun prescindiendo de la desigualdad del talento poético, no tenia el temple de alma que Lucano, ni por ventura comprendia su intencion, resulta que nó pudo hacer otra cosa que copiar y exagerar los vicios de estilo que abundan en la Farsalia, dando á su poesía el color y las formas del culteranismo que ya tenia estragada nuestra poesía. Ya Jáuregui no era Jáuregui: y el que antes habia sido tan amargo y severo censor de las innovaciones de Góngora, estaba convertido en un humilde secuaz y discípulo suyo. Asi es que

la Farsalia española, á pesar de los disparatados elogios de sus primeros aprobantes y editores, que con vergüenza de nuestras letras se han reproducido en nuestros dias, no puede leerse ni de seguida ni á pausas. Y esto no consiste á la verdad en estar escrita en octavas, como quiere suponer don Vicente de los Rios en sus memorias sobre Villegas; sino en que las octavas son malas: no precisamente por su artificio y construccion material, que en esto Jáuregui no se descuida, sino porque estan escritas en un estilo detestable, lleno de figuras incoherentes y violentas, de conceptos falsos, de afectacion y simetría fastidiosa; en un estilo que quiere sér sublime y es hinchado, sentencioso y es pueril, atrevido y es extravagante.

La gran mudanza que hubo en este escritor se puede conocer comparando el modo con que vistió la batalla naval en su primer tiempo, con el que usó despues en su traduccion completa. Bastarán para ello los primeros versos del pasage.

Lucano dice asi:

Ut matutinos spargens super æquora Phœbus
Fregit aquis radios, et liber nubibus æther,
Et posito Borea, pacemque tenentibus Austris,
Servatum bello jacuit mare; movit ab omni
Quisque suam statione ratem, paribusque lacertis
Cæsaris hinc pubes, hinc Graio remige classis
Tollitur: impulsæ tonsis tremuere carinæ,
Crebrisque sublimes convellunt verbera puppes.
Cornua Romanæ classis, validæque triremes
Quasque quater surgens structi remigis ordo
Conmovet.....
Ut tantum medii fuerat maris, utraque classis
Quod semel excussis posset transcurrere tonsis,
Innumeræ vasto miscentur in æthere voces:
Remorumque sonus premitur clamore: nec ullæ
Audire potuere tubæ.

Imitacion primera.

Sobre el marino campo el rojo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana:
Libre de nubes y sereno el polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.
Cuando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los Italos zarparon,
Y los Grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechinaron
Los bien trabados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago extendido
De los continuos golpes sacudido.
Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los aires derramadas
Alzan tan sordo estruendo y grita,
Que ni se escucha el remo ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Imitacion segunda.

El sol ya infante que orizontes dora
Dió al rigor excesivo luz profana,
Despues que en lecho de jazmin la aurora
Despojando celages ardió en grana:
Calma el viento y matiza campos Flora:
Duerme el golfo y no quiebra espuma cana,
Y en los rayos gozándose solares
Guerra incitan pacíficos los mares.
Cuando los remos ágiles ordena
Un bando y otro, y en veloz concierto
Zarpan los Griegos de su patria arena
Y los Latinos del contrario puerto:
De la boga con ímpetu resuena
El mástil, jarcia y cables, y cubierto

De escarcha el plano á luces orientales
De aljofar crespo recamó cristales.
Mas cuando ya se alcanzan las armadas,
En intérvalo corto acometiendo,
Que si replica el remo dos brazadas
Términos cierra al concurrir tremendo;
Voces en alto unidas y encontradas
Hinchen el aire de terror y estruendo;
Ni el remo es ya sonante, ni la trompa,
Bien que espumas azote y vientos rompa.

¡ Quantum mutatus ab illo !

ORFEO.—Este poema ha sido siempre tenido por de Jáuregui : imprimióse con la Farsalia en 1684 , y ya antes se habia dado á luz en vida del autor en 1624 , segun consta de la noticia que da de sus obras don Nicolas Antonio en su Biblioteca. No he visto esta primera edicion , y por consiguiente no puedo calificar su autenticidad; pero no deja de ser extraño que entre las poesías de D. Agustin de Salazar y Torres esté impreso el Orfeo como suyo. Salazar gracioso y fluido bastantemente en el género ligero, en el grave y serio es gongorino, y como tal podrian muy bien pertenecerle las extravagancias y afectacion que deslucen el Orfeo. No creo sin embargo que fuese capaz de escribir las buenas cosas que contiene ; y la firmeza del estilo, la excelente construccion de las octavas , las bellezas descriptivas que brillan en esta obra , á pesar de sus faltas, harian honor á cualquier poeta , y las podria revindicar con mas derecho Jáuregui , el cual aun en los tiempos de su mal gusto , escogiendo un asunto mas acomodado al caracter y capacidad de su talento , pudo entre los abrojos esparcir mayor número de flores.

Se han entresacado pues las octavas menos viciosas que tiene el poema , procurando que la narracion lleve alguna consecuencia , y en ellas se luce el gran versificador , el escritor ameno y elegante , el poeta que cuenta ó pinta con resolucion y con brio. No hay ciertamente bastante va-

riedad de formas, pero las que usa son bellas, y aunque se ve bien que el autor ha puesto en su trabajo mucho estudio y mucho esmero, este esmero y este estudio no son estériles, y sin ofender á la facilidad producen casi siempre el efecto á que aspiran. Hay pasages de mérito muy superior: tales son los presentimientos tristes de los dos esposos en medio de sus delicias, la descripcion de los lugares por donde se pasa al infierno, los efectos del canto de Orfeo en las márgenes del Aqueronte, y la separacion súbita y espantosa de los amantes al salir del infierno. Es lástima que el discurso de Orfeo á Pluton que debiera ser el trozo de mas resalto, sea lo mas débil del poema. En vano el poeta invoca á su musa para que le diga lo que Orfeo lloró cantando delante del rey del infierno: la invocacion es oportuna, pero la musa no la oye, y la arenga es lánguida y fria, sin ingenio y sin calor. No deja sin embargo de tocar alguna vez la cuerda con acierto, como cuando dice á Pluton que él mismo debe servir de abono á su designio;

Cuando excediendo esfuerzos de Mavorte
Fue triunfo tuyo tu feliz consorte.
Yo imitando tu amor busco la mia.

¡Este último verso es bien feliz! Cesa Orfeo, Pluton se vuelve á consultar con Radamanto, y halla á aquel severo juez tambien enternecido y disimulando á toda fuerza las lágrimas que le vienen á los ojos: idea en extremo oportuna é ingeniosa, pero que hace conocer todavía mas el vacío del razonamiento anterior, y como que se siente que no sean arrancadas con mas destreza.

DON LUIS DE GONGORA.

Cuando en la época de este poeta hasta en los teatros se hacia mofa de su obscuridad, y para ponderar la lobreguez de una noche encapotada se decia:

Está hecho un Góngora el cielo,
Mas oscuro que su libro; (*)

solo se fijaba la atencion en su *Polifemo* y en sus *Soledades*, que naturalmente hablando, son ininteligibles, especialmente las últimas. Sucedióle á Góngora lo que á todos los grandes innovadores que hieren fuertemente la fantasía de los demas hombres; sus detractores eran tan injustos como intolerantes y fanáticos sus entusiastas. Pero aquel *angel de tinieblas* como felizmente se le ha llamado en nuestros dias (**), daba de cuando en cuando de sí tan grandes resplandores, que la luz de los otros poetas se eclipsaba delante de la suya, y solos dos ó tres podian ponerse á prueba con ella, y con dificultad la competian. ¿Quién en efecto de ellos podia presentar mayor riqueza de imágenes, mas variedad en las formas, mas vigor en el color, mas lozanía en el estilo, mas originalidad en el todo?

La primera de las canciones que aqui se han puesto, escrita á un acontecimiento harto célebre en nuestra historia, es toda guerrera, patriótica y religiosa; y el instinto del poeta le ha hecho esparcir cierto aire de extrañeza en los períodos y un no sé qué de rudeza en los sonidos, que ayudan mucho á su robustez y cuadran perfectamente bien con su argumento. Otra calidad que la recomienda es la invencion sencilla y su disposicion arreglada y conveniente. Porque Góngora, aunque tan licencioso y corrompido en su estilo, no lo era tanto, ni con mucho, en la formacion y planta que daba á sus composiciones, y en esta parte esencial hay en él mas tino y mas juicio que en la mayor parte de sus émulos y de sus críticos. Son cinco estancias: el armamento, el vaticinio de la victoria, y la invectiva contra los enemigos ocupan las tres primeras; y como para dar algu-

(*) Rojas en la comedia de *Sin honor no hay amistad*: jornada tercera.

(**) Por don Juan de Mauri en su *España poética*.

na oposicion y variedad á estos objetos y sentimientos, el poeta pinta á lo lejos en la siguiente el poder y la insolencia de los otomanos, y recomienda en la última la necesidad de guardar una parte de las fuerzas preparadas contra la Inglaterra, para defender las costas españolas de las agresiones de aquellos bárbaros: por manera que el poema concluye con un consejo útil, expresado poéticamente, é inspirado al escritor por su entusiasmo y celo nacional.

En cuanto á la ejecucion siempre ofrece Góngora que reparar aun en sus composiciones mas puras, como esta lo es. *Despoblar islas y poblar cadenas* es una antítesis forzada y harto impropia, pues que las cadenas ni real ni figuradamente se pueblan.

Tierras, naciones contra tu fe armadas —
Empuñan lanza contra la Bretaña —
En número de todo tan sobrado. —

Estos no son versos; los dos primeros porque no tienen la acentuacion y cadencia de tales, el último porque es mera prosa.

La mezcla en la tercera estancia de aquel verso italiano tomado de un célebre soneto de Petrarca, desdice de toda conveniencia y gusto poético; asi como la invectiva contra la reina Isabel pasa todos los límites de la decencia. Góngora podia haber aprendido de Cervantes el modo de caracterizar aquella princesa singular, no exenta ciertamente de vicios y de defectos, pero dotada al mismo tiempo de calidades las mas eminentes para el gobierno de los hombres: el retrato que de ella hace el gran novelador en la *Española inglesa* es harto mas conforme á la verdad, como tambien mas análogo y simpático con la honradez y bizarría española.

Las canciones segunda, cuarta y quinta tienen el mérito de una juiciosa disposicion, de la sencillez y gracia propias del género, y de una correccion de estilo y de lenguage que no se presumieran nunca en el autor de las *Soledades*. La

tercera algo mas alta de tono y mas artificiosa en su diccion, se recomienda mucho por la novedad del pensamiento y por las felices expresiones que hay en ella. Nunca se ha pintado asi en nuestra poesía la envidia del amor que se ausenta viendo poseido legítimamente por otro lo que ama, y al paso que se aleja, su pensamiento vuela atras y presencia las delicias que gozan los dos esposos. La sexta estancia, que es la mas bella, está desgraciadamente viciada con aquel *fuego helado que se evapora*: ¡pero como se levanta despues!

Dormid, que el dios alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
¡Dormid, copia gentil de amantes nobles!

SONETOS. — El primero es una imitacion de este otro de Torcuato Tasso:

Quel labro, che le rose han colorito,
Molle si sparge, e tumidetto in fuore,
Spinto per arte, mi cred'io, d'amore,
A fare ai baci insidioso invito.
Amanti alcun non fin cotanto ardito,
Ch'osi apresarsi, ove tra fiore e fiore
Si sta quel angue ad attoscarvi il core;
Quel fiero intento io veggio, e ve l'addito.
Io, ch'altre volte fui nell'amorose
Insidie colto, or ben le riconosco,
E le discopro, o giovinetti, a voi.
Quasi pommi di Tántalo, le rose
Fansi all'incontro e s'allontanan poi;
Sol resta amor che spira fiamma e tosco.

Dejada aparte la ventaja que la invencion lleva siempre consigo, y considerado solamente el mérito de la ejecucion, paréceme que sin faltar á la reverencia debida al gran Torcuato, se puede segurar que aqui le vence su imitador en seguridad y en desahogo, dotes que no suelen acompañar, á menos de tener un gran talento, á los

que se proponen seguir las huellas de otro, como Góngora se propuso en este soneto.

Generalmente hablando, nuestro poeta no se distingue en ellos, ni por la novedad del objeto y de la intencion, ni por la abundancia ó nervio de los pensamientos, ni tampoco por su distribucion ó artificio; pero se ve en todos, y principalmente en el segundo y en la entrada del tercero, cuanto pueden en poesía la magia y vivacidad de los colores, la belleza de los períodos, y el halago de los sonidos.

ROMANCES. — Ninguno de nuestros poetas antiguos puede disputar á Góngora la palma en este género nacional, enriquecido por él con todas las galas del ingenio y de la fantasía. Para los demas escritores estas composiciones eran unos juguetes en que se ejercitaban como por condescender con el gusto del pueblo, y no empleaban en ellas mas que la mínima parte de su fuerza. Góngora, que conocia tal vez mejor que otro alguno el partido que podia sacarse de esta poesía vulgar, y que por instinto era llevado á ella, empleaba en los romances todas las fuerzas que tenia, y estas fuerzas eran grandes. Asi es que no hay belleza poética, no hay gracia, no hay elegancia que no haya prodigado en los suyos, segun la variedad de tono y estilo que sus diferentes objetos requerian, con una profusion y una felicidad que asombran y encantan á un tiempo. Obsérvese con qué lozanía y brio están pintadas las costumbres caballerescas y moriscas en los romances líricos; qué frescura y sazon domina en los pastoriles; cuánta gracia y soltura en sus romances cortos y jocosos; y en estos con qué osadía se ha atrevido á mezclar el tono y color de un estilo noble y serio con la burla y la sátira, sin que se contradigan ni ofendan. El talento en todos es el mismo, pero el pincel es diverso, y si no siempre puro, por donde quiera es rico y brillante, como los celages que el autor veía, y los campos por donde andaba.

No se creyera por cierto que eran de un escri-

tor tan disfamado estos versos del primer romance; ejemplo de un estilo sobrio y severo, donde la diccion toma su color conveniente de unos pocos epítetos juiciosamente colocados.

Y de la real *cabeza*
Y de la espantosa *piel*
Ornar de su ingrata *mora*
La respetada *pared.*

¿Se quiere ver el movimiento precipitado y el alboroto con que se extiende una alarma? Léase en el segundo aquel pasage

Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas.
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas:
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama, &c.

De expresiones de cortesanía y discrecion caballeresca, de galantería delicada y aun de sentimiento y ternura está lleno el romonce tercero, y seria necesario copiarle casi todo, si se hubiesen de citar ejemplos de estas calidades diferentes.

No hay nadie que no conciba la fuerza, la propiedad y la viveza que hay en aquella pintura del forzado:

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.

Introduccion diversa, aunque igualmente bella por su bizarría y elegancia la del otro romance:

Criábase el albanés
En la corte de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criára
El mejor de los sultanes,
Del gran Señor regalado,
Querido de los bajaes.

Sentimiento elegíaco, color poético y gracia perfectamente mezclados:

Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
Ni á los ciegos voladores
Ni á los fieros javalíes:
Ni de su dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras
Que como á mí muerte diste.

Ingeniosidad y propiedad de imagen y de alusion en aquellos versos sobre el rabel y la dama de Riselo:

El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan.
Como hizo aquella facil
De cuya voz no se acuerda;
Porque Amor, que es ave y niño,
Si no le regalan, vuela.

De llaneza, en fin, de concision y una exactitud que pudiera llamarse matemática, si cupiera esta denominacion en poesía, pocos pasages se hallarán en la castellana iguales á este de la invectiva contra el amor:

Amadores desdichados
Que seguis milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guia

Podeis de un ciego sacar?
¿De un pájaro qué firmeza,
Qué esperanza de un rapaz,
Qué galardon de un desnudo,
De un tirano qué piedad?......
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acibar,
Principio al fin, bien al mal.

Podria tambien citarse como ejemplar sobresaliente de abundancia y lozanía la bellísima descripcion del romance de Angélica y Medoro. Mas ya está citado en la Introduccion, y no hay para qué repetirlo aqui. Este es sin duda el mejor romance de Góngora, y no sé si diga tambien que de nuestra poesía antigua. No porque no haya en él iguales y aun mayores defectos que en cualquiera otro de este autor. Alli es donde *se labra el diamante de Catay con la sangre noble de Medoro;* alli está *la piedad mal nacida entre dulces escorpiones;* alli una labradora acoge en su cabaña *un mal vivo con dos almas, y una ciega con dos soles;* alli en fin está aquella copla impertinente y pueril

El pie calza en lazos de oro
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por pies
La hermosura del orbe,

que se ha suprimido en el texto, para no estropear con ella el mas bello pasage de la composicion. Pero estos defectos, suponiéndolos todo lo grandes que se quiera, son tan poco esenciales en ella, que con una raya de tinta que se les eche encima estan desvanecidos los mas; sin que el todo de la obra, ni parte ninguna padezca por su falta. ¡Y con qué raudal tan copioso de bellezas y de primores no estan ademas compensados! ¡Qué ánimo se resiste á aquella muchedumbre de imágenes tan felices y tan naturales, á aquel vigor de expresion, á aquella elegancia y bizar-

ría de formas, á aquella plenitud de números y de sonidos? Preciso es ser enteramente insensible á los atractivos de la imaginacion y de la armonía para negarse á la exaltacion del poeta, y no concurrir con él y con la nataraleza toda á aplaudir y solemnizar la dicha de los dos amantes en aquel delicioso desierto. Yo á lo menos no he visto nunca leer en público este bello romance, sin que al llegar á los ecos que llevan de valle en valle el nombre de Angélica, no prorrumpan todos los oyentes en una exclamacion de placer, no dejando en su ánimo otro sentimiento que el de gozar y admirar. Ahora bien, ser poeta es tener este poder, es producir este efecto; y diez volúmenes de versos como los que han escrito Artemidoro, Ulloa, Rebolledo y los poetas preceptistas que han venido despues de ellos, no dan tanto derecho á adornarse de este nombre como da esa corta descripcion al Cisne cordobés para apellidarse tal. ¿Qué importa que en todos ellos no haya tantos defectos que advertir? Tampoco presentan bellezas que embelesen; y por consiguiente insípidos y frios no estan escritos en el libro de la vida, y del mismo modo que al gusto se niegan á la estimacion.

QUEVEDO.

Esta es ya otra poesía muy diferente: menos fuerte de color si se quiere, pero mas ingeniosa, de mas nervio, y ostentando una profundidad y una doctrina, que Góngora, falto de intencion moral y pobre de saber, no podia dar á la suya. Las tres silvas que aqui se ponen, entresacadas de otras muchas que hay en la CALIOPE de Quevedo, son mas bien declamaciones que verdaderos poemas; pero hay en ellas sin embargo muchos pensamientos ingeniosos ó profundos, períodos bellos y numerosos, y versos felices de aquellos que no suelen encontrarse sino en este escritor, y que parecen no hechos sino nacidos, ó por mejor decir inspirados. Todas tienen una intencion moral; pe-

ro la primera se inclina mas al tono de la elegía, y asi debia ser por su argumento. Se la puede comparar con la cancion de Herrera al mismo objeto, que tiene sin duda un estilo mas puro, formas mas líricas, y bastante armonía imitativa en la entrada, pero que no ofrece ni en sus pensamientos ni en su graduacion el mismo interés que esta silva. Nuevo igualmente que ingenioso es el pedir al Sueño que le consuele con lo que el avaro desperdicia de él para contar su oro, con lo que el amante desprecia para obsequiar á su señora, el celoso para guardarla, el ladron para robar. Los dictados de *blando* y *suave* aplicados al sueño, *el manso olvido* que inspira, los *cuidados veladores*, la *luz enferma* del sol en el poniente, y aquel bello verso

Yace la vida envuelta en alto olvido

son rasgos que manifiestan en Quevedo el gran poeta. Otros al contrario hay prosaicos y triviales: porque este autor, fiado en la destreza con que sabia dar valor y energía á las frases mas comunes, por la sentencia que en ellas ponia, ó por su colocacion, no daba á la diccion el cuidado y esmero que debia, y solia incurrir en bajezas que no se conciben en un hombre de su temple. Tales son estas:

Y te desacredito
El nombre de callado con mi grito —
Y á tí te se debia de derecho —
Que yo no quiero verte cara á cara,
Ni que hagas mas caso
De mí que hasta pasar por mí de paso.

cierto que estos versos miserables no parecen del mismo poeta (*).

(*) Es preciso sin embargo para juzgar á Quevedo con equidad en este y otros defectos de sus poesías, tener presente que, á excepcion de sus dos traducciones de Epitecto y Focílides, no arregló él ni dispuso

La segunda silva, mas filosófica y doctrinal que la primera, no tiene tanta poesía de estilo, y deja advertir mas el defecto característico de Quevedo, que es dar vueltas sobre una misma idea encareciéndola mas y mas cada vez. Pero estos esfuerzos son á veces harto felices, como cuando en la segunda estancia pone á la Naturaleza, que viendo al oro tan contrario á la paz humana

Por dañoso y contrario á quien le estima,
Y por mas escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima
Y sus sendas borró con altos mares.

Echar una cosa encima de otra es frase comun; echar montes sobre el oro para ocultarlo á los hombres, es grande y toca en sublime.

La silva tercera es sin duda alguna la mejor de todas. Pertenece al género descriptivo y mo-

---

ninguna para publicarlas; y que las tres Musas últimas á quienes faltó la mano hábil de Gonzalez de Salas, editor é ilustrador de las seis primeras, se dieron á luz con un descuido tal y una ignorancia tan crasa, que da compasion ver las producciones del talento encargadas á tales idiotas. Confusion de composiciones sin distinguir las propias de las agenas, ningun orden, ningun método para la colocacion; hay diferentes que estan repetidas segun los diversos borradores en que se encontraron; las hay partidas en dos cuando debieran ser una sola, y hecha una sola de las que debieran ser dos. Añádanse las erratas groseras que dislocan ú obscurecen enteramente el sentido, ó alteran la medida y proporcion de los versos, y se tendrá una idea de aquella detestable edicion. Lo peor es que estos defectos enormes se hallan repetidos en todas, hasta en las que, con mas lujo á la verdad que inteligencia y esmero, han publicado Ibarra y Sancha en nuestros dias. Un ejemplo baste entre tantos: lo que en la Calíope se intitula Silva 19 con la inscripcion ridícula *Muere infeliz y ausente Zelo*, se compone del principio del idilio segundo y del final del primero que se hallan en su Erato, uno en estrofas líricas y otro en octavas.

ral, y la idea de ella y aun la entrada la tomó nuestro autor de la elegía 1.ª del lib. 4.º de Propercio.

Hoc quodcumque vides, hospes, quam maxima Roma est,
Ante Phrygem Æneam collis et herba fuit.

Pero el poeta español dió á su poema otra elevacion y proporciones que el latino, el cual despues de indicar algunos de los contrastes que le presentaba la Roma ruda y primitiva con la Roma espléndida y floreciente que tenia delante de sí, conoce bien que el asunto es superior á su fuerza, y exclama:

¡Hei mihi, quod nostro est parvus in ore sonus!

No lo es asi en Quevedo, que sabe elevar su fantasía y la entonacion de sus versos á la altura de su asunto, y que no solo agrada y ennoblece las ideas que toma del escritor antiguo, sino que forma un plan mas vasto, y añade el aspecto de Roma arruinada por la venganza de las naciones, y de Roma triunfante otra vez y señora del mundo por el cristianismo. El estilo y la ejecucion son correspondientes á la idea, y son pocos los períodos que no puedan ser ejemplo, ó de nobleza, ó de elevacion, ó de poesía. Algo se desfiguran con tal cual pasage que se mezcla entre ellos, defectuoso ya por lo gigantesco de la idea, ya por lo prosaico y trivial de la frase. No son muchos, y es facil conocerlos; pero por donde falta principalmente esta bella composicion es por la última parte, que no parece inspirada por el mismo numen que las primeras. La supremacía espiritual de la Roma moderna no está tratada con el nervio y la felicidad que la grandeza de Roma antigua, y el fracaso ruinoso que la sepultó despues. Acaso en los tiempos presentes, el escritor ayudado de los recursos poéticos con que la imaginacion romántica se ayuda para estos grandes y austeros objetos, pudiera ser mas igual y mas feliz: veríase en esta parte de su obra el triunfo de la persuasion sobre

la fuerza, y de entre las ruinas de la capital del orbe alzarse otro imperio mucho mas vasto sin duda y mas incontrastable que el antiguo, sus límites los del mundo, su duracion la eternidad.

CANCION. — El escarmiento y desengaño de las vanidades del mundo, el elogio de la soledad y del retiro no se han cantado jamas con el énfasis y solemnidad que presenta esta cancion desde el principio hasta el fin. La entrada especialmente tiene un no sé qué de augusto y misterioso, que le parece á uno hallarse de repente en medio de aquellos boscages consagrados en lo antiguo á la religion y á los dioses, que con su lobreguez y silencio infundian un respeto y horror involuntarios. Aqui no solo los pensamientos y el estilo, sino la forma y extension de las estancias y el movimiento de los versos, presentan un caracter igual y conspiran al designio del poeta. Quizá es demasiado austero, y atemoriza mas que halaga; quizá convendria haber puesto algunos claros en un fondo tan sombrío, y amenizarle á trechos con algunos recuerdos agradables de lo pasado, ó con alguna perspectiva de la felicidad que espera en lo futuro. Pero esto seria ya una obra diferente de la que el autor quiso hacer, y tal como está es una de las que muestran mas el talento poético de Quevedo, y hacen mas honor á su caracter grave, sesudo y sentencioso.

Fuera sin duda mejor, si él supiera irse á la mano en el uso de antítesis pueriles ó afectadas, de locuciones prosaicas, y de alusiones é imágenes indecórosas: por ejemplo.

Aqui en blandos afanes
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos
Descubriendo á sus velas nuevos mundos:
Y mi loca esperanza siempre verde,
Que con estar tullida vive ufana,
De puro vieja aqui su color pierde,
Y blanca viene á estar de puro cana.

todo es igual, ideas, frases, versos, y todo es pésimo; sin que se pueda concebir como un escritor cae tan bajo despues de haberse elevado tan alto, y como á tan gran talento está unido un gusto tan estragado y tan extravagante. Y en esta obra por desgracia no puede decirse que le faltase la correccion y lima del autor. Dos veces se halla en sus Musas, una como cancion en la *Euterpe*, y otra como silva en la *Caliope*; y las diferencias que hay en ellas muestran que Quevedo la revisó y varió mucho; y en partes es preciso confesar que la mejoró infinito. Tales son los versos del principio, que se hallan asi en la silva

O tú, que inadvertido peregrinas
De osado monte cumbres desdeñosas,
Que igualmente vecinas
Tienen á las estrellas sospechosas.

los cuales, comparados con los que estan en la cancion segun se da en el texto, manifiestan la perfeccion que recibieron de la segunda mano. Otras veces las variaciones no son tan felices; pero de todos modos los versos viciosos notados arriba, y otros de igual clase que es excusado citar, se hallan en una igualmente que en otra, y prueban el extravío de la fantasía del poeta.

A mi cuerpo de ñudos,
A mi memoria y alma de verdugos.

Ligera distraccion en que la semejanza de los sonidos le hizo poner un asonante por consonante. Pudo haberse corregido con los dos versos correspondientes en la silva que tienen la rima completa; pero el pasage perdiera de su energía, y por otra parte no deja de ser curiosa esta clase de equivocacion en un versificador tan diestro como Quevedo.

EPÍSTOLA — He aqui como las musas deben hablar con el poder, sin bajeza y sin desacato. Quevedo se dirige al valido de Felipe IV, y con oca-

sion de la reforma que aquel ministro habia hecho en el vestir, le dice que es preciso reformar tambien el ánimo, y enmendar las costumbres y educacion castellana, si quiere restituir á los españoles su antigua gloria y valor. Yo no diré que esto fuese posible ya entonces, ni que aunque lo fuese, quisiese realmente verificarlo el Conde-Duque. Estas cuestiones de moral y de economía pública no pertenecen á este lugar; pero sí diré que en la epístola presente nos dió Quevedo un ejemplar de noble y robusta poesía, que honra igualmente su ingenio que su celo. Dióle la forma dramática dirigiéndose primero á un tercer personage, como si este quisiera ponerle freno á lo que va á decir, y luego que le reduce á silencio con protestarle que va á decir la verdad, y que la verdad es una cosa con Dios, se vuelve al valido pintándole los males públicos y la degeneracion de Castilla, y mostrándole el remedio. La composicion sencilla, el movimiento desembarazado aunque grave, los pensamientos nobles y severos, la valentía de la expresion, y una muchedumbre de versos admirables por su energía ó por su sonido, que se quedan en la imaginacion y en la memoria con solo una vez que se oigan ó se lean, son las dotes principales que dan á esta obra un sobresaliente lugar entre las demas de Quevedo y las de nuestro Parnaso. Son muchos los tercetos que se hacen notar por alguna ó por muchas de estas calidades. No se citarán aquí mas que dos que se señalan entre los demas por la dificultad vencida, por su extrañeza, y tambien por su osadía.

No habia venido al gusto lisonjera,
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragante forastera.
Carnero y vaca fue principio y cabo;
Y con rojos pimientos y ajos duros
Tan bien como el señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros, &c.

Difícil era por cierto en política y en moral te-

ducir á ajos y á pimientos los paladares que estaban enseñados á todas las golosinas y regalos del oriente; pero no se pueden pintar estos objetos en sí viles y triviales con mas fuerza y oportunidad. La *arrugada* canela, el *rojo* pimiento y el *duro* ajo estan superiormente colocados, y muestran el valor que tiene una palabra, aunque sea comun, con tal que esté puesta en su lugar: y como si el instinto del poeta le hiciese conocer que era preciso suavizar algun tanto la crudeza y el ardor de los versos anteriores, añade al instante aquel otro de tan diferente espíritu y sonido: *Bebió la sed los arroyuelos puros.*

No por eso se dejan de advertir en esta composicion, como en todas las de Quevedo, las huellas de su mal gusto, y los defectos de su manera exagerada, conceptuosa, y de cuando en cuando seca. Los lunares son aqui tanto mas notables, cuanto las bellezas son mas sobresalientes. Por ejemplo despues del hermoso verso

Derramado y sonoro el oceáno

¿á qué llamarle *divorcio de las ricas minas*? Despues de recomendar al toro por los servicios que hace en el campo, y pintar á los cónsules gimiendo detras de él, y a los reyes encalleciéndose las manos con el arado que él lleva ¿á que añadir

Y rumia luz en campos celestiales?

Góngora no deliraria mas; y el que estropeaba este bello pasage con un pensamiento tan incoherente y una figura tan extravagante y ridícula, no tenia derecho á burlarse del autor de las Soledades.

LETRILLAS Y ROMANCES. — Es opinion de algunos que Quevedo abusó demasiadamente del talento que tenia para la poesía satírica y picante, y que conviniera mucho para su crédito que se hubiese ejercitado menos en ella, ó que sus editores tuviesen al publicar estos juguetes mas sobriedad y circunspeccion que la que él tuvo escri-

biéndolos. Nada perdiera, segun ellos, la fama de este poeta en que se hubiesen sepultado en el olvido tantas bufonadas groseras ó indecentes, y es dolor que un escritor de su talento y de su doctrina, y todavía mas de su caracter, sea conocido en el vulgo mas bien como un juglar ingenioso y decidor, que como autor sabio, noble y elocuente. Yo estoy lejos de convenir en esta severa censura: primeramente ¿quién puede ir á la mano á su humor y á su inclinacion? Y Quevedo, es preciso confesarlo, habia nacido expresamente para este género de poesía, porque en ella es un raudal que corre libre, fácil y abundante, aunque no siempre puro ni limpio; mientras que en los géneros serios se resiente siempre de afectacion, de esfuerzo y de violencia, como que su índole no se aviene naturalmente con ellos. ¡Qué tesoro ademas no hubiéramos perdido de agudezas, de chistes, de ocurrencias felicísimas, de locuciones nuevas é ingeniosas, expresadas generalmente en versos bellos, fáciles y numerosos! Verdad es que muchas veces pasa aqui la raya como en la poesía noble, y que en vez de ser picante es amargo, de gracioso se convierte en chocarrero, de ingenioso en falso y en sutíl; y que los retruécanos, los equívocos y los demas juegos de diccion pierden en efecto y su mérito por su frecuencia misma y su abundancia. Pero es preciso acordarse siempre de que estos eran unos juguetes en que el autor exhalaba las chispas de su ingenio dicaz y divertido, frutos de un momento de buen humor, que no eran vistos despues para corregirse, y por lo mismo pedir á esta clase de versos ni esmero, ni pulimento, ni órden progresivo, ni el mérito de una composicion bien ordenada, es una verdadera pedantería que toca en impertinencia. Ellos, como quiera que sean, han divertido y divertirán al mundo mientras dure la lengua castellana, manejada aqui con un conocimiento y una destreza, que admiran, confunden y desesperan. Y en medio de aquel raudal impetuoso de chistes y de sales es de ver como á veces, bajo la máscara de Momo se descubre la garra del leon, y respira

el pensador filósofo y el escritor grande y sublime. Nótese en el romance primero la grandeza con que está concebido todo el trozo que empieza *Todo este mundo es prisiones.* ¿Quién esperaria en el romance tercero los pensamientos que le ocurren cuando la vieja halla aquel andrajo en el muladar?

Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando á tres......
Buen andrajo, cuando seas,
Porque todo puede ser,
O provision, ó decreto,
O letra de Ginovés, &c.

Véase en fin en el séptimo bajo un aspecto irónico y burlesco la seria apología que hace del rey don Pedro, tan maltratado por los historiadores, tan favorecido por la tradicion, y tan airoso y bizarro en el teatro.

SÁTIRA SEGUNDA. — Esta composicion, parto de la juventud de Quevedo, no es mas que un bosquejo de primera mano, que dejó el autor correr por el mundo en este estado de imperfeccion, sin reconocerlo despues ni corregirlo. Asi lo advirtieron sus primeros editores, y por lo mismo no son de extrañar las desigualdades, las repeticiones, los ripios y las obscuridades que hay en ella, como tampoco la libertad y aun desenfreno con que el poeta se abandona al instinto mordaz y malicioso que le inspira. Juvenal primero y despues Boileau han tratado el mismo argumento, pero en forma muy diferente: sus sátiras contra el matrimonio son unas galerías de retratos, en que describiendo los vicios de mas resalto que hay en el bello sexo, se proponen retraer á sus amigos del intento de casarse. Sus obras consideradas bajo este aspecto, son mas bien una sátira de las mugeres que del matrimonio, y su plan, mas filosófico si se quiere y mas vasto, era al mismo tiempo mas fa-

cil de ejecutar. Quevedo se reviste del personage de un socarron maligno que desecha agriamente un casamiento que se le propone. De esta idea deberá nacer precisamente diversa marcha y diverso estilo; y su obra, al reves de las otras, es mas bien una sátira del matrimonio que de las mugeres. Asombra el raudal de ingenio, de malicia, de versificacion y de poesía que corre de su pluma, y el tesoro de chistes y donaires con que está escrita la obra desde el principio hasta el fin, no todos puros y delicados, pero siempre ingeniosos y vivaces, y frecuentemente atrevidos. Nótase tambien agradablemente la variedad de tonos que el poeta emplea para expresar sus pensamientos, desde el mas solemne y pomposo hasta el mas burlesco y bufon, todos casi siempre usados con superioridad y oportunísimamente segun los objetos á que se aplican; y esta variedad era absolutamente precisa en un plan que no prometia ensanche ni distraccion ninguna. Alguna vez imita á Juvenal, y si no alcanza á su fuerza en los trozos de vigor, como le sucede en la pintura de los desórdenes de Mesalina, le aventaja mucho en todos los que piden gracejo y agudeza, en que el satírico español era tan superior al latino.

Bien considerado todo, esta clase de escritos no deben reputarse sino como meros juegos de ingenio para ensayarse y divertirse, en que, interviniendo mas la fantasía que la intencion, no deben tomarse á la letra ni en historia ni en moral. Quevedo mismo despues de haber acumulado en esta y otras obras suyas tantos dicterios contra los casados, se casó en su edad madura, y mostró con ello cuan poco caso hacia de sus donaires de otro tiempo sobre el matrimonio. Por mas que sea facil, y para algunos tan grato, maltratar á las mugeres, ellas al fin acaban por subyugar á sus detractores; y si hicieran sátiras contra los hombres como nosotros las hacemos contra ellas, se desquitarian con razon y acaso tambien con usura.

POESÍAS DE VARIOS.

DON LUIS DE ULLOA. — *La Raquel.* — Los amores de Alfonso VIII con la judía de Toledo son una de aquellas tradiciones admitidas imprudentemente en la historia, y desterradas despues por la severidad de la crítica al pais de las fábulas y de las consejas. Esta no era solo inverosímil por todas sus circunstancias, y contraria á lo que resulta de los monumentos auténticos del tiempo, sino tambien indecorosa á la memoria de un rey justamente respetado, y oprobiosa á la bizarría y lealtad castellana. Desechada por la historia, ha sido adoptada por la poesía como un cuadro á propósito para pintar los triunfos del amor y de la hermosura, para conmover el corazon con una catástrofe lastimosa, y dar una gran leccion de terror y de escarmiento. La desgracia pues de la bella judía se ha cantado en poemas, se ha representado en teatros, y la tragedia que lleva su nombre es el lauro principal de un poeta célebre de nuestros dias, y una de las joyas mas estimadas de nuestra Melpómene moderna.

De los que trataron este asunto en lo antiguo, quien mejor lo desempeñó fue Ulloa, y su poema, asi por su mérito como por la época en que fue escrito, puede llamarse con razon el último suspiro de la musa castellana. Luzan le recomienda á cada paso en su Poética, y trata á este escritor con un aprecio y un aplauso mas bien fundados, creo yo, en la diferencia de su estilo comparado con el de sus estragados contemporaneos, que en la muchedumbre y excelencia de sus cualidades poéticas. No eran á la verdad muchas ni grandes: en el libro de sus poesías nada hay realmente bueno sino la *Raquel* (*), y si bien en ella como en sus

(*) Esto no quita que en una ó en otra parte no se encuentre algun buen pensamiento y algunos bellos versos: este terceto por ejemplo es bien feliz, sacado de la epístola, en que al contrario de los otros poetas ala-

demas obras la diccion sea sana y exenta de las extravagancias de su tiempo, no deja á veces de salpicarse con ellas, como le sucede en esta octava:

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazon se le minaba:
Fuéle á reconocer y vió que ardia
Por una parte y que por otra helaba.
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba;
Porque en vesubio racional se pruebe
La mezcla de la llama y de la nieve.

aquí el amor es un ingeniero, el corazon del rey un vesubio racional, y el rey un observador frio de lo que está pasando dentro de él. ¡*Vesubio racional!* El mas desesperado gongorista no se atreviera á decir mas, y son dos palabras que verdaderamente rechinan de verse juntas. La alegoría pues es importuna, impropia y malísimamente expresada. ¡Qué diferencia de ella á esta otra!

No la corona del mayor planeta
Dejeis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la yedra abrasen.

Todo se reune en estos versos para darles belleza y realce; novedad en el pensamiento, propiedad en la imagen, vigor en la expresion. Luzan los cita como un dechado de alegoría bien he-

---

ba la vida de la corte, y pondera el fastidio y monotonía de la vida en una provincia.

Dura resolucion desesperada,
Labrarse un molde en que vaciar los dias,
Sin que se altere de la estampa nada.

cha, y no son muchos los ejemplos en su obra, que le ilustren tanto y adornen como el presente.

Pocas veces se levanta Ulloa tan alto; y si la ejecucion de su *Raquel* no se resintiese mas que de algunos resabios del mal gusto de su tiempo, perdonables serian con tal que todo lo demas fuese bello y animado. Pero su falta mas grande es la poca poesía de su estilo, que parece mas bien el lenguage de la urbanidad y de la discrecion, que el lenguage pintoresco de la fantasía inspirado por las musas: defecto general en los escritores de aquel tiempo, en que el que no se perdia por culto se amaneraba como discerto y conceptuoso, y nadie era ni elocuente ni poeta.

Las octavas tambien, aunque generalmente bien formadas, tienen una estructura igual, y por consiguiente dejan sentir á veces el fastidio del artificio y de la simetría.

Esto en cuanto á la ejecucion: porque en lo que pertenece á la invencion, á la distribucion y disposicion de las partes, y á la serie y progreso de la narracion, el poeta es acreedor á toda alabanza, y son pocos los autores que en aquellos dos siglos le hayan igualado en estas prendas esenciales de toda buena composicion. Sujeta algun tanto va la marcha del cuento en el principio, pero desde la bella octava imitada del Ariosto *No rumores de bélicos clarines*, la narracion corre espontáneamente, con igual destreza que fluidez. La pintura de *Raquel* en su retiro de noche, donde está aquel rasgo de galantería ingeniosa y delicada *Perdona, Celia*; el ímpetu y furor de los alborotados; su entrada en la estancia de la desdichada; su sobresalto, su confusion; aquel célebre *Traidores! fue á decirles*; en fin las heridas que recibe, las últimas palabras que dice, el dolor de Alfonso y la oportunidad del remate, son pasages de resalto que manifiestan bien en el autor una fantasía viva y larga para las cosas, ya que no siempre la tuviese para el colorido. Pero sobre todo aquel razonamiento de Alvar Nuñez en la junta de los ricos-hombres es un trozo excelente, de una ejecucion noble y robusta, en

que Ulloa se levanta muchos grados sobre sí mismo, y no solo se hace admirar como poeta, sino apreciar y respetar como pensador y como hombre.

DIEGO MEXIA. — *Epístola de Safo á Faon.* — No hay duda que en esta traducion hay bastantes ripios, locuciones prosaicas ó forzadas, y otros defectos que nacen, no de extravagancia ó corrupcion de gusto, sino de falta de despejo y destreza en el autor para vencer la doble dificultad del metro y de la traduccion. Esto podrá tal vez desagradar tanto á un ánimo excesivamente severo, ó demasiado descontentadizo, que le haga desconocer los aciertos que hay en lo demas, y lo mucho en que exceden los buenos tercetos á los defectuosos. El tono elegíaco está bastante sostenido en toda la obra; y son pocas las de su clase que presenten trozos tan naturales, tan bien sentidos, y tan felizmente expresados, como la pintura que Safo hace de sí misma cuando le dan la noticia de la fuga de su amante, la del bosque donde entra á veces á meditar en su tristeza y á recordar sus pasadas delicias, y la de su ilusion en que se figura que Faon viene surcando los mares á buscarla. No todas las obras de una coleccion como esta pueden ser igualmente aventajadas; en tal caso tendrian que reducirse á muy pocas. Basta que, consideradas en su totalidad, puedan llamarse buenas, y causen con su lectura mas agrado que fastidio á quien no se halle demasiadamente prevenido en contra de ellas.

DON ANTONIO MIRA DE AMESCUA. — *Cancion.* — Publicóse esta bella poesía por primera vez en el tomo 3.° del Parnaso español, atribuyéndola bajo la fe de un manuscrito antiguo á Bartolomé de Argensola. Ya el autor de aquella coleccion recelaba que esta designacion no fuese segura, advirtiendo la diferencia de estilo que ella presenta con las demas de aquel escritor. Es tan grande con efecto esta diferencia que ella sola debiera retraerle de presentarla al frente del retrato de Argensola; que llevando el emblema de un elefante para signi-

ficar su gravedad, circunspeccion y cordura, estaba en una oposicion manifiesta con el arrojo, la amenidad y la lozanía de la composicion que allí se daba por suya. En la edicion que despues se hizo de los dos poetas hermanos para la coleccion de Fernandez, se restituyó á su verdadero autor Mira de Amescua, sin particularizar prueba ninguna positiva de ello, pudiendo haber citado por lo menos la autoridad de Gracian, escritor contemporaneo, que en el discurso 9.° de su *Agudeza y arte de ingenio* se la atribuye expresamente á Amescua, y de un modo que da á conocer que esto era entonces una cosa sabida de todos.

El gusto de estas canciones alegóricas le tomaron los nuestros de Petrarca; y en Luis de Leon y en Quevedo se ve algun ejemplo de ellas. Los diferentes símiles de que se componen forman otros tantos cuadros diversos, compuestos de un mismo modo, que vienen á recibir su unidad de la aplicacion que se les da en la conclusion al sentimiento, máxima ó pensamiento que el poeta se propone confirmar ó establecer. Propiamente hablando no tienen composicion, y su artificio, aunque da ocasion para lucirse á la imaginacion y al ingenio, está expuesto á los inconvenientes de la uniformidad y al cansancio de la monotonía: leidas dos estancias ya se sabe como han de ir giradas todas. Por esto las comparaciones no deben ser muchas, y es preciso darles en la expresion toda la variedad que sea compatible con la igualdad de formas á que tienen que ir sujetas. Ninguno entre nosotros ha sabido vencer estas dificultades con mas fuerza de talento que Amescua, el cual en esta cancion nos ha dejado el ejemplar mas excelente, ó por mejor decir el único en su género. Objetos bien escogidos, bien dibujados, riqueza y variedad de tintas, bizarría en el movimiento, lujo en el lenguage, y todo en períodos tan sonoros y tan bellos, que causan bien recitados un efecto semejante al de la música cuando nos hace estremecer de placer. Cada estancia parece mejor que la anterior: se oye cantar al jilguerillo, se ve retozar al cordero, subir la garza á las es-

trellas, desfigurarse horriblemente la hermosa dama, y fracasar la nave en el puerto; todo tratado con una destreza y brio que sorprenden, y aplicado al pensamiento que se propuso el poeta con la oportunidad mas feliz.

Los defectos son pocos, y facilísimos de corregir, á haberse tomado el autor el cuidado de hacerlo por sí mismo:

. . . .

Dió en la boca de un lobo carnicero —
Por no observar el orden
Causó en su gente general desórden:

. . . .

Son versos desmayados y flojos, que desdicen de la viveza y elegancia de los demas:

. . . .

Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.

. . . .

Frase trivial en su forma y oscura en su sentido, sin duda por vicio del códice de donde se tomó, ó de las copias que corrian por los curiosos cuando se trasladó á él: porque el escritor en lo demas es siempre claro y despejado, aunque lozano y lujoso con alguna demasía.

Podrán tal vez repugnar á los lectores escrupulosos las viruelas y ronchas que desfiguran de pronto el rostro de la dama; pero la repugnancia que nace de esta deformidad era necesaria al designio del poeta; y yo no me atreveria á condenarle porque en este caso haya querido mas bien ofender algun tanto á la delicadeza, que enervar en lo mas mínimo la fuerza y energía de la expresion.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

INDICE.

